



# *ESPOSADA*

De la autora de la saga Slow Death  
**ANTILIADOS**

Esposada  
**Antiliados**



# ESPOSADA

©Antiliados, 2018.

Portada y maquetación: Fabián Vázquez [www.fabianvazquez.net](http://www.fabianvazquez.net)

<http://antiliados.com>

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

# Dedicatoria

A ella, esa adolescente feliz y alegre, que siempre tuvo una sonrisa en su rostro y era un poco alocada. A la chica que se convirtió en adulta antes de tiempo, afrontando la vida con coraje, pero también a la mujer que luchó por sus sueños pese a las dificultades que se le presentaron.

A ella, que no dudaba en ser la primera en proponer salir a tomar un café, quizá para alejarse de él...

Sí, a esa madre, que protegió y seguirá cuidando a sus niños con uñas y dientes. A esa mujer, que supo alzar la voz y decir.

«¡Basta!».

A todas vosotras, y a una en especial. Porque sé que volveremos a vernos, aunque sea en nuestros sueños.

Siempre presente.

***Vida***

**S**algo del salón con un libro bajo el brazo, echo un vistazo comprobando que esté todo recogido y miro con impaciencia el reloj de pared. El día parece que por fin termina. «Dios, menos mal, pensé que no acabaría nunca», me digo mientras salgo al pasillo.

Me levanto todos los días a las seis de la mañana para ducharme y desayunar sola antes de que nadie se despierte. Preparo el desayuno de mis dos “angelitos” —sí, las comillas son a propósito—. Mi “querido” marido, David, se toma un café rápido y no vuelve hasta la noche —aquí las comillas deberían ser dobles o más grandes—, pienso mientras repaso mi rutina.

Aún no sé cómo mi vida ha llegado a este punto. Hace nada era una chica de dieciocho años risueña con sueños y esperanzas. Quería hacer tantas cosas. Quería estudiar. Quería viajar a tantos lugares. Quería, en definitiva, vivir.

Realizo las tareas del hogar una vez que me quedo sola. Vivimos en un piso de alquiler de tres habitaciones a las afueras de Madrid. Tengo treinta y cuatro años, y no dispongo de carnet de conducir. Tuve que dejar la universidad al quedarme embarazada de David con diecinueve años. Solo hizo falta una cerveza de más, un coche destartado y mi primera vez para que cambiara todo mi futuro.

Mis padres al enterarse de “la sorpresa” de mi embarazo, con lo conservadores que eran, —y siguen siendo— ya os imagináis lo que me dijeron: «Nos da igual que lo conozcas desde hace dos meses, eso no te impidió abrir las piernas. Te casarás lo antes posible. Ninguna hija mía será una madre soltera». Eso fue lo que mi estupenda madre me soltó.

Tengo dos hijos, Josh de catorce años y Kevin de trece. Son... bueno, ellos son mis hijos. Los quiero incondicionalmente, aunque a veces me gustaría tirarlos del quinto sin ascensor que tenemos por hogar.

Mientras avanzo por el pasillo, me aseguro de tener todo en su lugar. Repaso meticulosamente cada dormitorio para comprobar que no se me haya pasado nada por alto. La cena está hecha, y los niños descansan en sus dormitorios, así que me tomo mi único respiro del día hasta que David llegue de la oficina. Leer novelas románticas de época es mi único salvoconducto para alejarme de la realidad. Lo hago a escondidas en la soledad de mi dormitorio, debido a que a mi marido no le gusta que lea, dice que es perder el tiempo.

Bueno, la música también me ayuda a evadirme. Adoro perderme entre las

letras y el ritmo de las canciones. Antes solía bailar mucho. Antes, era otra persona.

Poco dura la dicha, oigo como David entra como un toro por casa cerrando de un portazo la puerta de la entrada. Doy un salto en la cama y escondo bajo el colchón la novela de *Cumbres borrascosas*. Camino con prisa dirección a la cocina mientras él deja la gabardina en el perchero de la entrada. Aprovecho estos últimos segundos para volver a revisar que todo esté correctamente.

—¿Dónde está la cena? —demanda, sentándose en la mesa.

«¡Dios, podía haber tardado más en volver!», me digo.

«Hola, ¿qué tal el día? Los niños bien. Josh ha suspendido mates, y Kevin ha llegado con un ojo morado a causa de una pelea», pienso con sarcasmo, pero no verbalizo nada de esto. Me limito a servir la cena en sumo silencio.

—¿Dónde está la cerveza, Xia? —pregunta de repente. Doy un pequeño salto sobre mis pies ante el sonido de la voz grave y molesta de David.

—*Nnno...* no quedaban en el súper, iré mañana —le respondo atragantándome con la primera sílaba.

—¡Es que no sabes hacer nada! —grita, arrastrando la silla hacia atrás al levantarse. Me alejo dando unos pasos y mi espalda choca con el mármol de la alacena—. Son solo un par de cosas las que tienes que hacer y siempre las haces mal. Yo soy el que traigo el dinero, el que trabaja todo el día por esta familia y, cuando llego a casa, no tengo ni siquiera mis putas cervezas.

—Yo siempre he querido trabajar como la que más. Tú y mis padres decidisteis que no debía. Y que no podía seguir estudiando. —Termino explotando. Cierro los ojos automáticamente, mi impulsividad no suele venir acompañada de situaciones agradables.

—Deja de vivir en el pasado, Xia. ¿Para qué íbamos a seguir pagando la universidad? Ya estabas casada y con un hijo —expone su argumento favorito.

Expulso de mis pulmones el aire que retenía poco a poco, sin apenas haberme dado cuenta de que lo estaba haciendo. Lo dejo por imposible, es la historia de nunca acabar. Siempre que algo no es de su agrado me lo echa en cara. Además, sé que no lograré cambiar nada con decírselo. Lo dejo cenando a solas en la cocina y me marcho al dormitorio.

Me desnudo ante el espejo del armario y observo durante un segundo mi reflejo. Mis ojos están hundidos con círculos oscuros y mi barriga, aunque no

es muy grande, tiene alguna estría por culpa de los embarazos. Mis pechos están algo caídos, «¡maldita gravedad!», pienso deshaciéndome del sujetador. Me pongo el pijama para dormir y me meto en cama cubriendo todo mi cuerpo hasta el cuello con las mantas y la sábana.

Diez minutos dura la tranquilidad. David se mete en la cama a mi lado y me toca el pecho con brusquedad, apretándolo sin ninguna consideración. Me giro dándole la espalda. Sé lo que quiere y yo no quiero. Nunca quiero.

—Venga, mujer, sé que lo estás deseando —me susurra al oído y trago con fuerza saliva.

—No, no me apetece —le digo con voz comedida.

Sin importarle lo que pienso, sin escuchar mis deseos, me gira bruscamente sobre el colchón. Me levanta la parte de arriba del pijama y me aprieta los pechos con ambas manos. Como siempre, los únicos deseos que importan son los suyos.

Cierro los ojos mientras me toca. ¿Cómo pude tener en algún momento de mi vida un calentón por este hombre? Cuando lo conocí, me pareció atractivo, era un atleta en la facultad. Además, de que tenía mucha labia, y llegamos a tener alguna que otra conversación interesante. Ahora ya ni hablamos. Y su atractivo se quedó en el altar. En la actualidad muestra unas inocultables entradas, las canas han empezado a salir en el poco cabello que le queda y tiene una barriga cervecera horrible. Aunque, para ser realistas, yo tampoco soy una súper modelo.

David introduce una mano en mi pantalón e intenta bajarlo. Por acto reflejo sujeto la goma elástica del mismo y la subo con rapidez.

—David, no, por favor —ruego sin saber qué más puedo decirle.

—Eres mi esposa y, mientras lo seas, cumplirás con tus deberes —escupe con rabia.

Me baja el pantalón dando un tirón a la prenda. En mis ojos se acumulan las lágrimas, pero no llego a derramar ninguna. Hace tiempo que no soy capaz de llorar.

Me gira con brusquedad, quedando mi espalda pegada a su pecho. Sin preparación alguna separa mis piernas y entra en mi interior de una fuerte embestida.

Me duele. Doy un grito que él, en su egoísmo, siempre confunde con placer. Ahogo mis quejas en el hueco de la almohada tapándome la boca. Los



movimientos son rápidos, entra y sale con furia. Sin tener ningún tipo de compasión.

Por suerte solo tarda unos tres minutos en correrse en mi interior. Retira su miembro, así como si nada, dejándome a un lado, y se queda dormido plácidamente, mientras yo me quedo observando la oscuridad. Siento que estas paredes oprimen más y más mi existencia.

En cuanto creo que no lo despertaré, me levanto de manera sigilosa para ir al baño y asearme. Trago saliva con fuerza al encender la luz del baño y reviso por encima del hombro que todo siga en calma. Podría esperar y darme una ducha a la mañana, pero el asco que noto en la boca del estómago no me lo permite.

Me acomodo la ropa y vuelvo a taparme hasta el mentón con la sábana. No logro dormirme a la primera porque mi cabeza no deja de dar vueltas y vueltas. En un momento dado pienso en el protagonista masculino de la última novela que he leído. No puedo evitar preguntarme si los orgasmos serán tan buenos como los describen los autores. Yo no lo sé. Sí, he llegado a sentir excitación, pero nunca he llegado al clímax.

Me alejo del calor que desprende mi marido y me quedo en la esquina más alejada de la cama. Arrugo la nariz al sentir el malestar en mis partes.

El despertador suena a las seis de la mañana.

A comenzar de nuevo. En ocasiones creo estar dentro de una de esas películas malas en las que se repite el mismo día una y otra vez. Como de costumbre lo primero que hago es darme una ducha, luego me visto con el primer chándal que encuentro en el armario y, acto seguido, desayuno con rapidez. Preparo todo en la cocina antes de avisar a mis hijos.

—Josh, Kevin, ya está el desayuno —comento, mientras guardo en una de las estanterías los vasos y platos que acabo de lavar.

—¡Joder mamá!, hoy no quiero ir a clase —se queja Kevin, arrastrando los pies con cansancio.

—Nada de palabrotas en la mesa —le regaño—. Tómate el desayuno. —Le señalo el tazón de cereales que he preparado—. Y nada de peleas en el instituto, Kevin.

Reviso la hora, como no se apuren van a llegar tarde.

—¡Josh!! —grito en alto para que se dé prisa.

—¡Joder, ya voy! —exclama, sentándose a la mesa.

—Pero ¿qué haces en pijama aún? Llegarás tarde, ve a vestirte ahora mismo.

Josh pone los ojos en blanco al escucharme, mete en su boca un trozo de tostada y se dirige a su dormitorio. Espero que sea para vestirse y no para acostarse de nuevo. Es posible que tenga que sacarlo con grúa de su cama.

Exhalo con cansancio y continúo guardando la vajilla.

—Mi café, ¿dónde está?! —grita David detrás de mí.

Mi corazón se salta un latido. Lleno una taza mientras le escucho decir que me dé prisa, que va a llegar tarde por mi culpa.

—Toma, aquí tienes. —Se la paso sintiendo como mis manos tiemblan—. Es..., es descafeinado. El café se acabó ayer por la noche y no me dio tiempo de...

No termino de decir la frase. Me quedo muda al ver el cambio en su rostro.

David sujeta con sus manos anchas la pequeña taza, baja la mirada, y la contempla con asco. Con un movimiento brusco la lanza al suelo de la cocina logrando que esta se rompa en mil pedazos.

—¡Eres una maldita inepta! —grita señalándome con el dedo—. Ya me tomaré uno de camino a la oficina. —Sale furioso, dando zancadas de la cocina. Da un portazo al salir de casa, y me quedo temblando en mi sitio, con el corazón en los oídos.

—Joder, mamá, ya te vale. Ya lo has cabreado. —Escucho a Josh recriminarme. Levanto la mirada y veo a mis dos hijos con la mirada triste, preparados para ir al instituto sujetando las mochilas con fuerza.

Abro y cierro la boca. Sin saber qué decirles. Se alejan negando con la cabeza. Escucho el portazo que dan al salir.

Bajo la mirada. Los trozos de la cerámica están esparcidos por todo el suelo y el maldito descafeinado ha salpicado cada rincón.

Siento que mi corazón estalla. Me oprime los pulmones. Necesito aire.

Voy al salón e intento respirar con fuerza. No lo consigo. Abro las ventanas, pero no logro relajarme. Mi cuerpo tiembla, me falta oxígeno. Las paredes parecen que cada vez están más cerca de mí engullendo cada metro cuadrado, poco a poco.

Al ver el llavero sobre el mueble de la entrada lo agarro. Abro la puerta que da a las escaleras y bajo los cinco pisos trotando sin descanso. Cuando llego al exterior continúo con mi huida imaginaria sin detenerme, corro sin

importarme nada. Siento como mis lágrimas caen sin control por mis mejillas.

No me fijo en quién puede estar mirándome en este momento. Seguro que piensan que soy una desquiciada que acaba de salir de un centro mental, dado que voy con un chándal amarillo de lo más llamativo y he de tener unos pelos de loca. ¡¿A ellos qué les importa?!

A nadie le importa. A nadie le importo.

No tengo ni idea de a dónde voy. No tengo amigos, los perdí a todos en el camino desde que me casé con David. ¿A casa de mis padres?, ni de coña. Han dejado claro en más de una ocasión que yo misma me he buscado lo que pasa en mi vida. Las lágrimas brotan con más fuerza de mis ojos.

De pronto, choco contra el cuerpo de una persona en mi huida absurda. Siento que me sujeta de los brazos para evitar que caiga al suelo.

—¿Se encuentra bien, señorita? —Escucho la voz calmada y varonil de un hombre. Mi cuerpo reacciona de una manera extraña estremeciéndose de abajo arriba. De una manera que nunca lo ha hecho.

Levanto la mirada y me encuentro con un hombre de los de «joder, qué bueno está este tío».

Lleva un traje oscuro que se adapta a la perfección a su cuerpo. Es moreno, con los ojos verdes. Tiene un cuerpo que es para morir, parece que va al gimnasio, ¡y lo usa!

Y yo... ¡Oh, Dios mío! Yo estoy con mi maldito chándal amarillo, el que uso para limpiar la casa.

—Sí, perdóneme por chocar con usted. No me di cuenta —le respondo, bajando la mirada para limpiarme con el dorso de la mano las lágrimas que aún recorren mi rostro.

—No me extraña que no pueda ver nada —comenta, levantándose la cabeza usando el dedo pulgar que coloca en mi mentón.

Me limpia las lágrimas que aún quedan con la palma de su mano. Me sonrío. «Oh, qué bonita sonrisa tiene el tío macizo».

—Me llamo Mark —se presenta sin perder la sonrisa ni un segundo—. Venga conmigo, le invito a un... —carraspea aclarándose la garganta—. Mejor una tila y así se serena. Ya verá como todo tiene arreglo.

La amabilidad que me brinda sin conocerme me hace llorar más. «¿Arreglar? ¿Cómo voy arreglar mi puñetera vida?», pienso un poco desesperada.

—Venga, venga. No tiene que contarme nada si no quiere —me reconforta —, pero no puedo dejarla así. Allí hay una cafetería. —Señala la que está más cerca.

—Gracias. Yo me llamo Xia —me presento con torpeza.

—Encantado, Xia. —Extiende la mano de manera caballerosa y, cuando acepto la misma, una corriente recorre mi brazo—. ¿Tienes un rato para poder charlar? No voy a aceptar un no por respuesta.

«Oh, si tú supieras los ratos que se me pasan por la cabeza pasar contigo», me digo mientras lo miro con disimulo.

Dudo en si aceptar la invitación que me ofrece. Parece un buen hombre, aunque no hago nada malo tomando una tila con él.

—Sí, tengo un rato. —Acepto finalmente.

—Estupendo —me dice Mark, sin perder ni un instante el brillo en la mirada.

## **MARK**

Estoy en el gimnasio, en mi casa, dando puñetazos al saco de boxeo. Seguro que llevo horas encerrado aquí. Solo se escucha la respiración agitada que sale de mis pulmones y las cadenas del saco al moverse cada vez que golpeo con fuerza una y otra vez. Hoy se cumplen los quince.

Quince, quince puñeteros años, de los cuales ni el trabajo ni el dinero han logrado que me olvide de cómo se apagó su luz.

—Debería de haber sido de otra forma —murmuro entre dientes, con rabia, mientras sigo golpeando con fuerza.

Escucho como alguien entra en el gimnasio. Sin necesidad de mirar a mi espalda sé que es Celia.

—Señor Duncan, la cena estará servida en media hora. —Se limita a informarme educadamente.

Detengo el balanceo del saco rodeándolo con los brazos. Me siento cansado y agotado. No tengo ganas de nada. Poseo tantas cosas y a la vez no tengo a nadie con quien compartirlas.

—Hoy no cenaré en casa. Y no me preparen tampoco el desayuno, no llegaré hasta mañana por la noche.

—Como quiera, señor Duncan. —Su voz suena con tristeza.

Celia es una señora que trabaja para mi familia desde... *ummm*, desde que puedo recordar, la verdad. Le tengo un cariño y aprecio especial. Ni yo mismo me atrevería a preguntarle su edad. Para mí ha sido como una madre en más de una ocasión. Me conoce perfectamente y sabe de sobra el día que es hoy y lo que eso significa.

Me retiro los guantes y me dirijo a la ducha que hay en el gimnasio. Una vez aseado me visto con un traje cómodo de Armani. Salgo directo hacia el garaje cruzando el jardín de la propiedad y decido llevarme el Corvette ZR1.

Estoy en la barra de un local bebiéndome el tercer *whisky* de la noche. Agradezco que el barman no quiera darme conversación porque hoy solo quiero olvidar.

Las horas transcurren de manera tranquila hasta que una mujer con un vestido rojo apretado, muy apretado, se acerca hasta el asiento libre que está a mi lado.

—Hola. Me llamo Cristina —saluda con voz sensual, mirándome directamente a los ojos—, se te ve muy solo.

—Estoy bien, gracias —le contesto de manera seca.

La mujer no se da por vencida. No deja de hablar y hablar durante lo que me parecen horas. Termina por sonsacarme mi nombre y cada vez se arrima más a mi cuerpo. Posa su mano en mi muslo se inclina hasta estar casi encima de mí. El escote que lleva es pronunciado, sus labios rozan el lóbulo de mi oreja.

—¿Quieres tomar la última en mi casa, Mark? —me susurra con intenciones más que evidentes.

«¿Por qué no?», me pregunto. Una noche de sexo hará que me olvide por un rato de todo.

—Vamos —le indico, levantándome del cómodo asiento. Saco un fajo de billetes que tiro sobre la barra sin mirar siquiera la cantidad.

El rostro de la chica cambia y su sonrisa se transforma en una más amplia al ver el dinero. «Otra interesada más», pienso con ironía.

Conduzco con cuidado, aunque no debería hacerlo, porque estoy bebido y lo sé. Mi acompañante de esta noche me indica cómo se llega a su casa. Está en un barrio desconocido para mí. Aparco en el primer lugar libre que encuentro.

Nada más cruzar el umbral de su apartamento, se lanza a mi cuello y empieza a quitarme la ropa.

Se acerca a mis labios y giro la cara.

—No me beses, nada de besos —le comento con seriedad.

Hace un ridículo gesto de niña pequeña con la boca, pero no se queja en alto. Sigue quitándome la ropa hasta lograr que me quede desnudo. Decido ponerme manos a la obra, aunque a mi miembro le cueste en estos momentos meterse en su papel. Pero ya que hemos llegado hasta aquí... ¡qué no se diga!

Mucho desenfreno, pero poco sentimiento. Simplemente vamos a follar como animales gran parte de la noche hasta quedar rendidos sobre el colchón con la respiración agitada.

A medianoche me levanto de la cama y retiro el preservativo. Lo tiro en la papelera que tiene cerca del escritorio. Estoy junto a la ventana del dormitorio y me fijo que no hemos cerrado las persianas. ¡Qué más dará!

—Ven. ¡Quédate hasta que me duerma, Mark! —solicita, aún desnuda y con el cabello revuelto.

Me echo sobre la cama y cierro los ojos. Estoy tan cansado.

Lo último que llega a mi mente antes de quedarme dormido es la mirada atormentada de la persona a la que le fallé. El ejercicio solo es un olvido

momentáneo.

Abro los ojos de golpe. La luz del amanecer entra por la ventana. Intento levantarme, pero el peso muerto de unas piernas me lo impide. Son de... ¿Vanesa? ¿Patricia? ¿Nerea? Desisto negando con la cabeza. No recuerdo su nombre.

Realizando movimientos ágiles, intento que no se despierte. Ésta es la parte que menos me gusta.

—Mmm... —Extiende la mano sobre el colchón buscándome con los ojos cerrados—. Mark, ¿a dónde vas? Quédate un rato más, no te arrepentirás. — Su voz adquiere un toque chillón, dándome deseos de taparme los oídos con las palmas de las manos. Puede que tenga resaca.

—Tengo una reunión. No puedo faltar —me excuso con ella. No es que le vaya a contar que la reunión es por la tarde.

Retira la sábana y comienza a gatear por la cama. Tira de la corbata que estoy tratando de anudarme y me tumba sobre el colchón. Se sienta encima de mi pelvis y comienza a frotarse sin ningún tipo de pudor intentando que mi pene se anime de nuevo.

La miro sin sentir nada de excitación. ¿Qué me ocurre? ¿Por qué en cuanto sale el sol pierdo todo interés por mis acompañantes? Recuerdo que ayer me pareció atractiva cuando me pidió que la acompañara a su casa. Pero es siempre igual, da lo mismo los años que hayan pasado. No soy capaz de olvidar.

La aparto sujetándola de la cintura y me levanto terminando de vestirme lo más rápido posible.

—Jo, no te marches —dice, poniendo unos pucheros exagerados.

—Tengo que marcharme, Pamela —vuelvo a insistir mientras me ajusto la chaqueta.

—Cristina —me corrige acto seguido—. Venga anímate, podríamos ir más tarde a comer a un restaurante, ¿te apetece?

No. ¿Qué tipo de mujer es esta que no se enfada cuando no soy ni capaz de recordar su nombre después de haber follado con ella? Alzo la mirada al techo un segundo al darme cuenta de que todo es por el interés. Típico.

—Me tengo que marchar. —Salgo del dormitorio dando a un pequeño salón por el que ni siquiera recuerdo haber pasado la noche anterior. Coloco la mano sobre el pomo de la puerta y, antes de girarlo para salir, me despido

—: Ha sido un placer... —Ya me he vuelto a olvidar de su nombre. ¡Bah, qué más da!

«Espera, no tengo tu número» le escucho decir antes de cerrar la puerta. Bajo las escaleras sin esperar al ascensor. Pocas veces me dejo llevar por la lujuria, anoche fue una excepción. Normalmente, mi trabajo me absorbe por completo.

Al salir a la calle miro a mi alrededor y me doy cuenta de que debo estar en un barrio bastante alejado del mío. Doy vueltas buscando el coche, rogando para que siga de una pieza. Paso la mirada por la fila de autos aparcados en las aceras sin fijarme por donde camino. Cuando de repente una mujer choca contra mí. La sujeto de los brazos intentando que no se caiga.

¿Cómo no la he visto? lleva un chándal amarillo de lo más chillón. Es de estatura media, bastante menuda en comparación conmigo. Tiene el pelo castaño recogido en una coleta alta algo deshecha.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le pregunto con preocupación al ver las lágrimas recorrer por sus mejillas.

Levanta la cabeza, observo sus ojos y me estremezco. Tiene signos de cansancio bajo su mirada, el brillo opaco que desprenden me recuerda una época lejana.

—Sí, perdóneme por chocar con usted, no me di cuenta —se disculpa, intentando aclarar la voz mientras se limpia el rostro con las manos.

—No me extraña que no pueda ver nada. —Le ayudo a retirar las pequeñas gotas que quedan por sus mejillas con el dorso de mis manos. Tiene la cara menuda y le sonrío para que se relaje. Me presento y le invito a tomar una tila para que se tranquilice en la cafetería más cercana. Para mi sorpresa comienza a llorar de nuevo.

No sé el motivo por el cual insisto en llevarla a tomar algo, quizá porque no soy capaz de marcharme al ver a alguien tan triste, tan afectada, tan frágil. ¿Qué le habrá sucedido?

—Gracias. Yo me llamo Xia —dice, procurando recomponerse.

—Encantado, Xia. —Extiendo la mano para formalizar la presentación y que confíe en mí. Al rozar su piel con la mía siento un escalofrío, la respiración se me atasca y contengo el aire en los pulmones—. ¿Tienes un rato para poder charlar? No voy a permitir un no por respuesta.

No, no concibo una negativa. El interés que despierta en mí me intriga por lo desacostumbrado.



La duda pasa por su rostro, es muy expresiva. Coloca un mechón de cabello detrás de la oreja y termina aceptando mi invitación.

Camino a su lado, en dirección a la cafetería preguntándome qué será lo que le ha sucedido para estar de esta manera. Espero poder averiguarlo, la intriga me corroe.



# *Un amigo*

**XIA**  
**E**stoy sentada en una cafetería con un hombre al que no conozco de nada y dejando que me invite a tomar una tila. Espera. ¡Mierda!, espero que me invite, no llevo nada en los bolsillos, solo mis llaves. Salí con tanta prisa de casa que ni cogí el monedero.

La camarera que antes nos tomó nota trae la comanda y vuelve a hacer ojitos a... Ay, ¿Cómo se llamaba? ¡Joder!, soy malísima para recordar nombres. Necesito conocer a más gente, las últimas personas con las que me he relacionado fueron el director del centro de Josh y Kevin y su jefe de estudios. «Y no para invitarme precisamente a una tila», pienso con sarcasmo.

Sujeto la taza que tengo enfrente de mí. Mis manos no dejan de temblar mientras la arrimo a mis labios. Dejo la taza en el platito y el ruido del tintineo me avisa de que continúo más agitada de lo que creía.

—Perdona si es una grosería por mi parte, pero ¿cómo te llamabas? Soy muy mala para recordar los nombres —le pregunto con timidez.

—Mi nombre es Mark, y no te disculpes, Xia, con tu estado de nervios me asombra que me hubieras prestado un mínimo de atención. —La calidez con la que expresa cada palabra me reconforta de una manera extraña.

Sin embargo, ahí se equivoca y mucho. Atención le he prestado, ¡y tanto que lo he hecho! Pero a él, no a lo que me decía.

«¡Casada, casada, casada!», grita mi conciencia. ¡Por Dios, hormonas!, dejad de dar la lata que ya no tengo edad para comportarme como una colegiala.

—Gracias por la tila, Mark. No tenías por qué pararte conmigo, nadie lo hubiera hecho. —Intento parecer una persona cabal mientras hablo con el dios griego que ha bajado del Olimpo y que se ha parado a reconfortar a una simple mortal.

—No hay de qué. Lo que hiciera el resto del mundo no me interesa. Bueno, cuéntame algo de ti, Xia, ¿qué haces?

—¿Que qué hago? ¿En serio me preguntas que qué hago? —Una risa nerviosa sale de mi garganta—. ¿No querrás preguntarme más bien que de qué manicomio me he escapado? Choco contigo en mitad de la calle con estas pintas. —Me señalo haciendo referencia al chándal amarillo chillón—. Llorando como una loca y lo que me preguntas es que qué hago. Ahora soy yo la que quiere saber ¿de qué manicomio te has escapado?

Comienza a reírse en alto. Es casi inevitable no contagiarse con ese sonido y dejarse llevar por él, así que le sonrío a mi vez.

—Eres una mujer muy interesante —comenta una vez que recupera el aliento.

—Debes ser el único que piensa eso de mí —digo casi en un susurro. Me doy cuenta de que me ha escuchado porque su cara risueña cambia drásticamente por una más seria.

—Mejor empiezo por mí y luego si quieres continúas tú. ¿Estás de acuerdo?

Afirmo con la cabeza. Tengo curiosidad por saber algo sobre él. Coloco los codos sobre la mesa para esperar que me diga lo que quiera esta divinidad.

—Profesionalmente, me dedico al sector aeronáutico. Soy el segundo de tres hermanos. Tengo treinta y ocho años, soltero, sin hijos. Ummmm, y me encanta el dulce. Bien, ahora tú. —Lo ha comentado con tanta rapidez y gracia que me animo.

—Pues yo soy ama de casa. Tengo un hermano mayor, solo somos dos. Tengo treinta y cuatro años —murmuro bajito, muy bajito, para que no me oiga la edad—. Casada con dos hijos; Josh de catorce y Kevin de trece. También me gusta el dulce, pero mi pasión es leer en mis ratos libres, y la música.

Mark estalla en una carcajada.

—Haré como si no te hubiese escuchado la edad, ya que lo has dicho muy bajito. No tenías por qué decírmelo si no querías.

No me pregunta por mi marido, se interesa por los niños. Le cuento un poco mi aburrida vida. Él por lo contrario es un hombre de mundo, viaja a menudo a otros países y me cuenta en qué consiste su trabajo. Hablamos de libros, películas y música. Tenemos mucho en común. El tiempo pasa sin darme cuenta hasta que me fijo en el reloj del local. ¡Oh, no! Mi corazón se dispara y la culpa me invade. Me levanto de la silla de golpe.

—Mark, lo-lo siento mucho —me disculpo con él, nerviosa—. Tengo que marcharme, es tardísimo y... —Llevo las manos a los bolsillos mirando al plato metálico con la cuenta de nuestras bebidas—. ¡Mier...! Lo siento, no salí con la cartera de casa.

—No te preocupes, Xia. Era una invitación, ¿te acuerdas? Me ha encantado conocerte, eres una mujer peculiar. En el mejor de los sentidos, por

supuesto —aclara quitándole importancia a lo que él denomina «peculiaridad».

Mark se lleva la mano al interior de la chaqueta y me extiende una tarjeta con sus datos en letra de imprenta. Me quedo como una boba sosteniéndola entre mis manos sin tener ni idea de qué decirle.

—Me encantaría volver a verte en otra situación —dice sonriendo— y poder tomar un café. Como amigos. —Levanta las manos colocándolas de manera graciosa delante de su cuerpo—. Sé que eres una mujer casada, ya me lo has dicho. Yo respeto esos votos. Llámame siempre que quieras charlar un rato. No es ninguna obligación.

«Como amigos», esas palabras se repiten en mi mente. Es cierto, estoy casada. Nunca sería tan ruin como para serle infiel a mi *maravilloso* marido.

—Gracias. Me encantaría volver a poder charlar de nuevo contigo, Mark. Nos vemos —me despido de él, alejándome con pasos cortos. Intento prolongar lo que para mí ha sido una mañana llena de emociones de las que llevaba tiempo sin experimentar.

—Cuando quieras, Xia. —Le escucho decir a mi espalda.

Guardo su tarjeta en el bolsillo del chándal. Puede que haya pasado apenas dos horas en su compañía, pero la confianza que me ha transmitido ha sido enorme.

Camino por las calles hasta llegar a mi edificio, subo de nuevo los cinco pisos y abro la puerta de mi casa. Al entrar en la cocina me da un bajón.

Realizo las tareas lo más rápido que puedo, colada, dormitorios, baño. Hago una compra exprés en el supermercado y como no me da tiempo a elaborar un gran bufé decido que hoy comerán macarrones. Por supuesto, cuando mis hijos hacen su aparición por la puerta de casa y ven que solo hay eso para comer echan pestes por la boca. ¿Acaso he sido tan mala madre?

Echo la vista atrás: Los mimé de pequeños. Limpié sus heridas. Les contaba cuentos antes de ir a dormir pese a no tener un buen día. Siempre me he preocupado por sus estudios y por sus compañías. Nunca les ha faltado un beso, ni un abrazo por mi parte. He estado siempre ahí para ellos. Pero desde hace dos años han dado el cambiazco, y sin haberme dado cuenta. ¿Dónde están mis pequeños? Esos que recogía a la salida del colegio y gritaban un «mami» con una sonrisa en sus rostros.

Los días pasan como siempre. Con gritos por cualquier motivo cuando llega David de la oficina y con reproches inesperados por parte de los niños.

Hoy mi marido está en Barcelona. Ha tenido que viajar por temas de la empresa que según él no entendería. No volverá hasta mañana. Los niños han quedado con sus amigos, han ido a la celebración del cumpleaños de un chico del instituto. ¡Oh, dulce tranquilidad!

Tengo todo hecho. Miro a un lado y al otro revisando si me queda algo pendiente. ¿Y ahora qué? Me pregunto sin saber qué hacer el resto del día.

«Quizás... No, no debería», me regaño a mí misma. Sin embargo, no hago daño a nadie haciéndolo. Solo es un amigo, ¿no?

Busco la tarjeta de Mark que guardé en mi cartera al llegar a casa el otro día. Marco el teléfono móvil que aparece en mi patata-móvil y espero a escuchar el sonido.

Un tono. «¿Qué estoy haciendo?»

Dos tonos. «Ay, mejor cuelgo antes de que me responda»

Tres tonos. «Sí, será mejor que...»

—¿Diga? —Escucho la voz grave de Mark tras la línea.

Dios, Dios, me he olvidado de hablar. ¿Qué-qué le digo?

—¿Diga? —insiste, y tengo que tragar saliva con fuerza antes de pronunciar la primera sílaba.

—Ho-hola, soy Xia. No sé si te acuerdas de mí. —Mierda, quizá le dé a toda tía viviente con la que se cruza sus tarjetas.

—Hola, Xia. Pensé que no me llamarías. ¿Va todo bien? —pregunta con interés, mientras alza la voz. De fondo se escucha un fuerte sonido. Juraría que es un reactor a plena potencia.

—Estuve muy ocupada. ¿Te pillo en mal momento? Se escucha mucho ruido. ¿Dónde estás?

—No, tranquila, estoy en el trabajo. Pero tengo tiempo para ti. —Creo que me acabo de derretir—. Estamos haciendo unas pruebas nada más.

—Ah, vale. —Es lo único que soy capaz de verbalizar.

Lo cierto es que no pensé mucho en qué decirle, solo necesitaba hablar un rato con alguien adulto y comprensivo. Ya que mis conversaciones diarias con los chicos se limitan a dar órdenes que nunca se cumplen y con David es mejor no entablar una conversación.

—Xia, estoy en Madrid ahora mismo. ¿Te apetece ir a tomar ese café que dejamos pendiente y así nos ponemos al día?

«¡Sí!», exclama con euforia mi conciencia. Un café, qué sencillo suena y qué difícil puede llegar a ser a la vez. Me quedo callada un instante, meditando los pros y los contras. Mi vista se posa en una de las fotografías que están en el mueble del salón. La única en la que estoy con mi marido y recuerdo que no llegará hasta mañana. No tiene por qué enterarse de nada, además no voy a hacer nada malo. Es solo un amigo, nada más.

—Está bien, un café. —Termino aceptando.

—Te iré a buscar a tu casa, dame tu dirección.

Se la doy sin pensarlo. Acto seguido, me arrepiento. ¿Qué hago dando mi dirección a alguien que conozco de solo dos horas y unas pocas palabras? Mis nervios aumentan, el debate interno que tengo es enorme. Escucho de lejos como me dice que timbrará al llegar para que baje. Y le respondo tartamudeando un «sí».

La llamada finaliza. Me quedo mirando la pantalla de mi móvil es del siglo pasado. Y ahora, ¿qué coño me pongo? El chándal amarillo ni de coña.

«Venga, Xia, solo es un café, solo es un amigo», me recuerdo.

Me dirijo al dormitorio y abro las puertas del armario. Empiezo a rebuscar dentro de él para decidir qué ponerme.

Saco camisas, faldas, pantalones... Sostengo entre mis manos varias prendas. Creo que no recuerdo de qué década es esta ropa, flores y estampados pasan por mis manos. Es la primera vez que soy consciente de que me visto como una señora de sesenta años.

«Nota para el futuro: no aceptes la ropa de tu madre».

Después de los quince minutos más agobiantes que he pasado delante de un armario, me decanto por unos vaqueros gastados y una camiseta de manga corta holgada. Lo más sencillo y menos pasado de moda que encuentro.

Reviso por última vez mi aspecto frente al espejo y me peino con los dedos de las manos el cabello intentando un imposible, que se quede cada mechón en su lugar.

Las dudas y los nervios siguen aumentando. Estoy por llamarle y cancelarlo todo, pero tres toques a la puerta de mi casa me alertan de que es demasiado tarde para eso.

¡No se le habrá ocurrido subir los cinco pisos! Inhalo con fuerza de camino a la entrada y abro.

## **MARK**

Después de pasar casi toda la mañana en compañía de Xia, decidí que no podía dejar que se marchara sin la posibilidad de volver a verla. Es una mujer simpática, inteligente y graciosa. Hace tanto que no conozco a una persona tan auténtica y sin artificios.

No le he dicho que soy el dueño de Aerospace Duncan, quizá no sea como la mayoría de mujeres que conozco habitualmente, pero no quiero arriesgarme. Me ha dado la impresión de que no es feliz en su matrimonio. No he querido preguntarle por la relación con su marido. Creo que es un tema algo delicado para ella porque solo lo mencionó una vez.

Mi instinto me grita que hay algo que esconde.

Sin pensarlo demasiado le di mi tarjeta personal, con mi número privado de móvil, por si quisiera contactar conmigo en algún momento. Debo estar mal de la cabeza, yo nunca doy mi teléfono personal y menos a una mujer. Desde que nos despedimos una sensación extraña se ha instalado en mi cuerpo.

Han pasado días desde la última vez que la vi y no soy capaz de olvidarme de su mirada triste y melancólica. No me ha llamado y lo más seguro es que no lo vaya hacer. Me he centrado en mi trabajo para no seguir pensando en esa mirada almendrada que tantas cosas me ha hecho sentir en tan poco tiempo.

Repaso la agenda para comprobar que no se me haya pasado nada por alto y organizo los últimos detalles de varias reuniones que tengo para las próximas semanas. Salgo de mi despacho y me encuentro con uno de mis empleados estrella: Miguel. Le pregunto si está ocupado y me dice que en este momento no. Así que le pido que me acompañe hasta el hangar de pruebas para tener de primera mano los resultados del nuevo prototipo que tenemos en mente sacar al mercado.

Al llegar el ruido ensordecedor taponaba mis oídos y me coloqué unos cascos protectores para no quedarme sordo. Los especialistas verifican las estadísticas en las pantallas de los ordenadores del nuevo motor a propulsión.

El móvil que llevo en el interior de la americana vibra. Frunzo el ceño al comprobar que no reconozco el número que me llama.

¿No será...? Mierda, Mark, está casada, ¿recuerdas? Solo podemos ser amigos, nada más. No te emociones por una simple llamada de teléfono.

Me tapo con la palma de la mano el oído, y con la que tengo libre contesto.



—¿Diga? —Joder, no escucho nada—. ¿Diga?

—Ho-hola, soy Xia. No sé si te acuerdas de mí. —Si le digo que no he dejado de pensar en ella pareceré un tonto.

Le pregunto si va todo bien y me responde, eludiendo mi pregunta directa, con una excusa que me suena a ensayada y no a sincera. Necesito volver a verla. Tengo este sentimiento de protección hacia ella que no puedo explicar. Me repito una y otra vez que quizá sean todo imaginaciones mías, y que solo tuvo un mal día cuando nos conocimos, pero quiero asegurarme de ello.

—Xia, estoy en Madrid ahora mismo. ¿Te apetece ir a tomar ese café que dejamos pendiente y así nos ponemos al día? —Espero su respuesta con impaciencia, repitiendo mentalmente «di que sí, di que sí».

Termina aceptando y una sonrisa se instala en mi rostro desde ese momento. Le pido su dirección y le comento que no tardaré en llegar.

—¡Miguel! —grito, haciendo señas con la mano para que este se acerque hasta donde me encuentro—. Quédate a verificar los resultados y mañana a primera hora quiero el informe sobre la mesa de mi despacho. —le ordeno sin darle más explicaciones.

—Sí, señor Duncan. —Asiente con la cabeza.

Salgo del hangar y me subo al coche. Me dirijo al edificio principal, aparco en la entrada y saludo a la recepcionista. En el despacho tengo unas camisetas de repuesto, no quiero llegar oliendo a combustible. Siempre tengo a mano unas cuantas porque nunca se sabe cuándo puede venir alguna visita inesperada. La imagen es algo que debe de cuidarse cuando se está al frente de una empresa.

Una vez cambiado, salgo al pasillo y llamo al ascensor. La encargada de recursos, María, camina con paso firme acercándose a mí.

—Buenos días, señor Duncan —me saluda con cortesía.

—Buenos días, María —le respondo de igual modo.

Las puertas del ascensor se abren y entramos juntos en el cubículo. Observo como se frota las manos con nerviosismo una y otra vez. Me pregunto el motivo por el cual actúa de esta manera, pero no me paro demasiado en ello. Solo quiero presentarme lo antes posible para recoger a Xia y poder conocer un poco más de ella.

Las puertas se abren al llegar a la planta principal.

—Ummm, señor Duncan —dice María a mi espalda.

—¿Qué sucede, María? —Me freno para prestarle atención.

—Hoy, bueno, yo... —Me ajusto los puños de la camisa esperando con paciencia a que se decida a hablar—. Quería saber si se quedará para el almuerzo. No tiene reuniones para más tarde y pensé que quizá...

No le estoy prestando atención. Ha sido escuchar la palabra almuerzo y al no ser nada relacionado con el trabajo mi cerebro ha desconectado por completo.

—Mire, María, tengo una reunión importante. Ya me contará mañana lo que sea —le digo, caminando hacia la salida.

—Perooo —dice abriendo mucho los ojos—. Sí, señor Duncan.

¿Qué mosca le habrá picado a esta mujer? Últimamente no deja de comportarse de manera extraña, sus cambios de humor no son comprensibles.

El barrio donde vive Xia es de los más humildes de Madrid. En cuanto llego a la dirección que ha indicado me doy cuenta de que los vecinos se asoman por las ventanas para mirar el coche que acaba de aparcar. Parece que sea el espectáculo del día.

El portal está abierto así que decido subir hasta su piso para recogerla en la puerta de su casa. El edificio no tiene ascensor, comienzo a subir los escalones a buen ritmo. Son cinco pisos, suerte que estoy acostumbrado a hacer ejercicio y no noto el cansancio al llegar a la última planta.

Llamo con los nudillos dando tres toques secos a la madera hueca de la puerta de su casa. Deberían de cambiarla. Cualquiera podría entrar sin ningún problema dando una patada. Vuelvo a ajustarme los puños de la camisa y levanto el mentón al escuchar movimiento dentro.



***¡Niños!***

**T**rago con fuerza saliva, observo la puerta y tengo miedo de hacer algún tipo de ruido que me delate.

Niego con la cabeza, es demasiado tarde para arrepentirme.

Doy un paso y expulso todo el aire de mis pulmones con nerviosismo. Fuerzo una sonrisa y abro la puerta.

—Hola —me saluda un dios recién llegado del Olimpo en persona.

Le devuelvo el saludo y no sé dónde colocar las manos en este instante. Las paso por encima de la blusa por no llevarlas a los bíceps de Mark y sentir que no es un sueño. Eso siempre será mejor que pellizcarme a mí misma.

—No tenías que haber subido, con llamar al timbre...

—La puerta del portal estaba abierta —me interrumpe sin perder la sonrisa, ¿cómo lo hará?—, y decidí subir a buscarte a la misma entrada de tu casa.

—¡Ya son ganas de hacer ejercicio! —le comento, mirando claramente hacia su cuerpo—. Mejor voy a por el bolso.

«¿Eso lo he dicho en alto?» Me temo que sí.

—Ya he acabado de arreglarme. —«Aunque no lo parezca», me digo—. Puedes pasar un momento.

Le dejo en el salón y me dirijo al dormitorio donde tengo mi bolso. Busco dentro de él, miro en mi monedero... ¡Mierda! Josh, Kevin, o ambos me han dejado sin una mísera moneda.

Rebusco por los cajones para ver si encuentro algo suelto. No quiero que Mark tenga que invitarme de nuevo, no soy una gorrana. Primero pruebo en los de las mesillas de noche y al no encontrar nada decido mirar en los bolsillos de los abrigos que están colgados dentro del armario. ¡Eureka! Buff, menos mal que encuentro algo. Por lo menos para un café o una copa me llega.

Guardo la calderilla y me dirijo al salón. Mark está mirando las fotografías que tenemos sobre el mueble de roble que pertenecía a una de las tías de David. Lo heredamos cuando ella falleció.

La mayoría de las imágenes que hay son de mis hijos, pero la que tiene en sus manos en este momento logra que me ruborice de la vergüenza. Es la única que conservé cuando me marché de la casa de mis padres. En ella se ve como estoy enfrente de la facultad sosteniendo los libros entre las manos y sonriendo. Me la hizo mi hermano... Parece que fue en otra vida de lo distinta que es a la que hoy vivo.

—Disculpa, no lo pude evitar —dice Mark al escuchar como me acerco a él—, tienes unos hijos muy guapos. Se parecen mucho a ti. —Indica mientras coloca la foto de nuevo en su lugar—. ¿Qué estabas estudiando?

—No acabé la universidad —replico, avergonzada de ello.

—No te he preguntado eso. —Frunce el ceño.

—Es cierto —respondo—. Hice dos años de “Gestión y administración de empresas”.

Fuerzo una sonrisa que me cuesta mostrar.

—Se te veía muy feliz. —Me mira a los ojos directamente, tiene una mirada intensa.

—Lo era —susurro por lo bajo, bajando la vista—. Será mejor que nos vayamos, el camarero no vendrá a servirnos aquí. —Intento ser graciosa al cambiar de conversación, pero nunca he sido buena con estas cosas.

Mark asiente, y bajamos los cinco pisos.

Al llegar a la calle, mis vecinos, los cotillas, se asoman a las ventanas y miran el coche deportivo al que nos dirigimos.

Él me abre la puerta del copiloto. Una vez dentro me coloco el cinturón de seguridad. Miro de reojo a la señora Carmen, la del tercero A, que está frente a nosotros negando con la cabeza de manera reprobatoria por la escena que contempla. Espero que no empiece con los chismes.

## **MARK**

El salón de la casa de Xia es pequeño, minúsculo a mi parecer. En el mueble que tienen, que ocupa parte de la estancia, están colocadas las únicas fotografías que veo. Son en la mayoría de sus hijos. Me acerco para observarlas mejor. Son las típicas escenas familiares: fotos de cumpleaños, jugando en el parque...

Hay una que me llama la atención frente al resto. La sostengo entre las manos; es Xia sujetando unos libros contra su pecho, con una sonrisa que derretiría el corazón de cualquier hombre. Se la ve feliz y muy joven. Debe tener unos dieciocho años en esta imagen. Me hubiese gustado conocerla en esa época, muestra una mirada llena de ilusión y energía que parece haber perdido con los años.

El sonido de las pisadas me alerta de que ha salido de su cuarto, y dejo la fotografía en su lugar. Giro la cabeza para volver a mirarla. Es una mujer guapa, pero se nota en su rostro el cansancio y la tristeza en su mirada. Me disculpo por ser tan curioso y le digo que sus hijos se parecen a ella.

Las pocas fotos que veo del esposo son de un hombre en baja forma física y con cara de perro rabioso. Para ser sincero, no me los imagino juntos, enamorados...

Le pregunto con curiosidad qué ha estudiado y me responde con una evasiva. Esto me molesta porque lo hace constantemente. Además, siempre se hace de menos y también me desagrada un poco.

Comento que se le ve feliz en esa foto y escucho como susurra un «lo era» lleno de incógnitas. Antes era feliz, ahora parece que ya no lo es. Ojalá pudiera volver a ver en su rostro la sonrisa que tenía en esa instantánea.

## XIA

Es raro poder charlar con alguien adulto sobre cosas que no sean solo la comida del día, la colada o las dichosas cervezas.

Estamos en una cafetería del centro cerca de la Puerta del Sol. Pasan los minutos y cada vez me relajo más en compañía de Mark. Somos muy distintos en nuestro día a día, quizás él también necesita desconectar de su rutina. Es un hombre que no habla mucho de sí mismo; posiblemente, lleve cerca de una hora hablando sobre mis gustos musicales mientras él escucha mi monólogo.

Mi patata móvil empieza a sonar, me disculpo con Mark y atiendo la llamada.

—Buenas tardes. La llamo de la comisaría. ¿Es usted la madre de Josh y Kevin Sánchez?

¡Pero una no puede tener ni un solo día de descanso!

—Sí, soy yo, ¿qué ha pasado?, ¿están bien? —Me alarmo levantándome de la silla.

—Sí, señora, lo están, pero debe venir a recogerlos. Han tenido una pelea y se les han incautado unas pastillas que tenían en su poder.

—¿¿Qué?! ¿Dónde... a dónde tengo que ir? —pregunto atropelladamente con el pulso acelerado.

El oficial me da la dirección de la comisaría, y Mark insiste en llevarme.

Al llegar me indican que al ser menores de catorce años no se les exige responsabilidad penal y no habrá enjuiciamiento. Me remiten al servicio de protección de menores y los servicios sociales.

Los veo al fondo del pasillo y mi sangre hierve del cabreo. «Respira Xia, respira, este no es lugar».

—Mamá —dicen al unísono.

—¡Ni mamá, ni cuatro gaitas! Callados hasta llegar a casa, ya hablaremos —les indico, señalándolos con el dedo índice.

Salimos los tres juntos de la comisaría una vez me informan de que debemos acudir a una citación y comparecer por la tenencia de drogas en su poder.

Veo a Mark apoyado en su deportivo esperando a que salgamos.

—Vaya, vosotros debéis de ser Josh y Kevin. Yo soy Mark —se presenta a los chicos.

—¿Quién cojones es este tío? —dice Josh de mala forma, mientras Kevin

cruza sus brazos y reta a Mark con una mirada asesina.

—Es un amigo, me hizo el favor de traerme hasta aquí.

—Tú no tienes amigos. —La forma de decirlo me recuerda a como me habla su padre y las lágrimas se me agolpan en los ojos.

Mark da un paso al frente, cuadra los hombros y su rostro cambia por completo a uno serio. Mis hijos dan un paso atrás mirándome como queriendo pedir una ayuda. Levanto una ceja al ver su reacción.

—¡Háblale a tu madre con respeto! —comenta él con tono grave—. ¿De acuerdo?

Josh asiente con la cabeza con lentitud. No vuelve a hablar en todo el trayecto a casa. Al llegar los chavales se van directos al portal y entran sin esperarme. Me acerco a Mark para despedirme y pedirle disculpas por lo sucedido.

—Gracias por... todo, la verdad.

—Xia, no deberías dejar que te hablen así. Tú vales mucho. —Se frota la nuca con nerviosismo mirando al portal del edificio—. No quiero meterme en donde no me llaman, lo siento.

—No te disculpes. —Sonrío con sinceridad, por primera vez en mucho tiempo alguien muestra un poco de empatía conmigo—. Tengo que subir. Ya nos veremos en otro momento —me despido con la esperanza de que así sea.

—Llámame cuando lo precises, no lo dudes.

Asiento con la cabeza y me dirijo a casa para cargarme a los únicos hijos que tengo. Porque hoy me los cargo, seguro.

Llego al apartamento sin aliento, abro la puerta y los encuentro jugando a la Play como si nada. Me acerco a la televisión y pulso el botón de apagado.

—¡¿Pero qué haces?! ¡Estamos jugando!

—Se acabó la Play, las salidas y el ordenador hasta nuevo aviso. ¡Esto ya es el colmo!

—¿Qué? No es justo —se queja Kevin.

—Sabes que esto solo durará hasta que llegue papá, ¿verdad? —dice Josh, mientras se retiran a sus cuartos.

—Eso ya se verá —comento en voz alta para que me escuchen. Pero sé que nada podré hacer frente a decisión de David.

Dos días, eso fue lo que duró el “duro” castigo de estar sin la Play. Hasta que Josh le pidió poner la videoconsola a su padre y este aceptó sin dudar ni un segundo.



Por mi parte, intenté seguir mi rutina... Siempre cuidando cada detalle para que todo sea del agrado de mi marido: las tareas del hogar, las comidas diarias e intentando que nada se me pasara por alto.

Pero me preguntaba más a menudo de lo que debería qué estaría haciendo Mark. Así que una mañana en la que mis hijos estaban en el instituto y David en la oficina reuní el valor suficiente y lo llamé. Pero no contestó.

Soy una tonta por pensar que un hombre como Mark se pudiera fijar en mí, en una simple y aburrida ama de casa. Lo más seguro es que ni recuerde que me pasó su número de teléfono. ¿Y para qué querría llamarme? Si ni siquiera sirvo para mantener a un amigo.

Cuando llega la noche mi paz se va con la luz del sol. Los niños cenan mientras yo lavo los platos. David va por su segunda cerveza; nadie habla.

Mi móvil suena, me quito los guantes con rapidez mojando un poco el suelo al hacerlo. Miro de reojo a David que sigue cenando como si nada y descuelgo.

—¿Diga? —pregunto, tragando con fuerza saliva.

—Xia, soy Mark. —Es él—. ¿Te llamo en mal momento?

—No, no, para nada. Dime. —Las comisuras de mis labios se elevan al escuchar su voz sin necesidad de obligarlas.

—Vi la llamada que me hiciste esta mañana, estaba en el avión. No llegué a Madrid hasta hace unas dos horas. Por eso no te pude atender —se excusa.

—No pasa nada, Mark. —Me doy cuenta de mi error al mencionar su nombre en alto.

—¿Con quién hablas, Xia? —Tapo el teléfono para que no lo escuche Mark—. Con un amigo.

—¿Amigo? —Se ríe en alto—. Tú no tienes amigos. ¿No serás tan puta como para estar con alguien a mis espaldas, no?

—David... —Aprieto teléfono más contra la palma de mi mano y rezo para que esto no vaya a más—. Baja la voz, te va a escuchar.

Me dirijo al dormitorio para comentarle a Mark que mejor será hablar en otro momento.

—Perdona, Mark —le digo por lo bajo.

—Xia, ¿está todo bien? —pregunta con preocupación.

—Sí, no pasa nada.

—¿Sigues hablando con ese amigo tuyo? —Entra por la puerta del dormitorio David—. ¿No será el tipo del que hablan los vecinos? Ese con el

que te subiste en un coche...

El tono que emplea me paraliza por completo. Se acerca a paso veloz hasta donde me encuentro. Su rostro luce un tono rojizo a causa de todas las cervezas que lleva en el cuerpo, posiblemente muchas más de las que he llegado a verle ingerir. Me sujeta de los brazos con fuerza y me zarandea. Suelto un jadeo de dolor, me aprieta demasiado fuerte y me duele.

—David, suéltame, me haces daño —suplico.

«¡Xia! ¡Xia!» Escucho a Mark como llama por mí desde el otro lado de la línea.

—¿Te has acostado con él, verdad? —Niego con la cabeza horrorizada—. ¡No me engañes!

La mirada de odio y desprecio que muestra, despierta una reacción involuntaria en todo mi cuerpo, que no soy capaz de controlar. Mi pecho sube y baja con rapidez, y las pulsaciones se me disparan.

—Te equivocas. Nunca te he sido infiel.

—¡Putas! —me insulta de nuevo.

—¡No! —grito justo antes de que me cruce la cara de un solo golpe. La palma de su mano hace impacto en mi mejilla y el móvil me cae al suelo cuando me cubro el rostro para protegerme.

—Eres una furcia.

Me vuelve a despreciar llevando la mano a lo alto de nuevo. Mi instinto es agachar la cabeza cerrando los ojos y cubrirla con el brazo.

En ese instante escucho como las pisadas de mis hijos se acercan por el pasillo, abro los párpados temerosa de lo que pueda llegar a suceder. Les lanzo una mirada de alarma para que se marchen a sus cuartos lo antes posible, pero parece que no quieren obedecer.

—Papá —dice Josh llamando la atención de este—. Te llaman al teléfono, es del trabajo.

David no está muy feliz por la interrupción, pero aún así sale del dormitorio maldiciendo en alto y da un portazo antes de salir al pasillo.

## **MARK**

¿Qué tiene esta mujer que no dejo de pensar en ella? ¿Cuándo perdió esa luz que le rodeaba de joven y se apreciaba en la fotografía que tiene en su casa?

Y lo más inquietante, ¿por qué ha sido la única capaz de hacer que me olvide de Kate cuando estoy a su lado?

Abro mi billetera de nuevo y saco la pequeña imagen que desde hace tantos años me acompaña.

—Lo siento tanto —comento en la soledad de mi dormitorio—. Kate. Perdóname.

Debo centrarme, necesito olvidarme de Xia. ¿Por qué el destino o qué se yo, me pone en su camino? ¿Por qué? ¿Para qué? No es justo, es simpática, inteligente, espontánea y es tan infeliz. No hay que fijarse mucho para darse cuenta.

En el momento que la vi por primera vez me recordó mucho a Kate, pero era toda una ilusión de mi subconsciente. Es cierto que se parece un poco a ella físicamente; sin embargo, a medida que hablo con Xia la imagen de Kate se desvanece en mi mente sin esfuerzo.

—Señor, ¿está de acuerdo entonces?

¡Oh, mierda! Me ha vuelto a ocurrir. No soy capaz de centrarme. Estoy en medio de una reunión importante y mi mente no para de divagar. Miro a mi derecha. Marco, un chico del gabinete de presupuestos, me observa y le hago un gesto con la mano para que tome él la palabra, yo no sé qué decir.

Estoy en París, Francia. Sentado en un despacho con doce pares de ojos clavados en mí para aprobar uno de los negocios más importantes que mi empresa haya podido imaginar, ¿y qué hago yo? Pues pensar en una mujer que me tiene hechizado. No alcanzo a comprender lo que me está pasando, no puedo seguir así.

—Creo que tanto el señor Duncan como nuestro gabinete debemos estudiar mejor la propuesta del Sr. Lee, son muchos los cambios que pide.

Menos mal que Marco es rápido en su trabajo y salva la situación. Debo recordar felicitarlo en otro momento.

La vuelta en el avión es una agonía. Hemos necesitado tres días en Francia para comenzar a llegar a un acuerdo. Estoy agotado, solo quiero llegar a casa y poder dormir.

Al aterrizar en la terminal mi chófer, Carlos, me espera para llevarme a

casa.

—¿Ha tenido un buen viaje, señor Duncan? —me pregunta desde la parte delantera de la limusina.

—Ya sabes que no me gustan los viajes en avión. No quedaba más remedio.

Es irónico que siendo el propietario de una empresa que se dedica a la aeronáutica yo no soporte volar. Tan solo soy capaz de estar tranquilo si el que pilota soy yo. Cuando voy en líneas comerciales, aunque sea en primera clase, estoy inquieto. No tengo el control y no voy cómodo.

Suelta una risa por lo bajo. Sé que solo me lo pregunta para meterse conmigo. Viajo el resto del camino en silencio. Agradezco que Carlos no me pregunte nada más.

Cuando llegamos, Celia abre la puerta y sonrío nada más verme.

—Buenas noches, señor Duncan —saluda con alegría.

—Buenas noches, Celia. Me voy derecho a mi dormitorio. Pueden retirarse por hoy.

Subo las escaleras, me voy directo al fondo del pasillo y abro la puerta de mi dormitorio. Tan grande, solitario y vacío. No soporto pasar largas temporadas aquí, me agobia estar sin compañía. Necesito el ajetreo de una ciudad, el bullicio del gentío, reuniones, proyectos nuevos. Todo con tal de no sentir, de no recordar.

Me retiro la chaqueta y la coloco en su lugar. Vacío el contenido del bolsillo dejando encima del colchón el móvil. Decido encenderlo, lleva apagado desde que despegamos.

Me dirijo al aseo para prepararme una ducha más que merecida cuando escucho el sonido de varios mensajes entrantes en el teléfono. Doy media vuelta, sujeto el móvil con la mano y comienzo a desechar mails y a redirigir otros a Miguel o a María. Tengo pensado dejarlo para el día siguiente cuando en el último instante visualizo uno que me sorprende. Lo abro:

Tiene una llamada perdida de: Xia: el día 12/02/15.

Me llamó. ¿Pasaría algo? Tengo que dejar de pensar así, seguro que está bien y todo son paranoias mías. De todas formas, me quedaré más tranquilo cuando escuche que no me necesita, y que está bien.

Tarda un par de tonos en atender la llamada. Me siento en el borde de la cama mientras le explico el motivo por el cual no he podido contestarle esta

mañana cuando llamó. De fondo escucho la voz del que debe ser su marido, no me gusta su tono.

—Perdona, Mark. —Su voz es nerviosa, no se le nota cómoda, quizás no debí llamarla.

—Xia, ¿está todo bien?

—Sí, no pasa nada. —No la creo.

A su marido vuelve a escuchársele más enfadado que antes. Me termino levantando y comienzo a dar vueltas con el móvil pegado a la oreja. ¿Pero quién se cree que es ese hijo de...? Respira Mark, respira hondo.

—David, suéltame, me haces daño.

¿Qué ocurre? Escucho la pelea que tiene Xia con su marido. Me pongo la chaqueta de nuevo. Bajo los escalones de dos en dos hasta llegar al *hall*.

Grito el nombre de Xia sin despegarme del móvil, pero no obtengo respuesta alguna. Más insultos, lanzados por la boca de su esposo. ¿Esto es lo que mi instinto me gritaba? Tengo que hacer algo.

Un sonido sordo y un porrazo al caer al suelo el teléfono de Xia logran que me congele justo antes de salir por la puerta hacia el garaje. ¿Le ha pegado? Eso sonó como un golpe.

Su marido grita de nuevo, esta vez lo oigo sin problemas, ya que nadie tapa el micrófono. Me aferro a mi dispositivo con tanta fuerza que creo que puedo llegar a romperlo.

Como le haya hecho algo juro que se arrepentirá.

Escucho como uno de sus hijos, puede que Josh, le dice algo a su padre para que se marche. David, ese es su nombre. Es imposible que me olvide, no creo que pueda borrar de mi mente el sonido de la voz rota de Xia pidiéndole que la suelte.

—¡Xia! Contesta, Xia. —Vuelvo a intentarlo de nuevo.

—Estoy aquí. —Su voz es apenas un susurro.

—Voy de camino, espérame en tu cuarto. No tardaré en llegar. —Me dirijo lo más rápido que puedo al garaje.

—No vengas. Por favor, Mark. Estoy bien. Solo está un poco ebrio, nada más.

—No lo defiendas. Escuché como te gritaba y estoy preocupado...

—Mark, gracias por preocuparte. Pero en serio, estaré bien. Si vienes, será peor.

—No me quedaré tranquilo hasta que te vea y sepa que estás bien.



### ***A la mañana siguiente***

Aún no sé cómo ni por qué me dejé convencer y volví a casa. Pero no pegué ojo en toda la noche. Me bebí media botella de vino.

Con la resaca con la que me he despertado ha tenido que ser Carlos el que me ha traído hasta la cafetería en donde he quedado con Xia a las diez. Miro mi reloj, las diez y cinco, pido un café, me lo tomo y vuelvo a mirar la hora. Son y veinte. Algo va mal.

Dejo un billete de diez y no espero la vuelta. Carlos me ve salir y se incorpora al verme.

—Vamos a su casa —le indico entrando en el coche.

Igual que la última vez el portal del edificio está abierto. Subo los cinco pisos corriendo hasta llegar a la última planta. Lleno mis pulmones de aire y toco la puerta. Espero durante un rato hasta que termina por abrirse.



***Dura realidad***



**XIA**  
**H**e perdido la cuenta de las veces que David me ha levantado la mano. «La primera vez fue al poco de habernos casado. Fue porque se me quemó la comida, un cocido» rememoro con amargura.

¿Cuándo mi vida se ha convertido en esta pesadilla?

Es curioso que no recuerde con tanta nitidez cada uno de sus arranques de cólera y, sin embargo, esa, la primera, sí, no fue una bofetada como ha sido hoy. Me agarró del brazo con tanta fuerza que dejó las marcas de los dedos en mi antebrazo. Aquella vez estaba embarazada de poco más de seis meses y se disculpó casi al instante. Me dijo que no volvería a ocurrir, y yo le creí. Le creí como una tonta.

Las lágrimas caen por mis mejillas e impactan en las palmas de mis manos. Mi cuerpo y mi mente ya no aguantan más.

He perdido la noción del tiempo, escucho como alguien menciona mi nombre a lo lejos. ¡Mark! Extiendo el brazo para recoger el móvil que pese al golpe contra el suelo sigue conectado.

—¡Xia! ¡Contesta, Xia!

—Estoy aquí... —No sé qué decirle, me inunda la vergüenza.

—Voy de camino, espérame en tu cuarto. No tardaré en llegar.

¿Qué? ¿Cómo que viene a mi casa? ¡Oh, no!, no puedo permitirlo. David se pondrá de peor humor y es lo último que necesito.

Intento sonar convincente. Le explico que estoy bien y que David tan solo está un poco ebrio.

—Mark, gracias por preocuparte. Pero en serio, estaré bien. Si vienes será peor —le confieso.

—No me quedaré tranquilo hasta que te vea y sepa que es así.

¿Y ahora yo qué hago? Quiero seguir conservando al único amigo que tengo, pero no puedo permitir que venga a casa. David me mataría.

—Mira, mañana es viernes. —Pienso con rapidez—. Podemos vernos y tomar un café por la mañana, ¿sí?

Espero que con eso se tranquilice. Rezo para que el loco de mi marido no entre de nuevo en el dormitorio. Aún sigo temblando de solo pensarlo.

—Si insistes, tendré que esperar hasta mañana para verte —menciona, no muy convencido—, ¿quedamos en la cafetería que hay cerca de tu casa a las diez?

—Mañana a las diez. Buenas noches, Mark —me despido de él.

—Cuídate, Xia.

Me levanto del suelo donde estoy sentada desde que David salió del dormitorio. Dejo el teléfono en la mesita de noche y me dirijo al cuarto de baño que tenemos en el pasillo.

Lo primero que hago nada más entrar es cerrar la puerta con el pasador. Me acerco hasta el lavabo y veo mi reflejo en el espejo. ¿Quién es esa desconocida que me mira a los ojos? Esa no soy yo. Me toco el labio con el dedo índice. ¡Auch...!, me ha roto el labio y mi mejilla está algo hinchada.

No lo puedo reprimir más. Mis sollozos hacen eco en las paredes del baño mientras me dejo caer poco a poco hasta hacerme un ovillo en el suelo. Me tapo la boca con las manos intentando evitar que mis hijos me escuchen, ¿qué voy a hacer?

Después de una ducha rápida para intentar tranquilizarme, me meto en la cama, apago la luz e intento dormir. Deseo quedarme dormida lo antes posible, solo quiero perderme entre las sombras de un profundo sueño que ahogue los gritos de mi vida diaria.

Me despierto sobresaltada cuando noto que mi marido toca mi cintura con sus manos. Me alejo de él arrastrándome a la esquina más alejada del colchón. Abro los ojos con somnolencia, el reloj de la mesilla marca las cuatro y diecisiete de la madrugada. David inclina su peso hasta estar cerca de mi rostro, intenta besarme, su aliento apesta y retiro mi cara.

—Ahora que tienes a otro ya no me quieres, ¿verdad, puta? —me susurra al oído, logrando que mi corazón corra.

Miedo, angustia, terror. Solo soy capaz de sentir el latido de mi corazón en los tímpanos. Sujeto con fuerza la sábana con ambas manos pegándola a mi cuello.

—David, no... No te he sido infiel. —Mi voz sale entrecortada.

Se mueve hasta quedar pegado a mi espalda. Rodea mi cintura con su brazo ejerciendo fuerza. Me intento levantar de la cama, pero me lo impide, sigue siendo más fuerte que yo.

No puedo moverme, cierro los ojos con fuerza mientras recorre con sus manos todo mi cuerpo.

—Quizás es que he sido demasiado suave contigo.

¿Cómo que suave? ¿A qué se refiere? Mis pulsaciones son irregulares y mi pecho se contrae de pánico, ¿qué va hacer?

Giro la cabeza y abro la boca para decirle que se aparte de mí, que no

puedo respirar, pero me besa con rudeza. Su aliento me da asco y me lastima el labio. Un sabor metálico se esparce por el interior de mi boca. Reconozco ese sabor, es mi sangre.

Separa sus labios de los míos y su mirada es fría, lejana. Entro en pánico. Me remuevo bajo el peso de su cuerpo intentando alejarlo. Sin previo aviso, me tapa la boca con algún tipo de tela que no logro reconocer. Voy a gritar lo más alto que puedo, pero consigue rodear mi cabeza con la tela hasta hacer un nudo con fuerza.

Le suplico con la mirada que no lo haga, me intento defender dándole patadas. Alzo ambos puños con la intención de darle en el rostro. David reacciona con demasiada rapidez pese a estar ebrio y me agarra de la cintura para darme la vuelta. Me posiciona boca abajo mientras tira del pantalón del pijama y lo retira por completo.

Al ver que lucho por incorporarme se sienta encima de mi espalda. Me llevo las manos a la boca para retirar la mordaza que me ha puesto. Necesito pedir ayuda, necesito ayuda.

Mis esperanzas se esfuman al ver que me sujeta de ambas manos y tira de mis brazos aplastando contra el cabezal de la cama. Usa una de las corbatas de su trabajo para atarme ambas muñecas e inmovilizarme.

—Calladita estás más guapa, querida... ¿Es esto lo que te gusta, cierto? ¿Lo que lees en esa mierda de novelas?

¡Se ha vuelto loco!

«Por favor, por favor. Suéltame, suéltame, no quiero esto, por favor». Intento decírselo, pero no se me entiende nada.

Me golpea las nalgas con fuerza y un grito ahogado de dolor sale de mi garganta. Nadie escucha mis gritos. Nadie va a acudir a ayudarme.

—¡Oh, sí! —gime, restregando su miembro en mi trasero—. ¿Te encanta todo esto? Veo cómo te retuerces de placer.

«¡Para huir, gilipollas!», paso del pánico a la ira por segundos.

Me levanta las caderas y se introduce en el interior de mi vagina con un movimiento brusco.

Duele, duele mucho. Le da igual escuchar mis sollozos, se mueve entrando y saliendo una y otra vez con brutalidad. Parece que a quien le excita es a él. Nunca ha durado tanto, quiero que acabe ya, que termine de una vez. Me aprieta un pecho mientras me dice agitado en el oído:

—Nunca me has dejado follar tu culo, Xia. Creo que hoy no podrás

negarte.

¿Qué?! ¡No, no, no! Niego con la cabeza, solo de pensarlo entro en pánico de nuevo. En este instante es una bestia, y nunca hemos tenido sexo anal. Muevo los brazos para que la corbata se afloje, pero, como resultado, él se excita más incrementando el ritmo de sus embestidas.

Cuando creo que voy a ser capaz de librarme de la atadura de mis muñecas, mi espalda se contrae por el dolor del impacto que recibo del cinturón. Las lágrimas caen por mis mejillas sin control. Repite el mismo movimiento en varias ocasiones mientras me ordena con voz severa y autoritaria que deje de moverme.

Sale de mi interior con su miembro aún erecto. «¡Dios, esto no me puede estar pasando!». Deja el cinturón a un lado de la cama, y me clava los dedos en la cadera sujetándome con fuerza. Con sus rodillas me obliga a que abra mis piernas, no me quedan fuerzas para continuar luchando. Introduce uno de sus dedos en mi ano. Me duele y escuece. Introduce otro, y no creo ser capaz de soportar lo que está por venir. Entre los sollozos y las lágrimas me falla la respiración.

—Siempre te he querido ver así, sumisa y receptiva. Ya no aguanto más, voy a entrar —me advierte.

La presión en mi ano es insoportable. Cierro los ojos con fuerza y muerdo con ganas la tela que tengo entre los dientes. De una sola embestida entra en mi interior, haciendo que mi respiración se frene de golpe.

Me folla duro y sin ninguna consideración al daño que me está ocasionando. Siento que en cualquier momento puedo perder el conocimiento y no lucho contra ello, deseo que ocurra. Se corre dentro y se desploma en la cama. Mi cuerpo está magullado, dolorido y mi mente se desconecta por completo.

Suena el despertador. Mis manos y boca no están atadas.

Podría pensar que todo fue una pesadilla, pero el recordatorio de lo sucedido está grabado sobre mi piel para recordarme lo contrario.

David, está despierto para mi asombro, vestido con su traje azul marino preparado para salir al trabajo. Me mira con una sonrisa triunfante en su rostro mientras camina para acercarse a la cama. Intento alejarme por acto reflejo, pero mis músculos se resienten doloridos.

—Buenos días, mi vida —me saluda como si no hubiese pasado nada—. Ayer estuviste magnífica. —Se inclina para depositar un beso en mi frente—. Tengo ganas de volver a casa pronto hoy —comenta mientras sale al pasillo con una actitud pletórica.

Me intento levantar apoyando las plantas de los pies en el suelo y las manos en el borde del colchón. Pronto noto que mis piernas no responden bien.

Me tapo la boca con las manos espantada por lo que veo. Sangre y semen cubren la sábana. Me miro las muñecas y compruebo que las tengo amoratas. No fue una pesadilla, fue real. Y pretende que eso ocurra de nuevo... Porque él lo ha disfrutado.

—Querida, hoy te podrás quedar en la cama si quieres. —Levanto la cabeza al escucharle en la puerta del dormitorio—. Pero a partir de mañana tendrás que acostumbrarte a seguir tu rutina, la casa no se hace sola. Yo ya me marchó. Los chicos ya han desayunado. Me han comentado que hoy tienen una excursión en el instituto. Nos vemos esta noche, Xia.

Mi cabeza da vueltas, ¿desde cuándo mi marido es un sádico? No me quedan lágrimas por derramar. No me muevo ni reacciono. Me ha dicho que hoy puedo descansar, pero sé que lo más seguro es que se enfade si no ve todo en su correspondiente lugar cuando vuelva.

Después de mucho esfuerzo, consigo ponerme en pie. Me doy una ducha maldiciendo en alto cuando el agua recorre mi espalda. Me aplico una crema en las zonas más dañadas, aunque no logro llegar por completo a todas ellas.

Mi ano fue desgarrado total y brutalmente. Me cuesta caminar, me cubro con un albornoz y me dirijo al salón. Las tazas y platos del desayuno están encima de la mesa que hay enfrente del sofá, tengo que recoger y lavar también los de la cena.

El timbre suena y doy un salto sobre las puntas de los pies alarmada. Niego con la cabeza. No sucede nada, lo más seguro sea una carta certificada o algo similar. Abro la puerta y mis ojos se agrandan.

—Mark. ¿Qué haces...?

—Son las diez y media —me interrumpe, incluso antes de levantar la vista y mirarme a los ojos—, pensé que te habías olvidado.

Su rostro cambia por completo al verme, guarda silencio un segundo y da un paso al frente entrando en la casa.

—¿¿Dónde está ese hijo de puta?! —grita, buscando a David mientras abre

y cierra puertas en su camino.

Intento seguir su paso, pero no logro ir tan rápido como él. Me inquieto al recordar que no he cambiado las sábanas de mi cama y acelero el paso.

Llego tarde. Mark abre la puerta del dormitorio y su boca se entreabre.

Aparto la vista cerrando los ojos avergonzada. Sus brazos no tardan en rodearme, y me abraza con cuidado. Reprimo un jadeo de dolor cuando me roza una de las heridas de la espalda.

—Debería haber venido anoche. No debí dejarte aquí —susurra con pesar.

—No ha sido tu culpa, nunca se había puesto así. —No le engaño. De cierta manera lo de anoche ha sido con creces una de las peores en todos estos años.

—Y no lo volverá hacer —asegura, alejándose un poco para mirarme a los ojos, no soy capaz de mantenerle la mirada y agacho la cabeza—. Te vienes conmigo.

¿Qué? ¿A qué se refiere? Espera, ¿con él?

## **MARK**

Lo veo todo rojo. Entro en su casa, busco al cabrón hijo de puta cobarde que le ha pegado una paliza a su mujer. A Xia. Abro puertas una tras otra buscándole.

Cuando llego al final del pequeño pasillo y abro la última habitación que me queda, veo algo que me deja temblando.

Siento ira, impotencia, pero sobre todo culpabilidad. Debería de haberla ayudado. Debería haber venido, pese a que me dijo que estaría bien. Mi estómago se revuelve. Las sábanas blancas de la cama matrimonial están manchadas de semen y sangre. La sangre de Xia.

Me fijo en ella más detalladamente en cuanto llega a mi altura. Se sujeta la bata con fuerza a la cintura. Sus muñecas tienen marcas de ataduras.

Miro sus pies y hago un escaneo rápido subiendo poco a poco por su pequeño cuerpo. Un pequeño hilo de sangre se desliza entre sus piernas hasta llegar a los tobillos. El muy hijo de perra no solo le ha pegado. La forzó.

No puedo evitarlo, acerco mis brazos y la rodeo con ellos intentando transmitirle lo mucho que lamento no haber podido estar con ella para protegerla y cuidarla como se merece.

—Debería haber venido anoche. No debí dejarte aquí.

—No ha sido tu culpa, nunca antes se había puesto así.

No me creo sus palabras, quizá nunca llegó tan lejos, pero su maltrato verbal y psicológico debe haber durado años. No permitiré que vuelva a poner un solo dedo encima de ella.

—Y no lo volverá hacer. Te vienes conmigo.

Se tensa dando un paso atrás. Alejándose de mi contacto. Me mira por primera vez a los ojos desde que llegué.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que contigo?

—¿Acaso quieres quedarte con él aquí? —pregunto, furioso. No con ella, sino con la situación.

Un leve rastro de temor pasa por su rostro. No sé si será por haber elevado la voz un poco o por el miedo a quedarse. Traga con fuerza antes de responderme.

—¿Dónde me llevarás? ¿Acaso a tu casa? Tengo dos hijos por si no lo recuerdas. ¿Y qué hago? Me marcho a tu casa y, ¿luego qué?

—Será solo temporal —aseguro—, tengo un buen abogado, podrás pedir el divorcio. Debes denunciarlo —comento, bajando la voz.

Reprimo las ganas de volver a arroparla entre mis brazos.

—Xia, has pasado por mucho en estas horas. Necesitas cuidados médicos y recuperarte, pero no aquí. Mi casa es grande, estaréis cómodos en ella. Ya hablaremos de lo que hacer en otro momento si quieres.

Se queda callada como meditando mis palabras. Me doy cuenta de que acabo de abrirla las puertas de mi hogar. Jamás he llevado a ninguna mujer a mi casa. Alejo los pensamientos de cazafortunas y oportunistas que suelen llegarme. Es una amiga que necesita ayuda.

—Está bien, no quiero pasar otra noche en esta casa —acepta—. Lo demás que has dicho, ya lo pensaré. En este momento no puedo pensar con claridad.

Entra a su cuarto para cambiarse y le pregunto si precisa mi ayuda. Me dice que puede sola y dejo que se vista. Aprovecho ese intervalo de tiempo y llamo a Carlos al móvil para que suba.

—Carlos, Xia y sus hijos se vienen a mi casa —comento una vez llega arriba—. Necesitarán su ropa. Recoge también todos los libros de los chicos de sus cuartos y si es necesario contrata ayuda, no quiero que echen en falta nada.

—Sí, señor Duncan.

—Una cosa más —señalo, logrando que se gire—. Xia está golpeada. No quiero que nadie haga referencia a su aspecto y la incomode. Habla con Celia mientras la llevo al coche.

Carlos asiente y comienza a recoger lo que le he pedido.

Ella sale de su cuarto vestida con el chándal extravagante con el que la conocí en la calle hace unas semanas. Los presento con formalidad y le explico que se encargará de llevar todas sus cosas.

—Espera un momento —me indica antes de salir.

Se acerca al mueble del salón y agarra dos fotografías de entre todas. La primera es la de sus hijos, tendrán unos cuatro o cinco años, están dándole un beso cada uno en una mejilla mientras ella se ríe, la otra es en la que está en la entrada de la universidad.

—Ya podemos irnos.

Con calma se apoya en mi brazo para bajar las escaleras de su edificio. Cuando llegamos a la calle, le ayudo a subir al coche. Este será el viaje más largo de mi vida.





# *Decisiones*

**XIA**  
**T**ardo más de diez minutos simplemente para ponerme el pantalón. Decido vestirme con algo que sea lo suficientemente ancho para que no me cause un daño añadido.

Al salir del dormitorio, veo a Mark que está acompañado por un hombre de unos cincuenta años; este viste un traje negro y en su cabeza luce con orgullo alguna cana típica de la edad.

—Xia, este de aquí es Carlos. Él se encargará de llevar vuestra ropa y objetos personales a mi casa. Ven conmigo, te ayudaré a bajar las escaleras.

—Espera un momento.

Me acerco al mueble del salón dando pequeños pasos y sujeto dos fotografías, el resto me dan igual, pero éstas no quiero que se queden aquí.

—Ya podemos irnos.

Después de haber bajado los cinco pisos y de que Mark me ayude a sentarme en el asiento del copiloto de su deportivo, me relajo al alejarme de las miradas curiosas de mis vecinos.

Enciende el motor del coche y como no soporto el silencio pongo la radio. No aguanto la incomodidad que hay entre ambos en este momento y no quiero recordar lo que ha sucedido ayer.

Suena *Dreams*, una de mis canciones favoritas del grupo The Cramberries, la tarareo intentando engañar a la realidad por unos minutos. Mark me mira de reojo unas cuantas veces en el transcurso del viaje en coche.

Entramos en un complejo residencial de casas y chalets con seguridad privada. No dejo de abrir los ojos impresionada con lo grandes que son algunas y lo cuidados que tienen los jardines que decoran la entrada de cada una de ellas. Hasta este instante no me había fijado en lo adinerado que podía ser.

¡Una mansión! una maldita mansión que compite con El Palacio de la Zarzuela, eso es la casa de Mark, un pedazo de caserón. No comento nada por no parecer estúpida, dejo que me ayude a subir los pocos escalones que nos separan de la puerta. Al entrar me quedo atontada. ¿Y este hombre entró en mi casa de sesenta metros cuadrados? ¡Pero si el *hall* de la entrada es tan grande como mi piso!

—Celia —llama en alto él.

¿Eh? espera un segundo, no me había dicho que era soltero... Memoria... memoria... Sí, me dijo que lo era. ¿Quién es Celia entonces? «Quizá sea su

novia» me responde mi conciencia.

—Sí, señor Duncan. —Escucho la voz de una señora acercándose a nosotros.

—Celia, le presentó a la señora...

—Alexia Martín, mucho gusto. —No espero a que termine de decir la frase porque me doy cuenta de que no sabe mi apellido.

Extiendo la mano para saludar y sonrío. Me arrepiento al segundo al sentir como mi labio partido se resiente. Celia mira frunciendo el ceño mi mano y termino retirándola algo incómoda.

—Puede llamarme Xia.

—Eso, señora Martín, sería una grosería de mi parte.

¡Wow! Acabo de transportarme al siglo dieciocho y sin máquina del tiempo.

—Xia, Celia es la responsable del servicio doméstico, cuida de la casa cuando estoy de viaje. Más tarde te presentaré al resto del personal.

—¿*Ti-tienes* más personal? —le pregunto, nerviosa.

—Esta casa tiene seis dormitorios, cuatro cuartos de baños, salón, comedor, despacho, biblioteca... la cocina es el dominio de Julio y yo que tú no me acercaba a ella. Es necesario más personal —afirma y le tengo que dar la razón—. Dejaremos el *tour* para otro día, ¿sí?

—Eh... está bien. —No, no es que sea rico es que debe ser millonario.

¡Joder, pero si tiene piscina! Me pego a la cristalera del salón que da a un jardín trasero enorme para poder observar con mayor detenimiento todo.

—Ven, te diré cuáles serán vuestros dormitorios. —Giro la cabeza hacia el sonido de su voz de barítono y asiento.

¿Por qué hará todo esto por mí? No puedo dejar de preguntármelo. Me ayuda a subir las escaleras y me indica cual ocuparé. Me dice que a los chicos los acomodará en los dormitorios de la planta baja. No sé qué tan pequeños serán los cuartos de los chicos, pero el mío es descomunal. Cama *king size*, balcón... ¡¡tiene un balcón!! ¿Eso, eso es una...?

—Mark, ¿eso es una chimenea?

Tengo que preguntárselo en alto, nunca he estado en una casa con chimenea. Me parece todo tan surrealista que hasta estoy por asegurar que David me ha dejado en coma y todo es un sueño. Me pellizco el muslo por dentro del bolsillo del pantalón del chándal. Auch... es real.

—Sí, bueno, es una chimenea de gas —me responde con toda la

naturalidad del mundo—. Tienes el baño en esa puerta, esa de ahí es el vestidor. Si me necesitas en algún momento, mi dormitorio está al fondo del pasillo. Ahora intenta descansar hasta que llegue el médico. Yo me ocupo de traer tus cosas y de que vayan a recoger a tus hijos. Por cierto, me tienes que dar la dirección de su instituto.

Mientras se la doy, mi cabeza no deja de dar vueltas. ¿Qué les voy a decir a mis hijos? ¿Cómo les explicó lo que ha sucedido? ¿Qué haré a partir de ahora? No puedo quedarme aquí de aprovechada en la casa de Mark para siempre.

Una duda ronda desde que Celia mencionó algo. Mark se aleja hacia el pasillo y decido hablar antes de que me deje sola en un lugar extraño para mí.

—Mark, ¿te puedo hacer una pregunta? —digo algo cohibida.

—Por supuesto.

Está bien, allá voy...

—Tu apellido, Duncan, no es español. Me preguntaba de dónde...

Mark comienza a reírse en alto interrumpiendo a medias mi pregunta.

—Vaya cosas tienes. —Niega con la cabeza—. ¿Me preguntas por el origen de mi apellido?

—Sí.

¿Tan extraño es que sienta curiosidad? No sé porque se asombra.

—Mi padre era de Reino Unido, mi madre es española. Y eso me recuerda... —Sonríe de medio lado—. Alexia Martín, ¿no? —dice, levantando una ceja con un deje de recochineo.

—No me preguntaste mi apellido. —Me cruzo de brazos—. Como yo no te pregunté el tuyo y todo el mundo me llama Xia. Menos mi madre que me llama Alexia. Así que no me llames de esa manera.

Mark no deja de reprimir una risa contagiosa, y pronto me veo hablando por los codos por culpa de querer alargar el momento para que no me deje a solas:

—Josh es Joshua en realidad, pero no lo llames así, no le gusta. Se lo puse por U2.

Me inclino hacia el borde de la cama con cuidado. El pinchazo de dolor que me abrasa por dentro me recuerda mi estado actual. Mark se acerca y me rodea con los brazos la cintura para que me siente. Le indico que se quede un rato más. Quizá mi mirada sea una súplica velada para que no se marche tan pronto.

—Perdona, pero me he perdido, ¿U2 decías? —retoma la conversación anterior, y agradezco que no entre en detalles con preguntas incómodas de David. U2, eso lo puedo manejar.

—¿No conoces el quinto disco de U2 *Joshua Tree*?! —Niega con la cabeza—. ¡Sacrilégio! —exagero mi reacción—. ¿Cómo no puedes conocer...? Oh, eso va a cambiar pronto, ya verás como sí.

—Xia, eres una mujer digna de conocer. —Me da un beso en la frente que me deja sin aliento. Se levanta dando por cerrado la charla y se dirige a la puerta—. Descansa.

«Digna de conocer» ¿Yo, digna de conocer? Pero si solo soy un ama de casa normal y corriente.

Me tumbo boca abajo para intentar descansar como me ha aconsejado Mark. No he podido ni abrir la cama para meterme en ella.

Con la yema de los dedos rozo mis labios, cierro los ojos con fuerza y comienzo a emitir un sollozo incontrolable. Abro los ojos, observo mis manos que tiemblan sin control y me giro levemente sin apoyar la espalda para sujetarme las rodillas y quedar en posición fetal.

La voz de David se hace presente recordándome quién soy, qué soy: «No eres nada sin mí».

## **MARK**

Me llevo una mano a la nuca al salir del cuarto de invitados. Bajo al *hall* y llamo a Carlos que llega con las pertenencias de Xia. Le indico que vaya a buscar a los hijos de Xia a la salida del instituto.

Necesito descargar la ira que siento en este momento. Pese a haber intentado aparentar normalidad cada vez que le miraba a la cara, el alma se me hacía añicos. ¿Cómo puede existir alguien tan cruel como para hacerle eso a su mujer?

Me voy directo al gimnasio, me cambio de ropa en el vestuario y comienzo una rutina de ejercicios para no ir a buscar a ese malnacido y romperle la boca en mil pedazos. Hago cinta, remo y por último descargo en el saco de boxeo. Mis músculos se resienten de la actividad física, pero mi rabia no ha menguado ni un poco.

Miro el reloj digital que hay en una de las paredes. Debo prepararme, sus hijos llegarán pronto. Me ducho lo más rápido que puedo. En cuanto llego a la casa oigo los gritos que dan los críos.

—¡Tú! —Me señala nada más verme entrar por la puerta del salón que da al jardín—. Quiero irme a mi casa.

—Josh, eso no es posible —le digo lo más calmado posible.

—Tenemos una partida *online* con Dani. No podemos faltar —dice Kevin, haciendo un puchero.

—Quiero ver a mi madre. ¿Dónde está? —menciona Josh con enfado.

—Está descansando en su cuarto. —Llevo la mirada a la planta de arriba.

Josh, se acerca a mí. Es un muchacho en plena adolescencia, alto para su edad y atlético. Tiene el pelo castaño como su madre y el mismo color de ojos. Le llevaré tranquilamente veinte centímetros de altura, pero no se amedrenta.

—¿Acaso es para eso para lo que la quieres? —Junta los ojos retándome con la mirada—. Tenía razón mi padre, solo quieres follártela.

Su lenguaje rudo me da ganas de..., «Relájate Mark, solo es un crío que no sabe de lo que habla».

—No sabes lo que dices, chico —comento con pesar.

En ese momento, veo como Kevin sube las escaleras gritando como un loco por su madre. Josh lo sigue y logra adelantar a su hermano.

Mierda, aún no les he contado lo que le pasó. Subo de dos en dos los escalones para evitar el *shock* que se llevarán al verla.



## XIA

Me altero al escuchar los berridos de mis dos hijos, que irrumpen en el dormitorio sin llamar.

—¿Se puede saber por qué este tío no nos deja volver a casa? —pregunta Josh, señalando a Mark sin dirigirme ni siquiera un saludo—. Tengo una partida importante que jugar *online* con... —Se queda callado al mirarme por primera vez desde que llegó—. Mamá... —El tono de su voz mengua y la vergüenza me invade—. ¿Qué te ha pasado?

Sé perfectamente cómo me veo. Me fijé bien cuando me di una ducha esta mañana. Tengo un lado de la cara morado y un labio roto. Me tapo una muñeca con la mano para intentar alejarla de su visión, las tengo con heridas e hinchadas. Y eso es solo lo que se ve a simple vista.

—¡Mamá! Quiero que me lleven de vuelta a casa. —Kevin entra justo detrás de él. Su boca se abre, la cara de espanto que pone quiero borrarla de mi memoria ya. No quiero que me vean así—. ¿Mami?

Ese «mami», es el detonante para dejar de retener las lágrimas en mis ojos. Kevin no me llamaba de ese modo desde los nueve años. Dejó de hacerlo cuando empezaron los compañeros de clase a llamarle «niño de mamá» en el colegio.

Corre hasta mi cama y se abalanza para abrazarme. Aprieto la mandíbula con fuerza para no quejarme en alto. Ha colocado las manos en mis hombros y mantenerme inmóvil está convirtiéndose un suplicio. Una pequeña lágrima, que se retira con bastante rapidez de la mejilla, cae por su rostro.

—Mami, deja de llorar. —Aspira sonoramente sorbiendo por la nariz—. No tenemos por qué volver si no quieres —me dice, afectado.

—No vamos a volver. —Levanto la mirada y veo como mi hijo mayor tiene los puños apretados a ambos lados del cuerpo. Josh es rotundo en su decisión, eso me demuestra que sabe quién provocó tal daño en mí.

—Chicos, dejen a su madre descansar —habla Mark por primera vez—, les enseñaré sus cuartos.

Los chicos se marchan a regañadientes. Le doy las gracias por todo antes de que Mark cierre la puerta, saliendo detrás de ellos.

—No me las des, descansa. Los próximos días serán difíciles.





# *Recuperación*

**XIA**  
**H**ablé con el abogado que Mark me consiguió. He decidido presentar la demanda de divorcio. No quise denunciar por malos tratos y eso hizo que Mark se enfadara dejándome en plena reunión con Luis, el abogado. Me aseguraron que no es necesario que vea a David para nada durante el proceso.

Debería haber denunciado, lo sé. Pero no quiero convertirme en un número más en un expediente. Tan solo deseo no volver a verlo en mi vida.

Lo peor de todo fue pasar por la revisión médica. No tanto por la incomodidad física cada vez que me hacían las curas, sino por la sensación de vergüenza e impotencia al ser consciente de que soy una más. Una de las tantas mujeres que ya no se reconocen cuando se miran al espejo, que ha perdido parte de quien era en el camino con cada grito, humillación y golpe.

Siempre que veía en la televisión alguna campaña publicitaria en contra de los malos tratos me decía a mí misma que yo no estaba en esa situación. Que no era para tanto, que David jamás llegaría a ser tan bestia como para quedar ingresada en un hospital. Ni tampoco me amenazaba de muerte como escuchaba decir a las mujeres que relataban sus casos.

Llevo en casa de Mark un mes. Prácticamente, no he salido del dormitorio en todo este tiempo. He estado pensando, quizá demasiado, en mi pasado. En cómo llegué a verme en esta situación. Al principio, me culpé por todo.

Tengo pesadillas con David, me despierto en mitad de la noche sudando y sin aliento. Tardo un par de minutos en volver a ser consciente de dónde me encuentro, y que mi esposo no está dormido en el que sería su lado de la cama. Ahora, que han desaparecido las marcas de mi cuerpo y estoy recuperada de mis lesiones, me encuentro un poco mejor, al menos físicamente.

Los chicos van al instituto cada mañana y vuelven casi por la noche, ya que están haciendo horas comunitarias. Me río de solo pensarlo. En casa no limpiaban ni aunque los amenazase con dejarlos sin la videoconsola, y ahora tienen que limpiar los grafitis de las calles.

Esta casa es enorme y da mucho trabajo, pero no se me permite hacer nada. Me aburro con tantas horas de inactividad. Estoy acostumbrada a estar ocupada, realizar tareas del hogar, gestionar y organizar los horarios...

Mark me presentó a todo el personal. Carlos es el chófer, fue al primero que conocí en la que ahora es mi antigua casa. Celia es el ama de llaves, una señora rechoncha, bajita y con moño. Siempre va muy bien vestida, su manera de comportarse y de hablar me recuerda a la de una inglesa estirada. Le gusta mantener el orden en todo. Tiene un pelín de acento anglosajón y en ocasiones parece fría y distante. Sin embargo, es todo apariencia. El primer día en la casa cuando el doctor se marchó, acto seguido entró ella en el dormitorio y me trajo una taza de té. Se sentó en el borde de la cama y me dijo que siempre que necesitara hablar estaría ahí para lo que necesitase.

Sarita y Natalia son las doncellas de la limpieza. Son dos chicas jóvenes que siempre están cotilleando por los rincones. Sarita es rubia, delgada y muy habladora; Natalia es morena, de estatura media y muy tímida.

Pero el que se lleva la palma es Julio, el chef. La cocina es su santuario y no deja entrar a nadie.

Creí que con el paso de los días recobraría el entusiasmo, y que me sentiría más cómoda entre estas paredes. La realidad ha sido otra: sí, Mark es un encanto de hombre que intenta por todos los medios que me sienta a gusto, pero me cierro en mi misma, y no permito que nadie, mucho menos mis hijos, se den cuenta de los altibajos por los que estoy pasando.

Levantarse de la cama, o mirare en el espejo cada mañana es un suplicio. No sé si es algo normal o no, pero he llegado a pensar que todo lo que me ha pasado en los últimos años ha sido por mi culpa.

Tanteo el pasillo antes de salir del dormitorio, y dudo en bajar al salón o continuar en mi estado de aislamiento. Por la hora que es Mark debe de estar en el trabajo, y los niños en el instituto.

Dando pasos comedidos desciendo por las escaleras. Cuando llego al gran salón, me cuestiono qué hago aquí. Agacho la mirada dándome cuenta de que aun estoy en pijama, y que hoy no me he ni peinado.

Todo está tan reluciente, y colocado en su lugar...

De repente, escucho un estruendo que proviene de otra zona de la casa. Mi corazón comienza a latir con fuerza, y la garganta se me contrae. Mis manos comienzan a temblar al ver que entran al salón.

—¡Natalia, quiere fijarse en lo que hace! —la voz de Celia suena severa, llena de autoridad.

—Lo-lo siento —tartamudea la chica, mientras sujeta entre sus manos los trozos de lo que parece un jarrón roto.

—Deme eso, que aún se va a hacer daño —le indica la mujer—. Habrá que informar al señor Duncan de esto cuando llegue —. Me alejo dando varios pasos hacia atrás, y en mi huida choco con la esquina del sofá. Celia se percata de mi presencia volteando la cabeza hacia donde estoy—. Señora Martín, ¿necesita de algo?

Agrandando los ojos, y me giro rápidamente para regresar al dormitorio. Subo con tanta velocidad los escalones que tengo que sujetarme al pasamanos para no caerme en el proceso.

Cuando llego a la habitación, me meto en la cama y me encojo sujetándome las rodillas. Sigo temblando, y cierro los ojos con fuerza intentando alejar los recuerdos. Repitiéndome una y otra vez que no pasa nada, que todo está bien.

Pero la realidad no es esa, tengo la sensación de que en cualquier instante todo explotará. Y no entiendo por qué me siento más insegura ahora, que cuando estaba con David.

Las horas pasan, y Natalia me avisa de la hora de la comida. Durante estas semanas he estado comiendo aquí, pero igualmente me pregunta si tengo pensado bajar.

Con una mano en el pomo, y la mejilla pegada en la puerta le contesto que no. Ella no insiste, pero a los pocos segundos escucho la voz de Mark.

—Natalia, he hablado con Celia. ¿Me puedes contar qué ha sucedido hoy? —sueno tranquilo, sin embargo, no puedo evitar apretar la mano alrededor del pomo.

Como si de un resumen de mis últimos años se tratara, varios recuerdos pasan por mi mente: reproches, gritos, insultos, y por último la impotencia de creer que todo volverá a suceder haga lo que haga.

David perdía la paciencia con facilidad, si algo no salía como él quería las pagaba conmigo. En más de una ocasión me dijo lo torpe que era, y entraba en cólera si rompía algo. Escucho las explicaciones de la empleada, y me muerdo el labio inferior, nerviosa por la situación. ¿Qué hará Mark?

El miedo de vivir una circunstancia similar aquí me da pavor.

—Para la próxima vez ten más cuidado, no te preocupes por el jarrón eso es lo de menos. No queremos que te lastimes —le indica él.

No dejo de quedarme asombrada, ¿ya está? ¿Ni gritos, ni dramas, ni discusiones?

Realizando un movimiento lento, y con mil dudas que no son fáciles de apartar de mi mente, giro el pomo. Asomo la cabeza al pasillo, y comento en un susurro:

—He cambiado de idea, bajaré a comer al salón.

Ambos, se me quedan mirando durante unos segundos. Mark, asiente sonriendo, y noto el momento exacto en el que mis mejillas se ruborizan.

Mientras me preparo para vestirme, medito sobre lo ocurrido. Me doy cuenta de que debo dejar de creer que todos los hombres van a reaccionar como David, y que no puedo continuar de esta manera, por mucho que me cueste conseguirlo.

Tengo que ser fuerte, y superar lo que me pasó.

Al llegar al salón me encuentro a mis dos hijos hablando entre sí de manera distraída, discuten sobre un nuevo videojuego bajo la atenta mirada Mark que se ríe ante uno de los comentarios de Kevin.

A los segundos, Mark gira su cuerpo hacia donde me encuentro, y se levanta de su asiento.

—Estábamos esperándote —me comenta, agarrando el respaldo de la silla que se sitúa a su derecha para que tome asiento.

Expulso una bocanada de aire, quizás para darme el valor suficiente que preciso para continuar adelante, y cuando llego a la altura de mis hijos me paro para decirles que les quiero.

—¡Venga ya mamá! —se queja Josh, cuando le planto un beso en la mejilla, y usa su antebrazo para imitar que borra todo rastro que haya dejado de ese efecto de cariño que le he dado.

—Por mucho que te quejes seguirás siendo mi pequeño —miro a Kevin, mientras me siento—, los dos lo seguiréis siendo.

Observo como Josh baja la mirada intentando evitar que le vea esa sonrisa que se le ha escapado, y ladeo la cabeza para decirle a Mark sin verbalizar «gracias».

El festín que ha preparado Julio es delicioso, y saboreo cada plato como si fuese el primero que consumo en mucho tiempo. Es raro sentirse así, y apreciar momentos tan comunes para el resto de la gente, pero que para mi son una pincelada de lo que será mi vida a partir de ahora.



# Loca

*Dos semanas más tarde.*

**S**on las doce del mediodía y me aburro como una ostra. ¡Ya sé que voy hacer! Misión: esquinazo al cocinitas y asalto a la cocina.

Abro con sigilo la puerta del santuario, imaginándome como Indiana Jones en una misión en busca del Santo Grial. Miro con cuidado a un lado y al otro. ¡No está! Corro hasta la nevera y escojo los ingredientes para hacer una tarta de queso. La que yo hago está para chuparse los dedos.

Me asombro al darme cuenta de que no falta de nada en esta despensa. Empiezo mezclar los ingredientes y a cantar al mismo tiempo. Es una de mis manías, cantar cuando limpio o cocino.

—¿Se puede saber qué hace aquí, señora Martín? —Doy un salto al escuchar la voz de Julio a mi espalda.

—No sé, ¿qué se puede estar haciendo en una cocina? Ah sí, cocinar —le respondo con sarcasmo, sin dejar de remover el contenido del cuenco.

—Aquí el único que cocina soy yo —replica con enfado.

—Julio... —Pongo los ojos en blanco—. Ya he terminado la tarta y me encantaría que se sirviera de postre a la hora de la comida —le pido, girándome para mirarlo a la cara—. Limpiaré esto y me marcho.

—Usted quiere que me despida el señor Duncan, ¿verdad? —indaga, colocando ambos puños en la cintura.

—No, claro que no —aseguro con rotundidad. Me doy la vuelta dándole la espalda un instante para guardar la tarta en la nevera—. Pero me gusta cocinar de vez en cuando y me aburría.

Recojo los cacharros que he ensuciado y empiezo a enjuagarlos, para meterlos en el lavaplatos.

—¡Deje eso! Ya lo hago yo.

¡Ahhhh, ya me estoy hartando de tanta tontería! Desisto. Salgo de la cocina y me cruzo con Sarita y Natalia en el comedor.

—Hola, señora Martín. ¿Necesita algo? —me pregunta la rubia.

—Sí, necesito hacer cosas. Sentirme útil. Me va a dar algo como no...

—¿Por qué no se acerca hasta el gimnasio? —me interrumpe a mitad de la frase—, allí puede hacer ejercicio. El señor lo utiliza a menudo para relajarse.

—¿Pero también hay un gimnasio?

«¿Es que este lugar no tiene fin?»

—Sí, ¿ve la cabaña que está cerca de la piscina? —Señala a través del ventanal—. Antes era para los invitados, pero el señor lo convirtió en un gimnasio personal, dado que no viene mucha gente de visita.

—¡Sara, Natalia! ¡Dejen de holgazanear y pónganse a trabajar! —Celia hace su aparición, y Sarita se aleja poniendo los ojos en blanco.

—Sí, señora —le responden ambas al ser pilladas.

Subo al dormitorio y busco entre la ropa algo cómodo para poder hacer ejercicio. Creo que en la vida he pisado un gimnasio. Como mucho he hecho pesas en casa con dos cartones de leche de un litro. Intenté bajar algo de peso haciendo abdominales, pero desistí cuando David me dijo que era una tontería, que era perder el tiempo y... Niego con la cabeza intentando alejar el recuerdo de sus palabras. Bajo a la planta baja y recorro el camino que separa la casa principal de lo que antes era una casa de invitados, según me acaba de contar Sarita.

Empujo la puerta y entro. Las luces se encienden automáticamente nada más dar un paso en el interior. ¡Vaya!, es un gimnasio completo. Tiene cinta de correr, pesas, bici, remo, un saco de boxeo y espacio suficiente para... ¡bailar!

Reviso el lugar con ojos indagadores y encuentro un equipo de música en una de las estanterías. Enciendo el aparato y el sonido se escucha por toda la estancia. ¡Sí! Este es el único ejercicio que tolera mi sistema.

Mi ánimo aumenta en el instante en el que la música comienza a sonar. Como nadie puede verme, me desmeleno. Empiezo a saltar y a mover las caderas dejando atrás los pensamientos negativos. Centrándome solo en el ritmo, mis pies se mueven solos. Cierro los ojos y me dejo llevar.

“Él está por mí y por ti borró

Y eso que tú tienes to’

Y yo ni un kiki.”

Mi cuerpo se relaja, y por un instante vuelvo a ser la chica que era antes de que David entrara en mi vida. Canto y bailo al compás de Shakira sin importarme nada. Mi mente está tan relajada que no me doy cuenta de que Mark está parado en mitad del gimnasio mirando mi loco baile. Al ser consciente de su presencia me paro de golpe.

—No pares, continúa. Bailas y cantas muy bien —menciona sonriendo.

—Eso no es cierto, pero gracias —le indico bajando la voz y acercándome

al aparato de música para apagarlo.

—Sigue, por favor —me dice, colocando su mano en mi antebrazo antes de que llegue a tocar siquiera el botón para que la música cese.

Mark lleva puesto ropa deportiva, unos pantalones de licra ajustados hasta los gemelos y una parte de arriba en el mismo tono gris claro que realza sus abdominales.

—Solo si bailas tú también... —Le sujeto de la mano y lo llevo a la improvisada pista de baile. Mark se deja arrastrar por mí, Shakira sigue sonando mientras tanto.

«Soy loca con mi tigre.

Loca, loca, loca.

Soy loca con mi tigre...»

Me agarra de la cintura y me arrima a su cuerpo. Me meneo al son de la música, y él me acaricia la espalda hasta llegar a la parte baja de la misma.

Me acerca un poco más a él hasta que la música se para. Nuestras miradas se unen. Sujeto sus bíceps. De repente, noto como “su amiguito” se ha despertado. ¡Oh, madre mía!

—*Pe-perdona*. —Me alejo de su cuerpo, lo más seguro es que con la cara totalmente en llamas.

—No, discúlpame tú a mí. Voy... a refrescarme —indica mientras camina dirección al baño.

¡Joder! Se ha puesto duro con el baile. No me lo puedo creer.

Mi madre siempre me decía que los impulsos de los hombres son primarios, que da igual qué mujer se les ponga delante que siempre están dispuestos. Así que no me hago muchas ilusiones por lo que acaba de suceder. No sé si será cierto lo que decía mi madre. Nunca he estado con otro hombre que no fuera David.



## **MARK**

Miro de reojo la puerta del dormitorio de Xia, lleva días sin salir de él. No quiero molestarla, sé que necesita tiempo para curar sus heridas.

Hablé con mi abogado y Xia decidió poner la demanda de divorcio, pero se negó a denunciarlo por malos tratos. Debí insistir más, sin embargo, no lo hice. Me marché de la reunión y dejé que se encargaran ellos. Al fin y al cabo, debe ser decisión suya.

Sus hijos son... bueno, no son tan malos como parecen. Solo necesitan un poco de atención.

A Kevin, el pequeño, lo vi un día intentar encestar la pelota de baloncesto en la canasta que tengo en la parte trasera de la casa. Después de unirme a él en el juego —con algo de paciencia por mi parte, dado que no le gustó la idea en un principio— le pude convencer de que si intentaba mejorar en sus estudios lo entrenaría para poder entrar en el equipo del instituto.

No soy adivino ni nada por el estilo, me aproveché de que esa misma mañana había escuchado decirle a su hermano que le interesaba presentarse a las pruebas. Como sé que los chavales no son muy aplicados probé suerte, intentando de esta manera motivarlos. Y parece que la idea ha funcionado. Así que le prometí comenzar con los entrenamientos lo antes posible.

A Josh, sin embargo, es más difícil llegar. Contesta con insultos a todo y solo se preocupa de divertirse. No deja de pensar en las fiestas que suelen preparar sus amigos y en jugar a la consola.

Parece mentira lo mucho que ha cambiado el ambiente de esta casa en tan poco tiempo. Antes no soportaba estar ni cuatro días seguidos en ella por lo vacía que la encontraba, y ahora no hay silencio ni un segundo.

—¡Juro que lo mato! —grita Josh, alterado entrando en casa con un portazo. Me fijo en que tiene un labio partido.

Lo veo dirigirse a su cuarto con los puños cerrados a ambos lados de su cuerpo. Me debato entre ir a hablar con él o dejarlo estar. Elevo la mirada a la planta superior, Xia aún se encuentra convaleciente...

Con algo de indecisión llamo a la puerta de Josh.

—¡Déjame en paz, no quiero hablar! —exclama.

Temo que su madre lo escuche por el volumen de voz que usa. Abro la puerta. No le dejo mucho tiempo para que empiece a dar gritos, pienso algo con rapidez y cruzo los dedos para que funcione.

—No vengo a hablar contigo —le comento mientras sujeto con la mano el

pomo de la puerta—. Necesito tu ayuda, ven.

—¿Mi ayuda para qué? —Se incorpora de la cama para poder mirarme a los ojos.

—Te espero en el gimnasio en diez minutos.

Cierro la puerta con la esperanza de que funcione.

Coloco las cosas antes de que llegue Josh. Retiro la cadena que ancla el saco de boxeo al suelo y la guardo en uno de los baúles de madera.

—Ya estoy aquí. —Escucho a mi espalda al chico—. ¿Qué quieres?

—Necesito que sujetes el saco mientras entreno, no encuentro la cadena de agarre —miento, esperando que acepte. Asiente con la cabeza y se posiciona detrás del saco.

—Flexiona las piernas si no quieres caerte. —Me colocó los guantes—. Sujétalo con fuerza.

—No soy un blandengue —bufa.

Doy mi primer golpe, y Josh casi termina en la lona. Lo miro de reojo y veo como aprieta los labios. Se coloca de nuevo, pero esta vez percibo en su mirada determinación.

Inhalo y exhalo en cada movimiento que realizo. Las gotas de sudor recorren por mi cuerpo, la camiseta se me pega a la piel. Golpeo con fuerza una y otra vez. Llevaré cerca de una hora y durante todo este tiempo Josh no se ha quejado en ninguna ocasión. Doy un paso atrás y uso mi antebrazo para retirar la humedad de mi frente.

—¿Quieres probar? —le digo, mientras me saco los guantes.

—¿Puedo? —Una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Por supuesto. Has sido de gran ayuda. A lo mejor te gusta.

Cambiamos papeles, yo detrás del saco y él dando golpes.

—Eres fuerte —le animo al ver que es capaz de moverme un poco con el primer golpe que da—. Aprieta el abdomen cuando golpees y dobla un poco más tus rodillas —le aconsejo—. Así, muy bien.

—¿Cómo puedes hacer esto todos los días? Estoy sin aliento.

—Entrenando mucho.

Dejo que golpee un par de veces más y decido que ya es el momento de hacer la pregunta.

—¿Qué te ha pasado en el labio?

Un silencio se instala entre nosotros, solo se rompe por el sonido del impacto de un nuevo puñetazo.

—Mi padre —sisea apretando los dientes—. Vino por el instituto a preguntar dónde estaba mamá. Como no le quise decir nada, me golpeó.

¡Joder! ¿Ahora qué hago? Se lo cuento a Xia o...

De repente, Josh coloca ambos brazos a cada lado de su cintura y me mira con ojos llorosos. En el fondo es solo un crío.

—No le cuentes a mamá, no quiero que se preocupe. —Baja la mirada e intenta sacarse los guantes con rapidez. Las lágrimas le caen por las mejillas, y se da la vuelta dándome la espalda, no quiere que lo vea—. Cuando se puso a gritar a pleno pulmón en la salida del instituto que era una puta, la rabia me pudo, y le dije que no hablara así de mi madre. Se burló de ella, y recordé todas esas veces que me quedé quieto sin hacer nada, paralizado... Quise defenderla, como no lo hice en su momento. Pero sigue siendo más fuerte que yo y me golpeó. Yo debí ayudarla... yo...

Me acerco a él y le ayudo. Despego el velcro del primer guante y no alzo la cabeza para que no se sienta avergonzado.

—Josh, no ha sido culpa tuya —hablo midiendo mis palabras con cuidado—. Tú no le hiciste eso a tu madre, fue él. —Trago con fuerza, para no centrar el tema en su padre continuo diciendo—. Si quieres que tu madre sea feliz, háblale con respeto y amor. Mejora en tus estudios. Yo por mi parte, estaré aquí para lo que haga falta.

—No creo que eso ayude. —Aspira con fuerza por la nariz.

—Claro que lo hará. —Miro sus ojos, y se encoge de hombros mientras asiente. Al menos lo intentará, algo he conseguido. Le remuevo un poco el pelo y sonrío en el momento que lo hago—. ¿Quieres entrenar conmigo a partir de hoy?

El entusiasmo que muestra con la idea es enorme. Estos chicos tienen buen corazón. Lo que sucede es que la vida que les ha tocado en suerte no ha sido sencilla.

### ***Varios días más tarde.***

Xia ha comenzado a salir del dormitorio y tiene mejor aspecto. Doy orden de que sea tratada con respeto y de que no se le permita hacer ninguna tarea del hogar. Es una invitada y quiero que se sienta como tal. Sé que no le gusta mi decisión, pero aún tengo reciente en mi mente la imagen de los moretones que lucía no hace mucho.

Cada vez estoy menos horas en la oficina y todo es debido a que sé que la encontraré en casa cuando llegue. Leyendo en la biblioteca, tarareando alguna canción por lo bajo o, simplemente, mirando distraída por la ventana mientras los últimos rayos de luz del día se reflejan en su rostro.

Me asombra lo fuerte que es. La observo cuando no me ve. Su cabello castaño, el hoyuelo de su mejilla derecha cuando sonrío, la manera en la que pestañea cada vez que tiene en mente decir algo antes siquiera de decirlo en alto...

Ya ha pasado un mes desde su llegada. Los chicos cada vez se ven más atentos y comprensivos con Xia, el sonido de las risas cuando cae la noche y nos reunimos alrededor de la mesa es un motivo más para regresar a casa. Me he acostumbrado a tener conmigo en los entrenamientos a Josh y Kevin, muestran mucho interés en aprender cosas nuevas, e ilusión... Pero lo que más aprecio de este cambio tan brusco en mi vida son las cenas, porque allí puedo charlar tranquilamente con ella.

Hoy ha sido uno de esos días duros en la empresa y me acerco al gimnasio para descargar tensiones. Me extraño cuando escucho la música que proviene de allí. Abro la puerta y la imagen más erótica de mi vida se desarrolla delante de mis ojos: Xia, meneando sus caderas al son de Shakira. Trago saliva. Es sensual, seductora...

Me ve y deja de bailar y de cantar. Sus mejillas se sonrojan y se acerca hasta el equipo de música para apagar el aparato que sigue emitiendo la canción. Cuando le incito a que continúe se acerca a mí con mirada traviesa y me coge de la mano.

—Solo si bailas tú también... —Se arrima a mí y empieza a moverse pegando su cuerpo al mío.

Mis manos bajan por su espalda hasta llegar al final de esta. Observo sus labios y me entran unas ganas enormes de besarla. Mi excitación está al máximo. Mi polla está dura como una roca. Creo que se ha dado cuenta

porque se acaba de rozar con ella causándome un estremecimiento por todo el cuerpo.

—*Pe-perdona* —se disculpa de inmediato y nos alejamos el uno del otro.

—No, discúlpame tú a mí. Voy... a refrescarme.

¡Mierda! ¡Mark, reacciona! Acaba de pasar por un calvario. ¿En serio se me ha pasado por la cabeza abalanzarme sobre ella? ¿En qué estoy pensando?

Me dirijo al baño del gimnasio a ocuparme de mi problemilla.

El agua fría que cae sobre mis hombros no ayuda a que se me baje la erección. Llevo la mano a ella y rodeo mi miembro con fuerza. Me masturbo ejerciendo movimientos rápidos. Cierro los ojos y los sensuales movimientos que Xia me ayudan a alcanzar el orgasmo. Poso mi frente en las baldosas de la pared.

—¿Qué voy a hacer? —pregunto en alto.

Solo ha sido un lapsus. Solo ha sido la lujuria del momento.

Quizá necesite un encuentro con alguna mujer. Llevo sin estar con nadie desde que conocí a Xia.

Sí, seguro que es eso.

## XIA

Estamos en la mesa del comedor. Me da vergüenza mirar a los ojos a Mark. He tenido mucho tiempo para pensar en todo y creo va siendo hora de que le comente las conclusiones a las que he llegado. Dejo el tenedor a un lado.

—Mark. —Capto su atención llamándolo en voz alta.

—Sí. —Eleva la mirada del plato de comida y me mira a los ojos.

—Creo que es hora de que me marche. No quiero ser una molestia. Te has portado muy bien con nosotros, pero....

—¿Y a dónde vas a ir? —me interrumpe de golpe.

No me gusta el tono que usa. No ha sido grosero, ni tampoco lo ha dicho con enfado, pero me lo tomo a mal. Ya he tenido un hombre en mi vida que me ha controlado y no quiero volver a sentirme así jamás.

—Voy a buscar trabajo y después encontraré una casa para alquilar —le explico.

—No es necesario que te marches. Aún no, por lo menos.

—Ya lo he decidido, Mark. En cuanto consiga un trabajo y tenga ahorrado un poco de dinero, nos iremos.

Será lo mejor, porque estoy empezando a verlo con otros ojos, y eso me asusta. Él es... es solo mi amigo.

—Xia...

—Dime —exhalo a la espera de algún comentario que arruine la idea que me estoy formando de él.

—La tarta está muy buena.

—Gracias —susurro, incrédula.

Ya en mi cama, a punto de dormir, mi audaz memoria recuerda el bailecito con Mark y su creciente erección rozando mi pierna... Me giro sujetando las sábanas con las manos. Ah, dulces sueños para mí.

Me levanto temprano a la mañana siguiente y los encuentro desayunando a todos juntos.

—Buenos días —saludo de manera risueña.

—Mamá, ¿qué haces vestida así? —me pregunta Kevin. Bajo la mirada para comprobar que realmente me he vestido y no voy semidesnuda por la casa.

Llevo una falda de tubo hasta la rodilla. Me he subido a unos tacones negros de unos seis centímetros de alto y una blusa blanca. Es el atuendo más

profesional que he encontrado entre todo mi vestuario.

—Voy a buscar trabajo —les informo.

—¿Y de qué? Si se puede saber —Josh últimamente está muy sobreprotector.

—Pues ya lo veré cuando lo encuentre. Bueno, yo ya me marchó.

—¿No desayunas?

—No, gracias, Mark. *Ciao*, nos vemos más tarde. — Con los nervios que tengo fijo que vomito.

Me duele tener que separarme así de Mark, pero es lo que debo hacer. No es justo que cargue con nosotros, somos un estorbo en su vida. Estoy segura que, si no estuviésemos aquí, una hilera de modelos estaría desfilando dirección a su dormitorio... No quiero tener que ver eso, por algún motivo esa idea me molesta. Así que lo mejor para todos es que busque un empleo.

¡Allá voy, mundo laboral!



# *Experiencia*



**XIA**  
**E**mpecé la mañana optimista. «¡Al fin un trabajo!». La realidad se estampó en mi cara. En cada empresa en la que entraba era rechazada o directamente ni me atendían.

«No tiene experiencia», me dijeron...

¡Coño, si no me presenté para un jodido puesto de directivo! era para hacer fotocopias.

Como la mañana no dio sus frutos decidí probar otro sector; el maravilloso mundo de la hostelería. Me pasé por el mayor número de locales que me fue posible: cafeterías, restaurantes, bares, mesones...

Me duelen los pies. Me he recorrido media ciudad para nada. Camarera, dependiente, telefonista, comercial, chica de los recados. Nada, que no hay manera.

Lo más irónico del día ha sido cuando una chica muy maja —pero maja, maja— me comentó mientras levantaba una ceja y me mantenía la mirada, que ella pese a tener un máster en dirección de empresas trabajaba en ese sector y que no esperase conseguir trabajo con facilidad. ¡Vaya ánimos! ¿Si hay camareras con un máster, que se necesita para ser secretaria? ¡Pertener a la NASA!

Saco del bolso mi móvil nuevo, cortesía de Mark, y llamo a Carlos.

—Hola Carlos, ¿está ocupado?

Me siento en un banco de un parque que encuentro vacío. «Mis pies...». Me toco el talón mientras sujeto el teléfono con el hombro.

—¿Está todo bien, señora Martín?

—Sí, solo es... ¿Me podría venir a buscar, por favor? —Mi voz mengua a un susurro, no me siento cómoda al tener que depender de alguien.

—No hace falta que lo pida así. El señor Duncan le dijo que debe llamarme siempre que lo necesite.

—Gracias.

Solo de pensar en subir al metro, y recibir algún pisotón más de los que ya me han dado a lo largo del día, me entra el desánimo. Me froto el talón de nuevo.

—*Auch* —me quejo en alto. Se me ha hecho una ampolla.

Continúo al teléfono y le doy las indicaciones a Carlos del lugar donde me encuentro. Menos de media hora le cuesta encontrarme y recogerme.

Una vez llegamos a la mansión de Mark —porque llamarla casa es poco

para algo tan grande— me voy directa a mi dormitorio, me meto en el baño y espero a que se llene la bañera.

Estoy tan cansada que me sumerjo en la bañera y decido cerrar un poco los ojos.

—¡Xia..., Xia, contesta! Voy a entrar.

Un bostezo sale involuntariamente de mi boca y me doy cuenta de que me he quedado dormida en la bañera.

Mark irrumpe en el baño y doy un grito digno de una película cutre de terror.

—¡Casi me matas del susto! —exclamo en alto, mientras me tapó los pechos con los brazos.

—Yo... yo... —Realiza un ruido con la garganta como si se hubiera atragantado con algo—. Perdona, como no bajaste para cenar vine a comprobar si te encontrabas bien. Al no contestar, me preocupé.

—Me quedé dormida.

¡¿Pero qué hago conversando con Mark, si sigo desnuda en el baño?! ¿Por qué no aparta los ojos? ¿Me está escaneando?

—Mark, te importaría... —Hago un gesto con la mirada dirección a la puerta, porque ni loca me soltaré los pechos.

—Las vistas son interesantes —susurra por lo bajo, mientras pone una voz seductora.

—¡Mark!

—Está bien, ya me voy —comenta entre risas—. Te esperaremos un poco más para cenar.

¡Dios, qué vergüenza! En momentos así, me gustaría poder ser más atrevida y haberme tirado a sus brazos. Mierda, tengo que salir de esta casa cuanto antes.

En el comedor Josh, Kevin y Mark aguardan a que me siente a la mesa. Algo raro por parte de mis hijos, la verdad. Lo cierto es que desde que llegamos a esta casa cenamos todos los días juntos.

—Joder, mamá, me moría de hambre.

—Josh, no maldigas en la mesa —indica Mark.

—Mmm, sí, disculpa.

Pero ¿quién es este niño y qué han hecho con mi hijo? Me quedo con la boca abierta durante un rato hasta que me preguntan por mi día y les explico la maravillosa y entretenida jornada de la que he disfrutado:

—Así que tendré que seguir con la búsqueda hasta que dé con algo. También he pensado en solicitar algún puesto de limpiadora o cocinera, eso llevo toda mi vida haciéndolo, así que tengo experiencia de sobra. Quizás alguien me contrate.

Mark pone cara de desacuerdo y no sé por qué lo hace. Limpiar y cocinar es un oficio como cualquier otro. Uno muy digno.

—Los sueldos para esos puestos suelen ser bajos. Con dos hijos, el alquiler, las facturas y los posibles contratiempos que puedan surgir te verás obligada a trabajar día y noche.

—Pues lo haré si hace falta. No se me van a caer los anillos por ello —le respondo con rapidez, sintiéndome otra vez infravalorada.

Mantengo la mirada fija en él, pero la desvío al poco rato. El único ruido que se escucha durante los siguientes minutos es el de los tenedores al chocar contra la vajilla de porcelana.

—¿Sabes? Mi empresa tiene una vacante. —Rompe el silencio lanzando lo que podría ser una oportunidad fantástica.

—¿Qué? ¿Cuál es el puesto? ¿Podría presentarme? —me atropello con las preguntas. Me emociono de tal manera que inclino con interés el cuerpo en su dirección.

—Necesito una asistente. Alguien que sea capaz de programar mis viajes y reuniones, que recoja los recados de los proveedores y clientes y cosas así. Quizá te interese.

—¡Pues claro que me interesa! —O eso creo, pasar más rato con él puede ser devastador para mi corazón.

—Entonces, no se hable más. El lunes te incorporarás. Informaré a María, la chica de recursos humanos para que firmes el contrato y te comente los pormenores del sueldo. —Asiento con la cabeza con emoción mientras Mark habla—: Tengo que viajar a Londres mañana. Regresaré el lunes por la noche. Espero llegar para la hora de la cena. —Pierde el contacto visual conmigo para dirigirse a mis hijos—: Portaos bien con vuestra madre —les dice a los chicos, quienes asienten. ¡Asienten! Vale, ahora sí que creo que sigo dormida en la bañera o me di un golpe al salir de ella.

El sábado pasó muy rápido. Si no fuera por la llamada de teléfono que recibí de mis padres el domingo, hubiera sido un fin de semana estupendo.

Mi madre me gritó e insultó a partes iguales. Me exigió que volviera con David, mi marido. Comenzó a detallarme las mil razones por las que debía hacerlo. «¡¿Qué dirá la gente cuando se entere?! Piensa en los niños, tienes que darles ejemplo». Mientras mantenía el teléfono contra mi oído incapaz de explicarme porque merecía esos insultos comencé a sentirme culpable, una fracasada, una..., una mierda en definitiva. Me dejé caer encima de la cama y los recuerdos amargos volvieron de golpe.

No sé cuánto tiempo he pasado ovillada en la cama. Me seco las lágrimas que he derramado y aspiro por la nariz. Me levanto de la cama medio atontada y abro la puerta del baño para lavarme la cara.

Mientras observo mi reflejo en el espejo que está encima del lavamanos, las palabras de mi madre resuenan en mi cabeza: «hazlo por tus hijos, sois una familia».

¡Coño, eso mismo es lo que intento! ¡He aguantado durante más de catorce años tratando de que todo saliera bien! ¡He obedecido, he sido complaciente, ordenada, limpia y considerada! ¿Qué más querían de mí? ¡¿Cuánto más tengo que soportar?! ¿Hasta que ya no quede nada de mí?

La voz grave de David me atormenta, y un recuerdo puntual me indica cuál sería su respuesta: «Hasta que la muerte nos separe».

—¿Vas a salir de esa manera? —me pregunta mi madre, entrando en el salón que ha habilitado el párroco mientras espero a que lleguen los invitados—. Tápate esas ojeras.

Expulso el aire de mis pulmones con cansancio, la noche anterior y desde que se puso fecha a la boda no he sido capaz de conciliar el sueño. Algo en mi interior me dice que estar embarazada no es un motivo para esposarse a alguien de por vida, y más con las dudas que tengo sobre David.

Observo el reflejo de mi silueta en el espejo, mientras acaricio con mimo la incipiente barriga a causa del embarazo. El vestido que mi madre encargó para la ocasión es holgado, con un corte recto hasta los pies y de mangas largas. Eligió este para que mi estado no fuera el centro de atención. Y por supuesto, el tono es en un azul celeste, porque según ella no merezco ir de blanco.

La decepción que les causé a mis padres al darles la noticia de mi embarazo fue el motivo por el que no intervine en las decisiones del enlace.

«Es la hora», escucho la voz de papá que sin haberme dado cuenta ha entrado en la estancia. Entrelaza mi mano en la suya y me ayuda a realizar el camino que me separa de mi futuro esposo.

La ceremonia transcurre con tanta rapidez que apenas me doy cuenta del momento que digo: «sí quiero».

No tenemos una celebración al uso, el banquete nupcial se limitó a una comida en un restaurante. El dueño del local queriendo tener un detalle con los novios, nos pone un poco de música cosa que agradezco. Y uno de mis primos de Valladolid, que al enterarse del enlace quiso asistir, me pide que baile con él. Con una sonrisa en la cara acepto, y bajo la atenta mirada de todos nos marcamos unos pasos de un vals.

Cuando me vuelvo a sentar en la mesa, David me coloca su mano a la altura del muslo y aprieta con fuerza. Abro la boca para quejarme, pero me la tapa con un beso fugaz y me susurra en los labios:

—No lo vuelvas hacer, eres mi esposa.

En aquel momento creí que eran simples celos, que no tenía importancia. ¡Qué ilusa era!

En la mañana del lunes me preparo temprano para poder desayunar con mis hijos antes de ir al trabajo.

—¿Mamá, tenemos que marcharnos de aquí? — me pregunta Kevin con voz apenada.

—No podemos seguir aprovechándonos de la generosidad de Mark.

—Pero a él no le importa, me ha dicho que se alegra de tenernos en su casa. Que ya no se siente solo.

—¿Cuándo has hablado con Mark de esas cosas? —indago un poco más.

—Nos está entrenando todos los martes y los jueves cuando volvemos de la escuela.

—¿Entrenando? ¿Entrenando para qué?

—Es que quiero entrar en el equipo de baloncesto del instituto para el curso que viene, y él me dijo que me ayudaría a conseguirlo. —Hace una pequeña pausa y realiza un mohín con los labios—. Con la condición de subir las notas y ser más *res-respo*... respetuoso contigo.

¿¡Qué!? ¿¡Y todo esto cuándo ocurrió?! Oh, pero si es que es un amor. Niego con la cabeza. ¡Xia, Xia! Céntrate. Amigo, es solo un amigo.

—Señora Martín, el coche está listo. Dejaremos primero a los señoritos en el instituto.

Mis nervios ya van por la estratosfera. Espero que todo salga bien y no defraude a Mark con mi trabajo.

Me he quedado de piedra cuando los niños me han dado un beso antes de bajarse del coche. Carlos conduce dirección a la empresa Aerospace Duncan. En cuanto termina de aparcar, se baja y me abre la puerta para que salga.

Enfrente de mí tengo un edificio de unas veinticinco plantas de altura. ¡Jesús! La fachada está totalmente acristalada. Inhalo con fuerza reteniendo el aire en mis pulmones, a ver si viene aderezado con algo de confianza, y lo expulso con lentitud. No, va a ser que no sirve de nada, es aire simple y llano.

—Todo irá bien, señora Martín. —Asiento con nerviosismo.

—Puedes tutearme, Carlos. Aquí Celia no le va a oír.

—De acuerdo. Pero solo cuando no esté presente ella. —Levanta el dedo índice aclarando su argumento—. Esperaré a que salgas a la hora del almuerzo y te acercaré de nuevo a casa.

—Gracias.

Después de despedirme, avanzo dando un paso tras otro, sintiendo en mi interior que el inicio a un nuevo tramo de mi vida, está por llegar. Y mantengo la esperanza de que todo salga bien.

## **MARK**

Cuando me dijo Xia con voz temblorosa que quería marcharse y buscar trabajo, le puse mil y una objeciones. Sé que podría alquilarse un piso, pero no comprendo por qué la idea de que se vaya de la casa me ha puesto repentinamente de mal humor. Al ver que estaba tan decidida dejé la discusión dándola por perdida.

Horas más tarde de la conversación me encuentro en mi dormitorio dando vueltas y recordando una y otra vez el baile que le vi a Xia en el gimnasio. Soy incapaz de conciliar el sueño. Miro la hora en la mesilla de noche: las dos de la madrugada.

No voy a pegar ojo, así que me visto y me marchó rumbo al local más cercano que encuentro abierto a estas horas.

Es un tugurio de mala muerte, oscuro y con una música de fondo horrenda. Me acerco a la barra y le pido al camarero que me sirva un *whisky* con hielo.

Una mujer bastante atractiva, sentada al otro lado de la barra, me hace un gesto con su copa levantándola en alto. Con una cintura estrecha, pechos grandes, larga melena pelirroja que resalta sus facciones, lo tiene todo. No tarda en acercarse a donde yo me encuentro y con voz seductora me dice al oído:

—Hola, guapo. ¿Me invitas a un trago?

No me molesta su presencia. Cierto es que no está mal, pero no me causa reacción alguna. Le hago un gesto al camarero para que se acerque nuevamente y así aprovecho para pedirle que me llene el vaso una vez más.

—Un *gin-tonic* para mí.

Se sienta en el taburete y lo arrima hasta que sus piernas rozan las mías. Lo que lleva por falda debería llamarse cinturón por la poca tela que la cubre.

Sé que debería haberme sentirme atraído por esa mujer físicamente perfecta, pero no puedo dejar de pensar en que Xia se quiere marchar. ¿Por qué? ¿tan a disgusto se encuentra en mi casa? Bebo de un trago todo el contenido del vaso hasta dejarlo vacío.

—¿Un mal día, nene? Yo puedo hacer que mejore.

La mujer, cuyo nombre desconozco y ni me importa saber, lleva sus manos a mi pecho y juguetea con los botones de mi camisa.

Me levanto de la silla, logrando que una sonrisa se dibuje en su cara. Saco del bolsillo unos cuantos billetes. No sé cuántos, no lo recuerdo con nitidez,

me imagino que suficientes para pagar la consumición de ambos. Y sin más le digo que me voy.

Ella se incorpora también. Giro la cabeza y la miro a los ojos por primera vez, son marrones. No es ella, no son los ojos de Xia.

—Solo —puntualizo.

Conduzco con cuidado de vuelta.

Al llegar subo las escaleras y me quedo delante de su dormitorio observando la puerta durante un rato. Hasta que la abro con lentitud y ahí está ella, parece un ángel. Vuelvo a cerrar con sigilo y me marcho.

Me paso toda la noche sin pegar ojo pensando en Xia.

Por la mañana cuando estoy desayunando con los chicos aparece ella con una falda ajustada de tubo negra, una blusa blanca y unos zapatos de tacón que, uff... ¡cómo me ponen!

—Mamá, ¿qué haces vestida así?

—Voy a buscar trabajo.

Mierda, esto está pasando de verdad.

Intercambia varias palabras con los chicos y lo único que se me ocurre es decir:

—¿No desayunas?

¿En serio le he preguntado eso? Estoy perdiendo todo mi encanto.

Las horas en la empresa pasan lentas y tediosas. María no deja de venir cada dos por tres con pedidos absurdos. El papeleo que tengo que hacer para organizar los horarios de las reuniones se me está haciendo más odioso que de costumbre.

Una idea se me pasa por la mente. Sí, le pediré a Xia que sea mi asistente. Nunca he tenido una, pero me ahorraría todo este papeleo, además ella empezó la carrera de administración. Podría trabajar aquí y yo tendré más tiempo para averiguar el motivo por el cual me siento de esta manera con Xia.

Llego cansado a casa y con ganas de verla. Tengo un viaje previsto y quiero decirle que le ofrezco un puesto en mi empresa antes de marcharme. Cosa que a María no le sentó muy bien cuando la informé.

La mesa para la cena está preparada. Josh y Kevin esperan pacientemente a que estemos todos sentados.

—¿Y vuestra madre?

—No lo sé.



Esto sí que es raro. Desde que salió del encierro en su dormitorio nunca ha faltado a la cena y es muy puntual. Subo hasta el segundo piso y me cruzo con Celia.

—¿Sabes algo de Xia?

—Me dijo Carlos que llegó muy cansada y se metió en su cuarto hace una hora más o menos.

Una sensación de nerviosismo pasa por mi mente. Toco a la puerta llamando por ella y no responde. Entro en el cuarto y no la veo. Me pongo mal solo de pensar que algo le haya podido ocurrir, así que entro en el cuarto de baño de golpe.

¡Santo infierno, lo que mis ojos contemplan es...!

Tras el susto que la he dado sin querer me explica que se quedó dormida. Mis ojos no pueden dejar de contemplar esas curvas a penas cubiertas por sus brazos.

—Mark, te importaría...

—Las vistas son interesantes. —¡Joder! ¿Y ahora por qué intento ligar con ella?

—¡Mark! —Su queja me devuelve a la realidad, es solo una amiga.

Intento hacerme el gracioso. Como si no me hubiera afectado el verla así. Como si no llevara un mástil entre los pantalones. Como si verla medio desnuda dentro de la bañera no fuera más de lo que puedo soportar.

En la cena Xia nos cuenta que no tuvo suerte con su búsqueda de empleo, y yo, rastrero de mí, me alegro. Así que aprovecho, es la oportunidad que esperaba para decirle lo del puesto de asistente. A partir del lunes se incorporará.

Ahora tengo prisa por regresar de Londres el lunes...



***Volando voy...***

XIA

La empresa de Mark está a la última tanto en seguridad como en tecnología.

Nada más entrar en el edificio un hombre uniformado me solicita identificarme. Acto seguido me escolta hasta un despacho donde me da una tarjeta de acceso para las plantas superiores.

—Le acompañaré hasta el despacho de María.

Asiento con nerviosismo y comienzo a seguir sus pasos por los interminables pasillos. Subimos en el ascensor pasando la tarjeta por un lector.

Me escolta hasta la última planta y mantenemos un silencio incómodo. Cuando creo que está a punto de abrir la boca, se frena delante de una puerta blanca y señala con el dedo índice para que entre.

Si no llega a ser porque conozco a Mark pensaría que estoy en una empresa en la que ocultan secretos del gobierno en el sótano. Unos secretos que no pueden ser desvelados... Creo que tendré que dejar de ver *Mundo Desconocido*.

Una mujer rubia con el pelo corto hasta la mandíbula abre la puerta antes de que me dé tiempo a golpear siquiera la madera. Con cara de pocos amigos, me escanea de pies a cabeza. Pese a ser más alta que yo, le intento mantener la mirada, pero me siento algo incómoda. Parece que no soy de su agrado. Emanan de ella una hostilidad que no sé de dónde procede. Quizás sean cosas mías...

—Debe de ser la nueva secretaria asistente. Entre, ya tenemos el contrato redactado.

Sí, no es mi cabeza, es hostil y distante hasta la médula.

—Mi nombre es Xia, encantada de conocerla. Me imagino que es María, ¿no? —Intento ser amable y extiendo la mano de manera formal esperando que la acepte.

—Soy la encargada de personal, señora Martín —comenta, mientras mira con desagrado mi gesto—. Ese es el contrato, léalo y firme en cada hoja para comenzar con su jornada laboral cuanto antes.

El peso del brazo y puede que también la gravedad, sumándole lo estúpida que me siento al seguir en esta postura, hace que lo baje de golpe. Camino hasta la silla que está situada enfrente de su escritorio y me siento.

Ella se toma su tiempo y la rodea con asombrosa calma, siempre

manteniendo la postura erguida. Alzando el mentón intentando darme a entender la importancia de su cargo.

Echo un vistazo al contrato intentando pararme en aquellas cosas que creo que son las más importantes. Es un contrato fijo, esto me da seguridad y tranquilidad laboral. El horario no es específico, pone que puedo ser requerida en cualquier momento por la empresa y que puede ser necesario realizar viajes sin previo aviso, ya que mi puesto es el de asistente personal. El salario..... ¿Ese es mi sueldo mensual?! Que no me quejo, pero es una burrada.

—¿Está de acuerdo con las condiciones? —inquire con tono arisco.

—Mmm, sí. Tan solo me gustaría saber qué se espera de mí, mis funciones. Mark no me especificó mucho sobre...

—¡Vaya, qué confianza! ¿Lo llama por su nombre? —Me quedo muda sin saber muy bien qué decirle. Lo más seguro es que nadie esté al corriente de que vivo con él, quiero decir en su casa—. En la empresa deberá llamarlo señor Duncan como hacemos todos, o dará pie a habladurías. El de seguridad la acompañará al despacho del señor Duncan. —Se levanta arrastrando la silla hacia atrás obligándome a firmar con prisas los papeles—. Allí podrá ponerse al día con su agenda.

Después de ser prácticamente echada a patadas de los dominios de la Mujer de Hierro, me dirijo hacia la salida acompañada de un guardia de seguridad distinto. Por suerte tiene un rostro un poco más afable que los que me he encontrado hasta el momento.

—Gracias por acompañarme —le agradezco con sinceridad—. ¿Podría hacerle una consulta, si no le importa? —El chico frunce el ceño con curiosidad y espera a que continúe hablando—. ¿Cuántos niveles de seguridad hay en esta empresa? —digo, moviendo mi nueva tarjeta.

—Tiene cinco niveles.

—Cinco... —Me quedo pensativa observando con detenimiento el número cuatro que resalta en un rojo intenso—. Y... ¿quiénes tienen esa autorización? Esta es de nivel cuatro, ¿qué significa?

—El señor Duncan es el único que tiene un nivel cinco. Esa, la cuatro — comenta, señalando la pequeña tarjeta que sostengo entre los dedos de las manos— le da acceso a toda la empresa. Incluyéndola a usted, son tres personas quienes la poseen. Si me disculpa, tengo que volver a mi ronda.

Solo unas pocas personas y yo soy una de ellas. ¿Me merezco tal confianza por parte de Mark?

Quedándome a solas, camino hacia el escritorio y encuentro un sobre con mi nombre escrito. Con las manos temblorosas, la abro y descubro que es una carta de Mark donde me indica que regresará pronto y que quiere que me sienta cómoda. Me da un par de indicaciones sobre qué hacer en el despacho en su ausencia y puntualiza que hablará conmigo cuando vuelva del viaje sobre las responsabilidades que tendré.

Sin más demora, me pongo a ordenar los archivadores de las estanterías por fechas. También aprovecho para memorizar y apuntar las reuniones de la próxima semana. Me percató de que es un hombre muy ocupado, no parece que tenga tanta responsabilidad sobre sus hombros cuando está en casa. En casa... ¡Mierda! Ya la considero como si fuera mía, y no lo es. Solo estoy de paso.

Transcurridas unas horas alguien abre la puerta del despacho logrando que me asuste. Me encuentra sentada de cuclillas en el suelo, rodeada de montones de apuntes esparcidos por todas partes.

—Perdón, no quería asustarte —comenta, acercándose con lentitud sin dejar de sonreír—. He venido a presentarme. Soy Miguel.

—Encantada, puedes llamarme Xia —digo, mientras me levanto con

torpeza del suelo provocando que Miguel me ayude.

Es un hombre alto, rubio y de ojos azul claro. Tiene una sonrisa muy linda. Es muy guapo, pero no me hace sentir como lo hace Mark con solo una mirada.

Nos sentamos en el sofá y empieza a hablarme de su trabajo en la empresa. Me comenta intrigado que Mark nunca ha tenido una asistente que soy la primera desde que fundó la empresa. No sé qué decirle al respecto...

Seguimos hablando de cosas un poco más triviales como la música que nos gusta y las aficiones que tenemos. Es un deportista nato. Juega en un equipo de fútbol, hace senderismo y es un alpinista experto.

—¿Me acompañarías a almorzar? No tengo con quien compartir este rato.

—Es que vienen a recogerme... —dudo.

—Dile que ya tienes planes. —Se levanta manteniéndome la mirada—. Te espero en el *hall* de la entrada en media hora —termina diciendo antes de salir.

Pues va a ser que tendré que llamar a Carlos. Aviso de que hoy me quedo a almorzar con un compañero de la empresa, y los remordimientos de no ir a comer junto a los niños me atormentan. Pero sé que ellos también tienen sus planes para más tarde, así que le pido el favor de que les indique que nos veremos a la hora de la cena en la casa.

La comida con Miguel está siendo agradable, sin tensión alguna hasta que veo que su rostro cambia y...

—¿Qué me dices de quedar a cenar juntos? —¿¡Qué!? Pienso extrañada—. Me caes muy bien, me gustaría tener una cena contigo.

Por mi mente pasa la imagen de Mark, y luego nos imagino solos, cenando. Trago saliva de manera nerviosa y desecho la idea instantáneamente, no tenemos ese tipo de relación. Solo somos amigos, y él nunca ha dado señales de querer algo conmigo... ¿O sí?

No obstante, aunque sienta un mínimo de interés no sería justo para él. Y no pierdo nada por salir a cenar con un hombre agradable como es Miguel.

—De acuerdo —acepto, algo cohibida por la rapidez con la que ha surgido esta amistad—, una cena. Y como amigos —puntualizo.

—¡Bien! ¿Qué te parece mañana?

—Mañana es martes. Aún tengo que ponerme al día con el trabajo de la oficina, ¿lo podemos posponer para el viernes?

—De acuerdo, viernes noche entonces. —Anota en una servilleta algo y me la pasa—. Este es mi número de teléfono.

La tarde ha sido muy tediosa entre hojas y términos de los que nunca he oído hablar. Así que me la he pasado investigando, intentando no darle mucha importancia a la cita con Miguel. Quiero desempeñar bien mi puesto de trabajo y pretendo estar preparada para mantenerlo.

El sonido del despertador me indica que ya es martes y que debo prepararme para otro día de trabajo. ¡Trabajo! Qué bien sienta.

Después de hacer mis necesidades, darme una ducha, lavarme los dientes y vestirme, bajo las escaleras dirección a la cocina para desayunar.

Josh y Kevin me interrogan sobre cómo me fue en mi primer día. Al poco rato aparece Mark. Viste un traje oscuro y se sienta en la mesa dando los buenos días a todos.

—Buenos días —le responde Kevin, alegre—. Mamá nos estaba contando su primer día.

Sonrío de una manera estúpida al verlos conversando con él. Mi vida ha cambiado tanto en tan poco tiempo.

Después de un desayuno tranquilo, Carlos nos lleva hasta la empresa en la limusina a ambos juntos.

Entramos en Aerospace Duncan y nos topamos con María en los pasillos. Siento su mirada asesina clavada en mi nuca. Y, sin embargo, cuando mira a Mark noto que se le cae la baba. ¡Esta tía se lo come con la vista! Sigo en silencio a Mark hasta su despacho, y, al entrar, cierra la puerta.

—¿Qué es eso de que tienes una cita con Miguel? —pregunta de golpe con tono molesto.

¡Qué! ¿Cómo se ha enterado? Aún no se lo he contado a nadie, bueno, a una persona sí... Vale, se va a enterar cuando lo pille.

—No te extrañes tanto. Sé todo lo que ocurre en mi empresa. No vas a ir...

Da unos pasos hacia mí mientras yo intento alejarme de él. Nunca me habría esperado que reaccionara así. Mi espalda choca con la puerta, él se apoya en ella con la mano abierta a la misma altura de mi hombro. Con el otro brazo, sin que me lo espere, me sujeta la cadera. Trago saliva con el corazón acelerado.

—Por... ¿por qué no voy a ir? —Planto mis ojos en los suyos, mientras se acerca lentamente a... ¿Mi oído?

—Porque odiaría que te volvieran a hacer daño —me susurra con voz grave.

¿Es por eso? ¡¿Solo se preocupa por mí como un... un amigo, como un hermano...?! Lo empujo con las manos contra su pecho. Me cabreo conmigo misma por haber tenido, por un momento, la esperanza de que quisiera darme un beso.

—¡No eres mi hermano para decirme con quién debo o no debo salir! —expreso, dolida, alzando la voz y saliendo de entre sus brazos—. Ahora pongámonos a trabajar, señor Duncan.

Mark aprieta la mandíbula y se da la vuelta para dirigirse al escritorio, se sienta, y yo... Yo, espero.

—Se le ha habilitado un despacho contigo a este. Vaya a su puesto, señora Martín.

Frío, sin casi emoción alguna en su rostro, no me mira mientras habla... Y mi corazón se contrae de dolor.



## **MARK**

Me llevo una grata sorpresa cuando compruebo que Carlos ya está esperándome en el aeropuerto.

—¿Qué tal le fue a Xia en su primer día de trabajo? —indago, mientras nos dirigimos a casa. Me mira por el retrovisor y sonrío de manera misteriosa.

—Bien, la señora Martín ya ha hecho amistades. Ha almorzado con... — Hace una pequeña pausa y me inclino hacia delante con interés—... Miguel. Creo que además tienen una cena pendiente.

No. No. No.

Mi mente solo repite una y otra vez eso; no. Miguel es un hombre responsable, soltero... ¡Mierda! ¡No!

Me doy cuenta de que mis manos están apretadas en puños. Cuando llegamos todos están metidos en sus dormitorios. Soy incapaz de pensar con claridad, así que decido ir al gimnasio y me cambio la ropa allí.

Pasan un par de horas hasta que siento que los músculos me dicen basta, y creo que podré dormir gracias al cansancio.

## ***A la mañana siguiente***

Me paso todo el camino callado. Sentado al lado de Xia, sin casi mover un músculo. No tengo ni idea de cómo puedo decirle. ¿Qué? ¿Qué le voy a decir?

Subimos juntos en el ascensor. Xia me sigue hasta mi despacho. Nada más cerrar la puerta, no puedo aguantarme más las ganas. Tengo que preguntarle.

—¿Qué es eso de que tienes una cita con Miguel? —Noto en su cara el asombro—. Que no te extrañe. Sé todo lo que ocurre en mi empresa. No vas a ir...

Doy unos pasos hacia ella, mientras retrocede. Choca contra la puerta y coloco las manos acorralándola contra mi cuerpo.

—Por... ¿por qué no voy a ir? —pregunta con los ojos muy abiertos.

Piensa, Mark, piensa, ¿y ahora qué le digo?! Me inclino con ganas de besarla... ¡Mierda, no! Cambio de opinión y le susurro al oído la primera estupidez que se me pasa por la mente.

—Porque odiaría que te volvieran a hacer daño.

Joder, me está matando estar tan cerca de ella. Veo como pasa de un estado a otro rápidamente. Xia es un libro abierto con respecto a sus pensamientos y sentimientos. En este instante se la ve realmente enfadada. ¿Por qué? Quizá me haya sobrepasado, he de tener presente que lo ha pasado muy mal en su matrimonio y que me ponga de esta manera no la ayuda. Lo que menos quiero es que me tema.

Me empuja con sus pequeñas manos y decido concederle el espacio que reclama echándome hacia atrás. Muy alterada me aclara que no soy su hermano para decirle con quién debe salir. Pero termina la frase hablándome de usted de un modo que me hace sentir mal, cabreado.

¡Joder! ¿Quiere distancia? Le daré toda la que necesite.

—Se le ha habilitado un despacho contiguo a este. Vaya a su puesto, señora Martín.

Respondo sin dirigir la mirada a su rostro. Tal vez así aprenda lo que es ser frío.

Pasan los días e intento ser más distante con Xia. Más de lo que realmente quiero. La observo a distancia sin que ella se dé cuenta. Habla con Miguel a menudo mandándose mensajes. Tararea canciones de todo tipo cuando se sumerge en su mundo.

Las reuniones y los proyectos aumentan, y con ello el volumen de trabajo.

Miro a través del ventanal de mi despacho. Llueve con fuerza. ¡Joder! Hoy tiene la cena con Miguel. Necesito verla, hablar con ella antes de su... «cita».

La aviso por el interfono con una excusa cualquiera. Llama a la puerta, y hago como que reviso papeleo mientras entra en el despacho.

—¿Podría traerme los papeles...? —Levanto la mirada y... ¡Joder! Se le transparenta la blusa blanca—. ¡Estás empapada! ¿Qué te ha pasado?

—Me ha pillado un chaparrón al salir a comer. Por cierto, tú no has comido. Te he comprado algo, lo tengo en mi despacho, ¿quieres que te lo traiga?

—Gracias, no tenías por qué hacerlo. Ven, acércate, te vas a enfermar. Tengo una camisa por aquí por si me mancho en algún momento. —Se la paso—. Toma, ve a cambiarte al baño, es esa puerta.

Mientras se cambia no dejo de pensar en cómo pedirle disculpas para que todo vuelva a ser como era entre nosotros.

—Gracias por la camisa, Mark. Te traeré algo para que comas.

—Xia. Yo..., siento haberme metido donde no me llaman, pero me preocupo por ti. Vas a salir con Miguel hoy, ¿verdad?

—Sé que te preocupas, Mark. Te lo agradezco, pero no soy una cría. Sí, saldremos hoy —responde, bajando la mirada.

La observo con mi camisa puesta y tengo que apartar la mirada, pues me gustaría que nunca se la quitara.

—Pasadlo bien —me fuerzo a decirle—, yo me quedaré hasta tarde. Puedes salir antes si quieres. Llamaré a Carlos para que venga por ti.

Xia me vuelve a dar las gracias y me trae algo para que coma.

Yo, yo me maldigo por lo estúpido que soy.

Juro que intento no pensar en que está con él. En cómo sus manos y sus bocas se juntan. Pero mi mente no obedece. ¡Joder! Tiro el pisapapeles del escritorio contra la pared con rabia. Suena el móvil y reviso quién es.

—¿Xia?

—¡David! Es él, Mark. Está aquí, por favor... —Casi no la entiendo. Está agitada y no deja de sollozar.

—¿Dónde estás? ¿Está contigo?

Intento que se tranquilice mientras corro hacia el deportivo que está aparcado fuera. Conduzco como alma que lleva al diablo. No permito que cuelgue. ¿Y si llego tarde? ¿Y si ese desquiciado le hace daño?



# *Inseguridad*

XIA

La semana ha pasado en un suspiro, aunque Mark se alejó de mí. Lo noté distante, frío. En casa casi no hablábamos y en el trabajo me llama de usted. Es frustrante. Sí, vale, sé que la culpa ha sido toda mía por llamarle señor Duncan, enfadada, pero... ¡Arg! Ahora estoy más convencida si cabe de que lo mejor para ambos es que me vaya de aquí.

Hoy es el día, la cita con Miguel sigue en pie. Hemos estado charlando en los descansos del almuerzo y también por mensajes de WhatsApp. Me parece alguien agradable.

A la hora de la comida mi jefe, el señor Duncan —nótese el sarcasmo implícito—, continúa muy ocupado en su despacho. Estamos a tope de trabajo, así que decido ir a un local cercano para pedir algo rápido y volver lo antes posible.

Saludo al guardia de seguridad con la mano al salir y me dirijo a la cafetería que está al doblar la esquina. Exhalo el aire de mis pulmones expulsando el cansancio acumulado de tantas horas entre fichas, entrevistas, horarios, archivos y llamadas. Tengo como mucho una media hora de relajación mientras espero el pedido, pero me va a venir genial para reponer fuerzas.

Aminoró el paso con desconfianza. Me siento nerviosa, rara. Miro a un lado y al otro de la calle, me giro para comprobar que nadie me sigue, me siento observada...

Visualizo el local. Está a escasos tres metros y acelero el paso. Acto seguido choco con alguien que me sujeta de los hombros impidiendo que me caiga al suelo y pego un grito.

—¡Dios, Xia! ¿Estás bien? —El corazón me va a mil por hora.

Respira... respira. Es Miguel, es Miguel, me repito hasta calmarme.

—¡Me has dado un susto de muerte! —exclamo con voz aguada, sintiendo que me tiemblan las manos.

—Sí, ya lo veo —me responde, reprimiendo las ganas de reír—, ¿no es muy tarde para que salgas a estas horas?

—Tenemos mucho trabajo con unas reuniones de última hora. Comeré algo rápido y volveré en unos veinte minutos —comento, revisando la hora.

—Bueno, yo tengo que regresar o tendré que aguantar el mal humor del señor Duncan —dice esto último poniendo los ojos en blanco, y ahora soy yo

la que se tiene que aguantar las ganas de soltar una carcajada—. ¿Quieres que te recoja esta noche?

Mierda, no pensé en eso. No quiero que se sepa en la empresa que vivo en casa de Mark.

—No sé a qué hora terminaré. —Táctica evasiva modo *on*—. Dame la dirección del restaurante, y nos veremos allí.

—Te envió un mensaje luego. ¿Vale? —Asiento con la cabeza.

Miguel se marcha en la dirección opuesta, entro y mis tripas rugen al oler el delicioso aroma de unos calamares a la plancha. Me aproximo a la barra y me pido un refresco y una ensaladilla. No puedo perder tiempo y eso ya está preparado para la ingesta. ¡Dios, qué hambre tengo!

Intento no pensar demasiado en las horas que quedan para que sean las ocho. Me siento en un taburete y volteo la cabeza mirando los transeúntes que pasean por delante del ventanal.

De repente, todos comienzan a correr. Lo que me faltaba, está lloviendo. Mierda, me voy a empapar.

Doy un salto y mi corazón se frena de golpe. La figura de un hombre que me resulta familiar se queda parada tras unas personas que abren los paraguas. ¿Ese..., ese parece... David?

Cierro de golpe los ojos. No puede ser, no puede ser. Es imposible. Él no sabe que empecé a trabajar. Tampoco sabe dónde puede encontrarme. El abogado me aseguró que esa información no tenía que aportarla.

Abro con lentitud los ojos, primero un párpado luego el otro.

No está.

Sigo temblando.

El pulso lo tengo acelerado, debo de habérmelo imaginado. No se lo he contado a nadie, pero las pesadillas se repiten cada noche. Quizá necesito más tiempo para que las heridas cicatricen bien.

Regreso a la oficina y me dirijo al baño nada más entrar. Tengo la ropa chorreando. Estoy calada hasta los huesos. Me encuentro con María en el pasillo y me dice que debo tener una imagen impecable que no puedo ir con estas pintas. Me muerdo la lengua para no darle una mala contestación, me encantaría poder decirle un par de cosas.

La centralita de mi escritorio no deja de sonar. Recibo un aviso de Mark para que me acerque a su despacho.

—¿Qué es lo que precisa? —pregunto al entrar.

—¿Podría traerme los papeles...? —Levanta la mirada del ordenador y abre los ojos al verme—. ¡Estás empapada! ¿Qué te ha pasado?

—Me ha pillado un chaparrón al salir a comer. Por cierto, tú no has comido. Te he comprado algo, lo tengo en mi despacho, ¿quieres que te lo traiga?

—Gracias, no tenías por qué hacerlo. —Levanta la comisura del labio ligeramente, creo que le agradó que pensara en él—. Ven, acércate, te vas a enfermar. Tengo una camisa de repuesto por aquí por si me mancho en algún momento.

Me acerco a su escritorio y me siento en la silla de enfrente aguardando a que me la preste.

—Toma, ve a cambiarte al baño, es esa puerta.

Nuestros dedos se rozan por un instante y las hormonas o la adrenalina o... ¡Qué más da! Se me va a salir el corazón por la boca como me vuelva a tocar.

Guardo en una bolsa la blusa y me cambio con su camisa seca. Me lavo la cara para intentar aparentar profesionalidad frente a Mark. Trato de que no se dé cuenta de que su cercanía me afecta. Alzo la vista, el reflejo del espejo sigue siendo el mismo. Parpadeo con rapidez. La imagen de David se me aparece de improvisto. ¿Debería decirle a Mark que me ha parecido verlo en la calle? Niego con la cabeza, mientras me seco con la toalla. Solo son tonterías, no creo que fuera él.

Tengo una pinta horrorosa, la camisa me va enorme. Menos mal que no queda mucho para acabar el día. Salgo y al ver como me mira la sonrisa me sale sin forzarla.

—Gracias por la camisa, Mark. —Toco el borde de la tela haciendo alusión al detalle que ha tenido—. Te traeré algo para que comas. —termino diciéndole al recordar que el pobre debe estar famélico.

Me agarra con suavidad el brazo y me freno en seco antes de llegar a tocar el pomo de la puerta.

—Xia. Yo..., siento haberme metido donde no me llaman, pero me preocupo por ti. —Escucho con atención—. ¿Vas a salir con Miguel hoy, verdad?

—Sé que te preocupas, Mark. Te lo agradezco, pero no soy una cría. Sí, saldremos hoy.

Evita mi mirada. No puedo descifrar qué es lo que le pasa por la mente.



—Pasadlo bien —me dice, algo forzado—, yo me quedaré hasta tarde. Puedes salir antes si quieres. Llamaré a Carlos para que venga por ti.

Después de agradecer que me deje salir antes y de llevarle una simple tortilla de patata, me voy a casa y me arreglo para la cita con Miguel.

¡Dios, la tortura del vestidor no! ¿Qué coño me pongo?

Llevo media hora contemplando mi ropa como si de repente la Virgen María se fuera a aparecer para iluminarme con un conjunto nuevo.

Me decanto por un simple vestido negro con escote en pico. Me llega hasta las rodillas y se ajusta perfectamente a mi cuerpo. He cogido un poquitín de peso gracias a la comida de Julio.

Elijo unos zapatos negros de tacón para terminar de complementar mi atuendo. Creo que el resultado es elegante y al mismo tiempo sencillo. Y aunque no me gustara me tendría que aguantar porque no dispongo de otra cosa.

Carlos me lleva en coche hasta el restaurante que me dijo Miguel por WhatsApp. Y mis nervios hacen acto de presencia; ¿desentonaré con este vestido? ¿Cómo debo comportarme? ¿De qué podemos hablar? ¿Y si no me gusta como para volver a quedar con él?

Bueno, Miguel me cae bien. Además, está bueno. Lo cierto es que está como un cañón. Es un pedazo de hombre. Sin embargo, no siento mariposas de ningún tipo cuando me mira o hablo con él.

«Cosa que sí sientes con el buenorro de Mark», comenta mi conciencia. Mariposas que tampoco sentí en ningún momento por David..., y mira cómo acabó.

¿Quizá podamos llegar a ser amigos?

Mientras mi cabeza no para de dar vueltas, el metre me indica el camino hasta la mesa. Miguel, que está vestido como un pincel, espera mi llegada.

La cena va bien. La comida es exquisita. La conversación con Miguel es amena.

A la hora de pagar se hizo cargo. Insistió en que era una invitación y se negó a que pagáramos a medias.

Salimos a la calle y continuamos con la charla.

—La comida ha estado deliciosa.

—Me alegro de que haya gustado. Tengo el coche ahí, ¿quieres que te acerque a casa o prefieres ir a tomar una última copa?

Se arrima al decirme las últimas palabras, sonriendo de medio lado.

Trago saliva, ¿se me está insinuando? ¡Dios, soy una cateta para esto!

Mis locas ideas son interrumpidas al notar los labios de Miguel sobre los míos. Es un beso suave, algo titubeante. Se aleja un poco para observar mi expresión.

—Miguel..., yo, no....

Trato de encontrar las palabras para no ser hiriente con él. No obstante, todo deja de carecer de importancia cuando mi mayor pesadilla se materializa a pocos metros.

Siento como cada latido de mi corazón golpea y martillea mis tímpanos. Miguel mueve los labios, creo que habla, pero no llego a discernir qué es lo que dice. Estoy completamente paralizada, no puedo ni moverme.

Es él, está ahí mirándome. La respiración empieza a fallarme. Asustada y sin control alguno sobre mí misma, siento como me empiezan a temblar las piernas. La rabia y la ira se vislumbran en el rostro de David.

Me recupero por momentos y dejo a Miguel en la entrada del restaurante, mientras echo a correr como alma que lleva al diablo. Puede que esté chillando mi nombre, no lo sé con seguridad. Solo soy capaz de correr y correr.

Giro a la derecha, luego continúo todo recto, tuerzo por la izquierda.

¡Mierda, mi tacón! He torcido el tobillo. Levanto la mirada. Compruebo si está a mi espalda mirando detrás de mí y no veo a nadie. ¿Dónde estoy? Introduzco la mano en el bolso y saco el móvil para llamar.

Un tono... Dos tonos... ¡Venga, contesta el maldito teléfono de una vez!

—¿Xia?

—¡David! Es él, Mark. Está aquí, por favor... —Las lágrimas ruedan por mis mejillas sin control alguno. Y empiezo sollozar. No puedo..., no puedo volver a lo mismo.

—¿Dónde estás? ¿Está contigo?

Intento tranquilizarme y le digo el nombre de la calle que aparece en la placa.

No me deja que cuelgue en ningún instante. Escucho el sonido del motor de su coche rugir con fuerza. No deja de pedirme que respire, que no tardará en llegar a donde me encuentro. La presión en el pecho por el miedo que siento de que David aparezca antes que él es tan grande que temo no poder seguir respirando.

No debí haber salido.

La culpa es mía.

Todo es culpa mía.

Varios minutos más tarde aparece Mark conduciendo su deportivo. Derrapa justo al llegar a mi altura. Abre la puerta y baja del coche revisando con la mirada a un lado y al otro. Tras comprobar que estoy sola, acelera el paso acercándose. Me abre los brazos y sin poder evitarlo me lanzo a ellos.

Fuerza y dulzura en un mismo acto. Acaricia mi espalda intentando aplacar el ataque de nervios que estoy sufriendo. Poco a poco consigue serenarme. Puede que sea gracias a las palabras que me susurra en el oído, o puede que por la seguridad que me transmite con su sola presencia.

—Está bien —murmura por lo bajo con voz suave y pausada—, ya estoy aquí. No te dejaré sola. No pienso dejarte —me indica, mientras me acaricia la espalda y me da un beso en la cabeza—. Vámonos a casa.

Casa...

## **MARK**

La intento tranquilizar acariciando su espalda. ¿Cómo puedo protegerla del maltratador de su marido?

La ayudo a meterse en el coche con cuidado. Se ha torcido el tobillo y le duele al caminar. Mientras conduzco de vuelta a casa, escucho como intenta ahogar el llanto.

Duele. Mi alma se descompone en mil pedazos con cada lágrima que derrama.

Después de asegurarme de que Xia está cómoda y que descansa en su cuarto, voy a buscar a los chicos para explicarles lo sucedido. Merecen saber lo que ocurre, no son unos niños pequeños y tienen que comprender el motivo del estado anímico de su madre.

Les cuento la verdad sobre David e intento que se den cuenta de que no deben tratar así a nadie nunca. Menos a una mujer.

La conversación se desvía en algún momento sin que me dé cuenta, haciendo que recuerde a... Kate.

—¿Por qué nos has ayudado? ¿Acaso quieres algo con mamá? —indaga Kevin.

—Yo... hace mucho tiempo conocí a una chica en la universidad. Ella era feliz, tenía amigos, siempre reía. De un día para otro, dejó de ser esa chica alegre. Su felicidad se esfumó. No quiero que le pase lo mismo a nadie más.

«Su vida se apagó por mi culpa» quería decirles, pero me reprimo.

—¿Qué le pasó?

—Eso pertenece al pasado y no se puede cambiar.

—Entonces no quieres nada con mi madre. Simplemente, le tienes lástima —comenta Josh con rabia en su voz.

—Me apena mucho que haya pasado por situaciones tan duras, pero no, no le tengo lástima. Vuestra madre es más fuerte de lo que os pensáis. La admiro. Debe ser difícil criar a unos granujas como vosotros. —Intento relajar el ambiente sonriendo—. Es..., ella es una mujer admirable en muchos aspectos.

—No le hagas daño —murmura Kevin, bajando la mirada a los pies.

—Yo nunca le haría daño a tu madre.

Y por ese motivo me tengo que alejar de ella. Esto que siento es tan diferente...

En mi cuarto y sin poder pegar ojo, mis pensamientos pasan de Xia a Kate... Son tan distintas.

Un grito desgarrador me sobresalta. Me levanto de la cama y corro por el pasillo hasta la habitación de Xia. Entro en su dormitorio sin llamar. Enciendo la luz y la encuentro sobre la cama; sudada, llorando y temblando.

En este instante me gustaría que David estuviera a mano para poder utilizarlo de saco de boxeo. Me acerco a ella e intento tranquilizarla.

—Ya está, ya pasó todo. Ahora estoy aquí, solo es una pesadilla. No te dejaré sola, no pienso dejarte.

Asiente con la cabeza y corresponde a mi abrazo. Mete la cabeza en el hueco de mi cuello.

Llevo solo un pantalón para dormir y el tacto de sus manos sobre mi piel logra que me excite. Esto está mal, ¿cómo puedo excitarme con ella en este estado? Su simple tacto desencadena siempre en mi cuerpo una reacción que no logro controlar.

Se aleja un poco. Observo con detenimiento sus ojos. Luego bajo la mirada a sus labios. Están tan cerca...

Impulsado por la lujuria, o por el deseo de tanto tiempo contenido, pego mi boca a la suya, y la beso con ganas en un acto lleno de pasión. La incito, usando mi lengua que invade su boca, y la conquista. La suya no se queda atrás y se unen. Las palmas de mis manos recorren sus muslos, caderas y espalda.

¡No! No puedo hacerle esto, es muy pronto para ella. Acabo de encontrarla teniendo una pesadilla y no quiero que piense que me aprovecho de la situación. A duras penas logro separarme y recuperamos el aliento. Le acaricio la mejilla. Es tan hermosa...

—Lo siento, no debí hacer eso... —Me alejo de ella. Sé que si no lo hago ahora me costará Dios y ayuda separar mis manos y labios de su cuerpo.

—No me dejes sola por favor, tengo miedo.

Me duele verla así. Asiento y decido quedarme con ella hasta que logre conciliar el sueño. Me tumbo en la cama a su lado.

No puedo dormir. Es imposible teniéndola tan cerca... Decido esperar un poco más antes de marcharme. Al amanecer, me levanto. Un beso en la sien es lo único que me permito hacer antes de alejarme.

Sin haber pegado ojo en toda la noche, subo al coche y realizo el trayecto que me sé de memoria hasta el centro de rehabilitación.

Aparco el coche. Llevo sin venir desde que conocí a Xia. No esperan mi visita. Llamo a la puerta y la hermana del director se asombra al verme.

—Buenos días, señor Duncan. ¿Qué hace aquí? No tiene ninguna visita programada.

—Vengo a ver a Kate.

Karla se frota con nerviosismo las manos una y otra vez.

—¿Acaso ha ocurrido algo? —pregunto con angustia.

—¿Eh? No, no. Avisaré a mi hermano de su llegada.

Me deja en la sala de espera. Años atrás decidí pagar y mantener este centro. Millones he gastado aquí para lograr alguna mejora en su salud.

Ahora lo único que siento por Kate es cariño, nostalgia por un pasado compartido. La quiero, sí, pero más como una hermana que como a la mujer a la que le prometí amor años atrás.

Media hora más tarde llega el director todo agitado.

—Mark, decidimos que las visitas serían programadas para que no afectaran a Kate en sus sesiones.

—George, ella está en coma. No veo la finalidad de programar nada, ya te lo dije.

Su cara se pone seria.

—¿Quién es el médico aquí? Dime, ¿a qué se debe esta visita?

—No sé con seguridad el motivo. Sentí la necesidad de confesar...

—¿De confesar? —realiza un gesto que denota que no comprende el motivo—. Mark, Kate ahora mismo está en una sesión donde controlamos sus respuestas a nivel neuronal. Hoy no podrás verla. Puedes hablar conmigo si lo necesitas.

George es una persona que con el tiempo llegó a convertirse en un amigo.

—Creo que me he enamorado de una mujer maravillosa.

—Esto no le va a gustar. —Me parece oírle susurrar.

—¿Qué dices?

—Nada, nada. Continúa.

Le comento sobre Xia, lo que me hace sentir su cercanía. Lo fuerte y valiente que es.

—Tengo intención de traerla a conocer a Kate en breve. Aún no le he hablado sobre ella... No sé cómo reaccionará.

—Avísame cuando decidas hacerlo.

—Lo intentaré. Estaremos en contacto, George.



***Vigilada***



**C**lavo la mirada en el asiento desde la parte de atrás, mientras me agarro las rodillas con las manos. Las lágrimas que se deslizan por mis mejillas de manera silenciosa mojan la tapicería del deportivo. Mark para el coche al llegar a casa y con el frenazo que pega termino por perder el equilibrio. Retira las llaves del contacto y tras abrir la puerta, intenta cargarme en brazos cual princesa de cuento de hadas.

—¡Suéltame, que peso mucho! —le digo, golpeándole con la palma de la mano en el brazo—. Puedo caminar, ya me encuentro mejor. En serio.

Su mirada me indica que no me cree.

—Por si no te acuerdas, has perdido un tacón y tienes el tobillo hinchado. Te subiré a tu cuarto.

La puerta se abre de golpe y un Josh cabreado, sale dando gritos. Ya decía yo que el carácter de mi hijo mayor estaba tardando en salir.

—¡¿Pero qué cojones pasó?! —Mira dirección a Mark y le espeta—: ¿Qué le has hecho?

—Él no...

—Ahora no es el momento —interrumpe mi príncipe de cuento—, tiene el tobillo torcido. Deja las explicaciones para más tarde, lo primero es tu madre.

Su voz suena tan tranquilizadora y calmada que mi hijo tan solo asiente ante su explicación.

Me sube al dormitorio y me ayuda a poner el pie en alto. Después de comprobar que estoy cómoda llama a una de las chicas de la casa y le pide que traiga hielo para el tobillo.

—Te dejaré descansar. Voy a cambiarme y luego hablaré con los chicos para que se tranquilicen.

Es un amor. Tan bueno, tan tierno... Demasiado perfecto. No dejo de pensar en que me estoy enamorando de Mark. Y mi vida es un puto desastre.

Mi teléfono suena. Me estiro como puedo para poder llegar hasta la mesilla y atiendo la llamada. Lo más seguro es que sea Miguel, interesándose por el motivo de mi huida.

—¿Sí?

—Al fin doy contigo —¡Noooo! Por Dios, ¿pero qué te he hecho en mi otra vida para que me castigues de esta forma?

—¿Se puede saber por qué no has vuelto a tu casa? ¡¿Es que no te enseñé nada?! Tan mala madre he sido que además de traer un bombo con tan solo

diecinueve años, pretendes ahora que todo el vecindario y el párroco digan... —Seguro que está santiguándose en este instante— ¡Oh! Virgen Santa, ¿qué dirá el párroco cuando se entere de que mi hija se divorcia? No lo vas a hacer. Ahora mismo te vuelves. ¿Me has oído bien, Alexia?

Joder, para no oírla, tengo el teléfono a dos palmos de mi oreja o ya no tendría más audición para lo que me queda de vida. Estoy por afirmar que la han escuchado hasta en las misiones de paz de un pueblecito remoto del África tropical dónde ni cobertura existe.

Ahora que lo pienso, ¿cómo consiguió mi número nuevo?

—Mamá, ya lo hemos hablado. No volveré con David, no era feliz. Él me...

—¿Y quién habla de felicidad? Es el sacramento del matrimonio y debes respetarlo. Mantenerlo hasta que la muerte os separe. Os casasteis en la iglesia, disteis vuestros votos delante del Señor.

¡Oh, sí!, votos que David cumplió, por supuesto...

—Si no fuera porque me presenté en el colegio de mis nietos, no tendría forma de contactar contigo.

Bien, misterio resuelto. Tendré que hablar con los del instituto para que no den mi teléfono a nadie, ni siquiera a familiares pesados.

—Mamá, no cambiaré de idea —le susurro con pocas ganas de pelear—. Mira, es tarde. Voy a descansar, ya hablaremos. Adiós. —Y cuelgo.

Sé de sobra que nadie escoge en qué familia le toca nacer, pero... ¿de verdad no podría ser adoptada?

El dormitorio es enorme, demasiado. Ha pasado quizás una media hora desde que estoy aquí sola, y cada vez me siento peor. Necesito..., quiero... ¡Joder solo quiero sentirme segura! ¿Tan difícil es?

Poso el pie sano en el suelo y al apoyar el otro, una molestia me ralentiza obligándome a ir más lenta. No es para tanto, he soportado mayor dolor otras veces. Como puedo me dirijo al pasillo.

Al llegar a las escaleras escucho como Mark habla con mis hijos. No es que vaya a propósito a espiar es que al ir tan despacio no hago ruido con mis pasos.

—Entonces... —la voz de Kevin suena apenada, triste—. ¿Papá la encontró y al asustarse se puso a correr y se lastimó el tobillo?

—Sí, así fue —le indica Mark—. Os cuento todo esto porque ya sois unos hombres y, como adultos, tenéis que saber que no se debe tratar nunca así a

nadie, y menos a una mujer. A una mujer se la debe respetar siempre, sea amiga, novia, esposa o madre.

—Mark, siendo sinceros. —Temo la pregunta que le pueda querer hacer Josh—. ¿Por qué nos has ayudado? ¿Acaso quieres algo con mi madre?

¿Cómo le pregunta eso? Me inclino un poco sobre la barandilla de la escalera. ¡Pero venga, responde!

—Yo... hace mucho tiempo conocí a una chica, en la universidad. Ella era feliz. Tenía muchos amigos, siempre reía. De un día para otro, dejó de ser alegre. Su felicidad se esfumó. No quiero que le pase lo mismo a nadie más.

¿Me lo parece a mí o su forma de hablar indica que sentía más que amistad por esa mujer...?

—¿Qué le pasó?

—Eso ya es parte del pasado y no se puede cambiar.

—Entonces no quieres nada con mi madre. Simplemente, le tienes lástima.

—Me apena que haya pasado por situaciones duras, pero no. No le tengo lástima. Vuestra madre es más fuerte de lo que os pensáis. La admiro. Debe ser difícil criar a unos granujas como vosotros —comenta de manera graciosa—. Es..., ella es una mujer admirable en muchos aspectos.

—No le hagas daño.

Oh..., mi niño.

—Yo nunca le haría daño a tu madre.

Me escabullo de nuevo a mi cuarto y me tumbo encima de la colcha. Lo que acabo de escuchar es una muestra más de que debo ser fuerte por mis hijos, de que tengo que conseguir salir de este bucle por ellos. Mark. Él es un gran amigo, pero no puedo permitir que mi vida trastoque la suya de ninguna manera.

*¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!*

*Justo enfrente de mí hay un callejón oscuro. No tengo escapatoria.*

*Voy a pedir auxilio cuando de repente, me tapan la boca con la palma de la mano. Me sujeta con fuerza los brazos, y su voz... Esa voz... Logra que me quede helada de miedo.*

*«Hola, cariño. Cuánto tiempo».*

—¡No! —exclamo en alto, llena de terror.

La puerta se abre de golpe y encienden la luz. Todo era un mal sueño. Mark entra sobresaltado, pero no dejo de llorar desconsolada. La respiración se me atasca en la garganta, y me cuesta normalizar el ritmo frenético que lleva mi corazón.

De pronto, está a mi lado y me abraza.

—Ya está, ya pasó todo. Ahora estoy aquí, solo es una pesadilla. No te dejaré sola, no pienso dejarte.

Aunque mi cuerpo sigue temblando, mis neuronas se atrofiaron al ver a Mark medio desnudo. Y tengo que recordarme a mí misma el motivo por el cual sigo teniendo temblores y el corazón en la garganta. «¡Ah, sí! Claro, la pesadilla».

Le correspondo el abrazo y meto mi cabeza en su cuello, inhalando su aroma que de alguna manera irracional me resulta relajante.

Me separo un poco, y me fijo en sus ojos. También en sus labios. Entonces me besa. ¡Oh Dios, me derrito! ¡Me está besando!

Me dejo llevar, disfruto el momento, que siento como único. La sangre me hierve y cada roce de sus manos por mi cuerpo me enciende más y más.

Se aleja de mí, y cogemos aliento. Me acaricia la mejilla, y yo ladeo la cabeza ejerciendo presión sobre su palma. Como si de una gata en celo se tratara.

Mark se yergue, evitando mi mirada. Me fijo en que su rostro se contrae.

—Lo siento, no debí hacer eso...

¿En serio me besa de esa manera y acto seguido piensa dejarme sola de nuevo?

—No me dejes sola, por favor —ruego.

Tengo miedo a quedarme dormida y que los gritos y peleas vuelvan a hacer presencia.

Asiente. Apaga la luz y se tumba del otro lado de la cama.

No soy capaz de dormir.

No dejo de dar vueltas a lo que Mark me dijo «Lo siento, no debí hacer eso...». ¿Acaso es que se arrepiente de haberme besado? Si soy sincera no le pregunto por miedo a la respuesta que me pueda dar.

El sábado me pasé el día entero con el pie en reposo. Esa misma mañana, cuando me desperté, Mark ya no estaba en mi habitación y no supe de él en

todo el fin de semana.

Estoy hasta las narices de ser una mártir, de sentirme desprotegida. He decidido que volveré a ser fuerte. Me dirijo a la biblioteca convencida de mis propósitos y me siento en el escritorio. Sujeto un bolígrafo, coloco el papel y empiezo hacer una lista de necesidades. Una vez redactada, ceno algo ligero y me voy a la cama para madrugar al día siguiente. Comienza otra semana de trabajo.

El despertador suena y una sonrisa me sale del alma. «¡Venga Xia, tú puedes! Hoy es el día en el que volverás a coger las riendas de tu vida».

—¡Buenos días! —saludo, sonriendo a mis chicos.

—¿Mamá, estás bien? —Kevin se extraña de mi actitud risueña.

—Sí, estoy muy bien. ¿Por qué, mi vida?

—Es que... —Mira de reojo a su hermano y levanta la vista para proseguir —... es que estás sonriendo.

Una carcajada sale de mi interior sin poder evitarlo. ¿Tan evidente es mi cambio de actitud que ya me notan distinta?

Carlos me lleva al trabajo solo a mí. Mark al parecer ha salido antes de casa. ¿Me estará evitando?

Entro en el edificio saludando al de seguridad como siempre. Paso mi acreditación por el lector y subo en el ascensor. Se abren las puertas y me bajo en la tercera planta. Hasta aquí todo ha ido bien. Inhalo con fuerza y toco a la puerta.

—Adelante.

Empujo la puerta y con toda la confianza del mundo me siento en la silla.

—¿A qué se debe su presencia, señora Martín?

—Buenos días a ti también, María —le suelto con sarcasmo—. Vengo a solicitar el adelanto de la mitad de mi nómina, lo necesito para hoy por la mañana.

—¿Y a qué se debe?

—Son asuntos personales, los cuales no tengo, ni quiero compartir contigo.

La cara de María es un poema. Las aletas de la nariz se le hinchan de tal forma que parece un pez globo a punto de estallar. En silencio, pero con movimientos bruscos, saca de debajo del escritorio un documento y me lo pone encima de la mesa.

—Firma aquí. —Señala con el dedo—. Lo tendrás para las doce.

Bien, primer punto del día realizado. Ahora, iré a por el siguiente. Miro el reloj: las nueve y cuarto. «Venga, tú puedes. No te va a pasar nada».

Llamo a la puerta y asomo la cabeza.

—Mark, siento interrumpir. Necesito hablar contigo.

—Pasa. ¿Sucede algo?

Las piernas se me convierten en pura gelatina cuando estoy cerca de él. Nadaría en su mirada cada segundo si me lo pidiera. «¡Mierda! ¡Céntrate!»

—Vengo a decirte que a partir de mañana ya no viviremos en tu casa. Conseguí un piso de alquiler.

Se levanta de la silla, rodea el escritorio y se frena a mitad de camino. Se lleva la mano a la nuca.

—Xia, si es por lo de la otra noche. No volverá a pasar...

Y eso afirma más mi decisión, me he enamorado de Mark. Porque el mazazo que acabo de recibir al escuchar como me dice esto es tremendo.

—No es por eso, he tomado la decisión de vivir. Y para eso necesito sentir que tengo el control de mi vida, algo tan simple como ir al supermercado o cocinar sin depender de nadie. —Realizo un gesto con la mano para que no me interrumpa—. No me malinterpretes, te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí y por mis hijos. Estoy cómoda en tu casa, pero esto no es real. Esa es tu vida, no la mía.

Y aquí es cuando me dice que su vida no la puede vivir sin mí y que me quiere, me abraza, me besa. Y somos felices el resto de nuestras vidas...

—¿Estás segura? —Mierda de imaginación la mía—. Podéis quedaros todo el tiempo que necesitéis.

—Estoy segura, además nos veremos igualmente casi todos los días —le indico, forzando una sonrisa de medio lado que ni yo me creo.

Salgo de su despacho con las manos sudadas. ¡Ni que corriera el maratón!

¡Miguel! Me he olvidado por completo de él. Bah, ya lo veré en otro momento. Si no me ha llamado es que no le ha dado importancia.

Me paso todo el día organizando y planificando, tengo los nervios a flor de piel. Repaso la lista que hice y reviso lo que está hecho y lo que me queda por conseguir:

1º Pedir adelanto a la lagarta de María.

2º Buscar piso alquiler.

3º Matricularme en una autoescuela.

- 4º Hablar con Mark.
- 5º Mudarme e instalarme.
- 6º Matricularme en una universidad a distancia.
- 7º Autoestima, confianza, valor, poder...
- 8º Conseguir el divorcio.
- 9º Ser feliz...
- 10º Conquistar a Mark???

Quizá sea demasiado abarcar, pero me siento con ganas. Yo puedo hacerlo, soy capaz de conseguirlo.

Tengo que reconocer la verdad. Nunca he sentido algo tan intenso por nadie. Nada parecido a lo que noto en mi corazón cuando me roza, me mira o me habla Mark.

No obstante, sé que primero debo encauzar mi vida antes de lanzarme a una relación. Si es que entre nosotros hay posibilidad de una relación, que no lo sé.

—¿¿Cómo que nos vamos?! No me pienso largar a ningún sitio. Quiero quedarme aquí.

—Kevin —menciono su nombre por enésima vez—, escúchame, ésta no es nuestra casa. Mark ha sido muy generoso al ayudarnos, pero no podemos abusar. Mañana empezaremos la mudanza, y poco a poco a lo largo del fin de semana, terminaremos de instalarnos. Tenéis unos dormitorios preciosos.

—Pero..., ¿y nuestro entrenamiento? Me prometió que entrenaríamos.

—Eso lo tendrás que hablar con Mark —le explico.

—¿Qué tendrá que hablar conmigo? —irrumpe en la conversación Mark, entrando en el salón vestido con su traje de Armani de chaqueta gris que me vuelve loca.

—No quiero irme, dile que tenemos los entrenamientos. ¡Díselo!

—Si a tu madre no le importa. —Me mira de reojo y tengo que contar mentalmente los latidos de mi corazón que aumentan por segundos—. Yo os seguiré entrenado, aunque no viváis aquí. Sin ninguna molestia.

—Mamá, si es lo que quieres, yo te apoyo.

Volteo la cabeza dirección a mi hijo mayor. Me esperaba una rabieta de él, no la que ha tenido Kevin. Cada vez me sorprende más.

—Bueno, ¿qué os parece una cena especial? —pregunto a todos sonriendo con amplitud—. A partir de mañana ya no estaremos.

Nos sentamos en el comedor y nos sirven los platos principales. Tengo que felicitar a Julio porque la cena está deliciosa.

Nos reímos y charlamos de nuestros momentos del día.

Esta debería ser mi familia, alegre, apoyándose la una a la otra. Me siento feliz, sin preocupaciones de que, de un momento a otro, me chillen o me golpeen por cualquier tontería.

—Nosotros ya nos vamos a dormir —murmura Josh, dándole un codazo a su hermano que se levanta de la silla con rapidez, aún masticando el último trozo de pastel que se ha llevado a la boca—, hasta mañana.

—Eso, hasta mañana —balbucea Kevin, casi atragantándose.

—Hasta mañana, mis soles —les despido con un beso en la mejilla a cada uno.

—Buenas noches, chicos.

Quedarme a solas con él tras haber aceptado lo que siento, me pone muy nerviosa. Aparto el plato hacia un lado y me levanto con el pretexto de poner alguna excusa para marcharme. El trabajo. Sí, eso servirá... Tenemos mucho trabajo en la empresa.

—Bueno, yo también me retiro. Mañana será un día muy movido.

—Tómame unos días libres para la mudanza. Así podrás estar centrada cuando te incorpores.

—Pero... —Frunzo el ceño—. Tenemos mucho trabajo. La reunión con los chinos es en dos semanas, y aún tenemos que...

—Seguirá todo ahí cuando vuelvas —me indica con una sonrisa, que muestra uno de sus hoyuelos perfectos—. Xia. —Levanto la mirada ante mi nombre y me doy cuenta de que me he perdido por completo en sus ojos—. Cuenta conmigo para lo que necesites. ¿De acuerdo?

—Te tomo la palabra, Mark —le respondo, alejándome lo antes posible de estas cuatro paredes que cada vez se van haciendo más pequeñas y nos van uniando más y más.

Subo las escaleras y de reojo miro por encima de mi hombro.

«Si te imaginaras lo que te podría llegar a pedir...». Mis pensamientos — esos que mi madre diría que son impuros— se ven interrumpidos por Celia



quien me hace un gesto para que le dedique unos minutos. Qué raro, ¿será que va a festejar mi marcha?

—Señora Martín, me han informado de su marcha.

—Así es, Celia, estás bien informada.

—Yo..., yo solo quería darle las gracias por traer vida de nuevo a esta mansión. —Me sujeta de las manos y me muestra una sonrisa que le llega a la mirada—. El señor Duncan llevaba muchos años sin verse tan feliz. No se aleje de él, por favor.

¡Dios! Esto sí que no me lo esperaba, pero si hasta tiene los ojos lagrimosos.

Celia, quien parece ahora más mayor de lo que aparenta, por sus canas esparcidas a lo largo de su melena morena recogida en el moño, y las arrugas que marcan su frente, se limpia una lágrima que cae por su mejilla. Sin pensármelo mucho, la abrazo. Me acerco a su oído, ya que no quiero que nadie lo escuche, y le digo:

—No me iré muy lejos, solo recargaré las pilas. Vendré a visitarles a menudo.

Se separa de mí y se vuelve a limpiar la cara con el dorso de la mano.

—¿Me lo promete?

—Solo si a partir de ahora me llama Xia.

Sus ojos se agrandan y yo sonrío con ganas mostrando todos mis dientes.

—Tendré que hacer una excepción entonces —acepta.

La vuelvo a abrazar. Acto seguido entro en el dormitorio. Mañana será un gran día.

Mark, prepárate que voy...



# Valor

## MARK

A principio de semana Xia entró en mi despacho y me comentó que se mudaba con los chicos a un piso de alquiler. Quise decirle que no lo hiciera, que se quedara conmigo. Sin embargo, no puedo ser tan egoísta. Sé que es lo que ahora necesita y yo tengo que apoyar su decisión.

La casa sin ellos está vacía, sin vida. Las noches son insoportables, y no saber si está bien me mantiene en vilo. Me paso las tardes en el gimnasio, descargando tensión con el saco de boxeo.

Los chicos han venido a su entrenamiento. Reconozco que los extrañaba. Les pregunto por el nuevo piso, las clases y las chicas... Josh está interesado en una compañera de su clase y, aunque no es muy dado a hablar del tema, algo me ha comentado.

Después de realizar los ejercicios, Josh y Kevin se dan una ducha, y Carlos los lleva a su casa.

Cuando termino de asearme, reviso el móvil. Siempre llegan nuevos *e-mails*, algunos importantes, otros no tanto. No obstante, lo que me asombra es ver una llamada perdida de Xia.

La llamo sin perder tiempo.

—¿Ha pasado algo? —le pregunto, inquieto—. ¿Está todo bien?

—Estoy bien, Mark, me encontré con David.

—¡Voy para allí ahora mismo! —le indico con rapidez, mientras busco el lugar donde he dejado las llaves del deportivo.

—No hace falta, estoy en casa tomándome una infusión —me informa, respirando en profundidad—. Te veré el lunes en el trabajo, Mark. Solo quería hablar con... con un amigo. —Apoyo la espalda en la pared y me quedo callado, mientras oigo que su respiración se agita levemente—. Porque eres mi amigo, ¿verdad? Digo, aparte de mi jefe.

«Quiero ser mucho más que tú amigo», como me gustaría decírselo.

—Xia, necesito comprobar que estás bien.

—Lo estoy, ya hablaremos. —Parece que no quiere continuar con la conversación, y frunzo el ceño—. Ahora tengo que hacer la cena. Adiós, Mark.

No me quedo tranquilo.

El malnacido de David se atrevió a acercarse a ella. Quién sabe lo que es

capaz de hacer ese tipejo.

Llamo a Luis, inquieto, para contarle lo sucedido. Luis que es el abogado que lleva el caso de divorcio me dice que Xia ha interpuesto una denuncia.

Bien. Ya era hora.

La semana pasa lenta, muy lenta. Tengo tantas ganas de verla. ¡¿Por qué diablos le di la semana entera para que se mudara?!

Después de tener en el gimnasio una de las sesiones más agotadoras que recuerde en mucho tiempo, relajo mis músculos en la ducha. Salgo del baño con una simple toalla en mi cintura. Distraído, levanto la cabeza al notar la presencia de alguien. Es ella, su mirada recorre mi cuerpo de pies a cabeza.

¿Y cuál es mi reacción? No apartar la vista de su exuberante escote.

## XIA

Me había olvidado de lo que cansa hacer una mudanza.

El piso que he alquilado tiene tres dormitorios, un baño, salón y una cocina suficientemente amplia para los tres. Está a mitad de camino entre mi trabajo y el instituto de los chicos.

Ya coloqué la ropa de Josh y Kevin en los armarios. Ahora abro la caja que pone mi nombre y me quedo observando esos trapos pasados de moda que mi madre me dio cuando ella renovó su vestuario. Pronto empiezan a pasar por mis manos; estampados florales, blusones sin forma, faldas hasta el tobillo negras y... ¡Oh, Dios! ¡Esto es un horror!

Voy a buscar una bolsa de la basura.

Qué ganas tenía de tirar el vestuario que llevaba usando siempre. Meto toda la ropa en la bolsa de plástico y, como si fuera Dexter, me dirijo a deshacerme del cuerpo del delito.

Mi armario se ha quedado huérfano; dos pantalones vaqueros que tendrán cuatro o cinco años, algún que otro top básico, una chaqueta entallada. No soy capaz de tirar el chándal amarillo chillón que llevaba puesto cuando conocí a Mark. Soy una sentimental.

Sentada en la mesa de la cocina realizo unos cálculos. Quedan diez días para fin de mes; comida, transporte, imprevistos...

Está decidido. Me voy de compras.

He visto escaparates y más escaparates, pero hasta el momento ninguna tienda me agrada.

De repente, me fijo en las letras elegantes de una *boutique* que llaman mi atención y decido entrar. La dependienta, que será más o menos de mi edad, me mira con superioridad por encima del hombro. Se aproxima arrugando la nariz y marcando el paso firmemente, logrando que todo lo que escuche sea el sonido de sus tacones al caminar.

—Hola —saludo sonriente—, necesito cambiar de vestuario. Si me pudiera echar una mano...

Llevo siglos sin ir de compras y no sé lo que me puede sentar bien, así que creo que la mejor manera es dejarme aconsejar.

Sin embargo, ella no debe estar tan entusiasmada con la idea como yo. Me mira de abajo a arriba y sin dirigirme la palabra llama a una compañera. Puede que sea su ayudante.

—Lo sentimos —me informa ésta última—, pero no creo que tengamos nada de su estilo en esta tienda.

¿Qué? Giro la cabeza, encontrando un espejo de cuerpo entero a pocos metros. Llevo puestos unas deportivas cómodas, con un pantalón vaquero gastado por el uso del tiempo y cazadora.

¿Se puede saber qué parte no han entendido de que quiero cambiar de imagen?!

—Tengo dinero si es por eso —les indico, por si se piensan que no podré costear algún conjunto.

—Vaya mejor a otra tienda, aquí no le podemos ayudar —aclarla la dependienta, que llegó para hacer de refuerzo.

Me marchó dando un portazo y deseando que el cristal se haga añicos en el proceso. ¡Esnoobs de mierda! ¿Qué se creen estas dos?

Cruzo la calle, aún cabreada por la situación, y entro en otra que tiene ropa de todos los estilos; casual, moderna y de gala. Un chico alto, bastante delgado y bien vestido me sonrío al verme. «¿Está moviendo sus caderas al andar?»

—Hola, guapa. ¿Necesitas mi ayuda para algo? —comenta, mientras mueve la mano de un lado a otro.

—¿Tan evidente es? —Bajo la vista volviendo a recordar a las víboras de antes. Pero decido alzar de nuevo el mentón. Se acabó ser la víctima—. Sí, necesito cambiar de vestuario.

—Chica, con mi ayuda cuando salgas de aquí no te reconocerá ni tu madre.

—¿Me lo prometes?

Se ríe y me contagia al instante. Ha sido algo que me ha salido solo.

—Mi nombre es Damián, pero puedes llamarme Dami. —Extiende la mano para presentarse, y la acepto encantada—. A partir de este instante, seré tu asesor de imagen.

—Soy Xia. Prepárate, porque necesito de todo. Mi armario está seco.

—Bien, habrá que darle de beber. Empecemos por la lencería.

—¿Lencería? Pero si yo necesito algún vestido que otro y ropa de diario.

—¡Oh, no!, eso sí que no. No se construye la casa por el tejado, primero necesitas unos buenos cimientos. Vamos.

Me he pasado horas en el vestidor probándome: lencería, blusas, faldas, pantalones, y siempre con taconazos.

Dami me sube el ánimo constantemente con comentarios del tipo «tienes unas piernas preciosas, te prohíbo esconderlas» o «si tienes pechos, lúcelos, no los aplastes».

Dami me abrió una cuenta en la tienda, de esa manera puedo pagar a plazos las compras si lo prefiero. Después de despedirme de él y agradecerle toda la atención, le aseguré que había conseguido a una clienta fiel.

Salgo cargada de bolsas y cajas de zapatos. He comprado mucho más, pero como me era imposible cargar con todo me han dicho que me lo llevarán a mi casa mañana.

Miro la hora en el móvil. Hoy los chicos tienen entrenamiento con Mark y no llegarán hasta más tarde. Sonríó al ver mi reflejo en uno de los escaparates de la calle. Dami insistió en que saliera con la ropa nueva ya puesta. Llevo unos zapatos azules de tacón alto, una falda corta ajustada negra y un top con pedrería. Fijo mi vista en mis pechos y... ¡sujetador *push up* gracias por existir!

Decido continuar con el cambio y entro en una peluquería. Me hago un tratamiento completo: pedicura, manicura, corte, peinado nuevo y depilación completa. Con lo que ha dolido espero que me sirva para algo.

Doy por terminada la tarde y me dirijo a tomar un taxi. Cuando de repente, sale de un callejón cercano alguien que me agarra por detrás y me tapa la boca con la palma de la mano. Me arrastra hasta la zona más alejada de la calle principal. Intento como puedo liberarme sin conseguirlo.

—Hola, cariño —me susurra al oído, y un escalofrío recorre mi espalda—. Veo que te has puesto guapa para mí.

David... ¿Por qué no me dejará en paz?

—¿Vas a gritar? —Niego con la cabeza—. Así me gusta, que obedezcas a tu marido.

Retira la mano que tapa mi la boca, y giro para encararme con él. Son muchos años y lo conozco bien. Sé que será peor si comienzo a correr.

—¿Qué quieres, David?

—Quiero a mi mujer y a mis hijos de nuevo en casa. Y quiero que dejes de comportarte como una furcia barata —escupe por la boca.

Me acerco a él, sintiendo el corazón en la garganta. Alzo la mano y acaricio su mejilla. Me sujeta por la cintura y con un movimiento brusco, me aprieta contra su cuerpo.

—Oh David, aún no te has dado cuenta... —Le mantengo la mirada, pese

al miedo que me invade.

—¿De qué, mi vida?

—De que la mujer que llamabas «esposa» ya no existe. Te presento a la nueva Xia.

Sin que se lo espere levanto con todas mis fuerzas la rodilla, que choca contra su entrepierna. ¡Joder, esto también le duele al que golpea! En las películas parece mucho más sencillo.

David cae al suelo, retorciéndose de dolor, mientras se agarra con las dos manos su maltrecha virilidad.

Me alejo de allí sin mirar atrás y escucho de lejos las amenazas que me prodiga:

—¡Eres mía, Xia! ¿Me oyes? ¡Solo mía! ¡No dejaré que seas de nadie más!

Intento ir lo más rápido posible teniendo en cuenta que llevo unas cuantas bolsas dando tumbos y voy subida a unos tacones de diez centímetros. A los pocos minutos, me subo al primer taxi que localizo libre, y le doy la dirección de mi casa casi sin aliento.

Al llegar cierro la puerta y me aseguro de poner el pasador. Reviso que las ventanas estén bien cerradas, dado que vivo en la primera planta del edificio y me entra la paranoia de que David puede intentar colarse.

Con las manos temblando, marco el teléfono del abogado y le cuento lo sucedido. Me aconseja denunciar y pedir una orden de alejamiento. Acepto. Debería haber puesto la denuncia por maltrato cuando me pegó la primera vez.

Llamo a Mark, pero debe estar entrenando porque no me atiende.

Intento relajarme. Voy a la cocina y me hago una tila. Me llevo la taza a la boca y bebo. El móvil comienza a sonar con el tono que esta misma mañana le puse, *Girls who run the world* de Beyoncé. Pego un salto en la silla llevándome la mano al pecho.

Acepto la llamada al comprobar que es Mark. Le cuento por encima lo que ha pasado con David. Le aseguro que estoy bien, que no es necesario que venga. Una vez terminada la conversación respiro profundamente.

¡Lo conseguí! Quería gritarle que viniera y me abrazara, pero tengo que ser fuerte, adquirir valor y superar mis miedos sola.

Llaman a la puerta, ¿quién será? Me acerco con sigilo, no quiero hacer ningún ruido que delate que estoy en casa.

¡Mierda! la puerta no tiene mirilla. ¿Ahora qué hago? ¿Y si es David? ¿Y si me siguió hasta casa?

—Venga, mamá, abre la puerta de una vez.

Dejo salir el aire contenido de mis pulmones al escuchar a Josh. Creo que tendré que mejorar un poco más en lo del valor.

Retiro el pasador de la puerta y abro. Ambos cargan sus mochilas en el hombro y llevan el pelo mojado. Han debido ducharse en la casa de Mark.

—¡Vaya! —exclama Kevin—. ¿Qué te has hecho? Estás preciosa, mami.

Sonríó ante el halago que me regala el pequeño.

—Sí, estás bien —murmura Josh sin casi prestarme atención—. No me molestéis, voy a llamar por teléfono —termina diciendo antes de encerrarse en su dormitorio.

Cierro la puerta de la calle y me siento en el sofá del salón, ya que me duelen los pies.

—¿Qué le pasa a tu hermano?

—No lo sé, últimamente está raro. Creo que es por una chica, *puaj*....

¡Una chica! ¿A mi bebé le gusta una chica? ¡Oh! Tengo... ¿tengo que darle la charla? Bueno, sé que es un chico. Pero debe cuidarse y cuidar de la chica. Y... ¡Dios! Si solo tiene catorce años. Aunque en un mes cumplirá los quince.

¡Mierda! Esto es cosa para que la hable con su padre, pero ni harta de vino le pido a David nada.

Los días pasan rápido. Aprovecho el tiempo lo máximo que puedo; estudio el teórico del carnet de conducir, limpio y cocino en casa, leo, dedico algo de tiempo a descansar...

Los chicos han empezado a hacerse cargo de algunas tareas. Saboreo cada instante que puedo disfrutar con ellos en paz. Antes era impensable poder estar así.

Fui a hablar con los profesores de los chicos. Lo surrealista de la situación es que hace menos de tres meses estaban a punto de ser expulsados. No tenían posibilidad de pasar curso y ahora me dicen que se han vuelto muy aplicados y que deben seguir así. ¡No me lo podía creer! Juro que levanté la vista hacia la esquina del despacho para buscar una cámara oculta.

Pero lo que más me impactó fue cuando salí de la reunión y vi a lo lejos a mi hijo, mi pequeñín, metiendo mano a una chica rubia de su misma edad.



¡Joder, no solo le metió mano, también la lengua hasta las amígdalas!

No quiero ser una de esas madres metomentodo que interrumpe el beso que da su hijo, pero... Tengo una curiosidad que me corroe por dentro, ¿será esa chica su novia?

¡Necesito información y la quiero ya! Y sé de sobra que él no me la dará.

Y aquí estoy, de nuevo enfrente de la casa de Mark. Sin avisar.

Solo porque necesito hablar con alguien que me aconseje qué hacer con un adolescente hormonado hasta los huesos. Solo por eso, me repito.

—Hola, Celia. ¿Está Mark en casa? —Ella sonrío como nunca en mi vida pensé que haría.

—Hola señori... —carraspea al recordar el acuerdo al que habíamos llegado y rectifica—, Xia. Sí, el señor se encuentra en el gimnasio, entrenando. Le avisaré de su llegada.

—No hace falta —le indico, percatándome de que aún le cuesta trabajo tutearme—, sé el camino.

—Si me permite el atrevimiento, está guapísima.

—No sirve de nada que me llame por mi nombre y luego me trate de usted —le comento—. Pero muchas gracias por el cumplido.

Cruzo el salón, saludando en el camino a las niñas que nada más verme dan un salto de alegría. Al ver de reojo a Celia, cambian rápidamente su postura y vuelven al trabajo.

En cuanto llego al gimnasio y entro, miro a un lado y al otro. «¿Dónde estará? No lo veo por ninguna parte».

Mi corazón deja de latir y mis neuronas se han parado. Mark sale del vestuario con tan solo una toalla en la cintura. Solo soy capaz de mover los ojos siguiendo cada gesto que realiza.

¡Debería estar prohibido que hombres así existieran!

Creo que es la primera vez en mi vida que..., ¡Dios, creo que me estoy excitando! Nunca nadie lo había conseguido.

Bueno, solo he estado en mi vida con David. No conozco otras experiencias, pero... ¡Joder, qué calor siento!

Mark se ajusta la toalla a la cintura, y yo... Yo, no dejo de pensar en que se le afloje tan solo un poquitín. Para echar un vistacito inocente nada más, pero en ese instante él se percata de que estoy en el gimnasio, y levanta la vista.

—Xia, qué... —Su rostro cambia al darse cuenta de que luzco distinta—. Estás preciosa. ¿Ha pasado algo? —me pregunta mi adonis particular, sin apartar la mirada de mis...

¡Gracias, *Push up!*

—Eh, pues yo... —Venga neuronas ¿para qué os quiero? Funcionad de una vez, no me dejéis quedar mal —. Vengo a hablar contigo. Necesito un consejo.

—De acuerdo, ahora me visto, y hablamos.

Sé que estoy embobada mirando sus músculos y cada poro de su piel. Una gota de agua se desliza desde su cuello pasa por su clavícula y baja por sus...

¡Qué sed me acaba de entrar de golpe! Trago saliva.

—Xia... —menciona mi nombre, y levanto la mirada, siendo consciente de que me ha pillado deleitándome con su perfecta anatomía.

—Te esperaré en el salón —señalo con nerviosismo la salida.

No he tenido que esperar mucho a que Mark se vistiera y me hiciese compañía en el salón. Celia nos ha servido un café, que tengo que dejar reposar por lo caliente que está. Estoy convencida de que disfruta viendo como la gente arde al contacto con el líquido, y suplica por un vaso de agua fría.

Y no es lo único en este lugar que se encuentra así. Da igual lo que lleve puesto este hombre, los sudores que me hace sentir cada vez que lo veo son indescriptibles. ¡Cómo se nota que llevaba unos días sin verlo! Estoy que babeo.

A pesar de mis pensamientos pecaminosos, como los llamaría mi madre, soy capaz de contarle sobre Josh y su enigmática chica. También sobre el rodillazo que le di al cabronazo de David. Y al final le digo que me siento mucho mejor.

—Me alegro mucho de que te encuentres bien. Pero la próxima vez llama a la policía, no vuelvas a enfrentarlo tú sola —me recomienda, con una mirada llena de preocupación—. Mejor no seguir mencionándolo. Por tu hijo Josh no debes inquietarte. Me contó lo de la chica hace unos días y le di unos pocos consejos que espero que se tome en serio.

¿Qué? ¿Habló con Mark y no con su madre? Oficialmente estoy en el banquillo de madre metomentodo.

—¿Entonces no debo preocuparme por él? —Niega, pero mis celos maternos hacen aparición—. ¿Por qué no me has contado nada? Es mi hijo. Me inquieta la idea de no saber las cosas importantes que ocurren en su vida.

—Te lo dirá cuando se sienta cómodo, estoy seguro.

Realizo un mohín, y se termina formando un silencio entre ambos. Compruebo la hora. Debería marcharme a casa, sin embargo, estoy tan cómoda a su lado.

—Es tarde, tengo que irme. Mañana me reincorporo a la oficina.

—Llamaré a Carlos para que te acerque.

No quiero marcharme de esta manera. Mi cabeza empieza a maquinarse y quiero ver si puedo o no tener algo de razón.

Me paro debajo del dintel de la puerta para despedirnos, me acerco a él y le doy un casto beso en la mejilla. Doy unos pasos en dirección al auto y me giro en el último momento antes de subir.

— Mark, por cierto... ¿Sabes algo de Miguel? No lo vi en la empresa el otro día y tengo algo que aclarar con él.

Sus manos se convierten en puños y su cara cambia. Aprieta la mandíbula. Baja los escalones con determinación en la mirada. Se aproxima hasta donde estoy y me dirige una mirada seria.

—Se encuentra en el extranjero desde hace una semana, llegará mañana. ¿Qué tienes que aclarar con él?

Intento poner mi mejor cara de niña buena, esa que llevo siglos sin utilizar, esa que ponía cuando quería ligar con algún chico. Esa que, sin lugar a dudas, tiene más telarañas que la casa de la familia Adams.

—Oh, nada importante. Solo que cuando vi a David y me asusté, salí huyendo. Lo deje plantado delante del restaurante, justo después de... —Bajo la mirada y me callo a propósito.

Espero que caiga. «Por favor, cae. Dime que no son alucinaciones mías y que existe una mínima, una pequeña, posibilidad».

—¿Después de...? —insiste en que termine la frase con la voz grave, esa que me hace suspirar...

—Besarnos —susurro, como si no quisiera decirlo. Levanto la mirada de nuevo y devolviendo a la vida a la antigua Xia—. Bueno, nos veremos mañana. Ya lo encontraré y hablaré con él. Gracias por todo, Mark. Eres un gran amigo.

Destaco la palabra «amigo» y me acomodo en el asiento de la limusina que

conduce Carlos.

—Sí, un gran amigo... —Le oigo repetir por lo bajo antes de que cierre la puerta.

Carlos me mira por el retrovisor, con una sonrisilla en su cara.

—Has sido muy mala con el señor —me dice, mientras conduce.

—¿Tan evidente ha sido?

—Para él, lo dudo; para mí, por supuesto. Pero has hecho bien. El señor Duncan necesita de un empujón bien fuerte para reaccionar. Tiene toda nuestra ayuda.

—¿Vuestra ayuda?

—La de Celia y la mía, por supuesto.

—Carlos, ¿crees que me he pasado? —Empiezo a arrepentirme por la actitud descarada que he mostrado. Ya no tengo diecinueve para ir por ahí intentando ligar.

—Por supuesto que no. Sin embargo, estoy convencido de que tendrá unos días interesantes por delante. Ya lo verá...

La forma en la que termina frase y se ríe en alto me deja pensativa. ¡Oh, Dios!, ¿qué he hecho?



***Shock***

**S**uena el despertador, debo levantarme. Hoy me reincorporo al trabajo y tengo unos nervios tremendos en la boca del estómago por no saber si Mark seguirá actuando de la misma manera que hasta ahora o algo cambiará entre nosotros después de haber intentado...

Ay, por Dios. Ni yo misma sé lo que intenté hacer cuando me despedí de él.

Al salir de la ducha, me cepillo bien los dientes. Tenía pensado desayunar, pero no creo que sea capaz. Abro el armario. Esto ya es otra cosa. ¡Ahora sí! Ahora siento que la ropa de mi armario por fin es mía.

Escojo un vestido entallado en tono *beige* que me llega por encima de la rodilla. Lo acompaño con un cinturón azul cielo y me aliso bien el pelo con el secador.

¡Oh mierda! ¡Una cana! Tiro de ella arrancándola de raíz.

—¡Ay!, maldita... —exclamo al instante en alto.

El universo conspira contra mí. Hace estas cosas a propósito para recordarme que no tengo edad para ir andando detrás de nadie. Mucho menos de mi jefe...

Aunque no me preparo nada para mí, a los chicos les dejo listo su desayuno para que no tarden en salir hacia el instituto.

Me doy la vuelta al escuchar que silban a mi espalda.

—Mami, estás rompedora —me alaga Kevin—, ¿seguro que vas a la oficina?

—Venga, deja de silbar y ponte a desayunar. ¿Tu hermano aún no se ha levantado? —Mueve los hombros hacia arriba como diciendo «y yo qué sé».

Llamo a la puerta del dormitorio de mi hijo mayor.

—Josh, levanta, llegarás tarde... —Espero unos instantes para ver si reacciona—. ¡Josh!

—Déjame en paz, no voy a ir.

¡¿Cómo que no va?! Abro la puerta sin previo aviso y lo encuentro hecho un ovillo en su cama, tapado con las sábanas hasta el cuello.

—¿Qué te ocurre, estás enfermo?

—He dicho que me dejes, quiero estar solo.

Me siento a su lado y guardo silencio. Le acaricio la espalda para darle a entender que puede confiar en mí. Soy su madre y lo quiero con toda mi

alma.

—Si no quieres hablar, no lo hagas. Ahora que eres mayor te trataré como tal. Sí, he de ser sincera, yo también he tenido días en los que no me quería levantar de cama y que deseaba que todo a mi alrededor desapareciera.

—¿Y cómo conseguías levantarte? —Ladea la cabeza para poder mirarme a los ojos.

—Lo hacía por vosotros —me sincero—, sin daros cuenta erais y seguís siendo mi motor.

—No nos portábamos bien contigo, mamá. Mark tenía razón. —Baja la vista con arrepentimiento.

—Sois mis hijos y me tendréis a vuestro lado siempre que me necesitéis.

Me muevo un poco para dejarle espacio y que se incorpore. Apoya la espalda en el cabecero y se retuerce las manos con nerviosismo. No quiero forzarle a nada y hago el amago de que me voy a levantar para darle el espacio que necesita.

Acto seguido me sujeta de la muñeca y se pasa la lengua entre los labios antes de comenzar a hablar:

—Mmm, hay una chica. Tonteamos un poco... Me gusta. —¿Estará mal visto si me lo como a besos en este instante? Se ha puesto rojo. No. No debo interrumpirlo, dejaré que hable—. Yo quería pedirle... que... que fuera mi novia. Pero me enteré de que un chico de último año también se lo va a pedir y no quiero ser rechazado.

Respira, respira. Está ocurriendo, me pide ayuda. Ahora medita antes de soltar lo primero que te viene a la cabeza, Xia.

—Si esa chica conoce al verdadero Josh, sabrá valorarte. Si no te escoge tienes dos opciones: deprimirte y quedarte en tu cuarto, o ser fuerte y luchar por lo que quieres.

Después de la charla con mi hijo y de convencerlo de ir a clase, soy yo la que necesita ánimos para enfrentar mi día.

Oficialmente odio el transporte público. Después de tres pisotones, un par de empujones y el pervertido que me tocó el culo, llego casi ilesa a Aerospace Duncan.

Entro en el ascensor y pulso el último piso. Una mano impide que las puertas se cierren.

—¡Hola! ¡Vaya cambio, estás impresionante! —El ascensor comienza a moverse.

—Hola, Miguel. Siento lo de la otra noche... Marcharme corriendo y esas cosas —intento disculparme. Sin embargo, antes tengo que aclarar algo entre ambos—. Sobre lo del beso... ummm, es que ya me gusta alguien. No me malinterpretes, eres fantástico y me caes muy bien. —Lo último lo digo de carrerilla, casi sin aliento y... Seamos sinceros, esto se me da de pena.

—Es un hombre afortunado si te has fijado en él. Tranquila. ¿Amigos?

—Sí, amigos. —Inconscientemente relajó los hombros.

Me da un abrazo que correspondo. Se aleja y me sonrío con ternura. Se inclina dándome un beso en la comisura de los labios, mientras una de sus manos rodea mi mejilla. En ese instante, las puertas del ascensor se abren.

Me separo de él y me encuentro con la mirada de Mark.

—Miguel —menciona su nombre con seriedad—, necesito los informes de la reunión de las cuatro. Señora Martín, en mi despacho en media hora.

¡Mierda! He bajado de amiga a empleada en un día.

Los minutos no dan pasado, vuelvo a mirar el reloj por si se ha parado. Doy vueltas sobre el mismo lugar una y otra vez. Estoy segura de que la alfombra ya tiene la marca de mis tacones.

A tres minutos de que pase la media hora toco a la puerta del despacho de Mark. Su voz grave me dice que entre.

—Cierra la puerta —le obedezco.

Siento su mirada clavada en mi espalda como una daga. Al girarme para mirarle me pilla desprevenida, está de pie justo enfrente de mí. Doy un paso atrás y mi espalda choca contra la puerta impidiendo que me aleje.

Se aproxima, levanta una mano y acaricia mi mejilla.

—¿Tienes una relación con Miguel? —indaga con curiosidad.

—Estábamos despidiéndonos, tan solo somos amigos.

—Amigos... ¿Por qué será que empiezo a aborrecer lo que esa palabra significa?

Iba a contestarle algo, no sé el qué. No ha hecho falta. Sus labios están sellando los míos con un beso posesivo, lleno de furia y fuerza. Su lengua juega pidiendo paso. Se lo concedo. Me aprieta más contra él mientras posa una de sus manos en mi nuca y la otra en mi nalga.



Nos separamos el uno del otro con la respiración acelerada. Nuestras miradas se cruzan a medio camino. Como diga que se arrepiente, juro que lo dejo sin descendencia.

—¿Qué es lo que tienes que no soy capaz de alejarme de ti? —dice, y me besa de nuevo.

En esta ocasión, no obstante, yo también participo. Mis manos recorren sus brazos y pectorales. Necesito... No, eso es poco, más bien ansío tocar su piel.

—Tan distinta...—menciona en un suspiro casi sin poder escucharlo.

Baja sus manos a mis muslos y me levanta el vestido hasta la cintura.

—Señor Duncan, su reunión de las diez.

El maldito del interfono logra que volvamos a la realidad. ¡Estoy en el despacho de Mark!

Me arreglo la ropa lo más rápido que puedo. Me paso la palma de las manos por la tela del vestido, estirándolo e intentando que no se noten las marcas. Miro a Mark y está perfecto, como si no hubiese sucedido nada.

—En cinco minutos en la sala de conferencias—. Informa sujetando el teléfono sin dejar de mirarme fijamente.

—Creo que... Yo... debo volver a mi despacho.

Necesito recomponerme. Esto es... Estoy tan alborotada como mi ropa.

—Xia, necesitamos hablar. Estaré ocupado parte de la tarde. ¿Te parece bien si cenamos juntos a la noche? Te recogeré en tu casa.

Asiento y salgo de su despacho para entrar corriendo en el mío.

¡Joder, joder, joder! Me tiemblan las piernas y mis pulsaciones están por las nubes. ¿De qué querrá hablar? ¿Y si se me declara?

Me doy una palmada en la frente al darme cuenta de la estupidez que pienso. Ni que tuviéramos quince años.

Aunque puede que quiera decirme que se dejó llevar y no quiere nada serio...

¡Mierda! ¡Qué mal llevo la espera!

## **MARK**

—Xia, necesitamos hablar. Estaré ocupado parte de la tarde. ¿Te parece bien si cenamos juntos a la noche? Te recogeré en tu casa.

Asiente y sale corriendo del despacho.

Vacío el aire que retengo en mis pulmones y me dejo caer en el suelo apoyando la espalda en el escritorio. Busco la billetera que llevo en el bolsillo interior de la chaqueta y la saco.

Miro una vez más su imagen.

—Lo siento, Kate, pero debo seguir a mi corazón.

Le contaré lo que siento y seré honesto sobre mi pasado.

Sí, eso haré.

Después de tener un día interminable entre contratos y visitas de nuevos clientes realizo una reserva en el restaurante y me marcho.

El portal del edificio de Xia está abierto y eso no me gusta. Subo por las escaleras, dado que tan solo es una planta y llamo a la puerta.

## XIA

Mis nervios son enormes. No dejo de pensar en Mark todo el rato y me es imposible concentrarme en lo que debo. He metido la pata varias veces a lo largo del día, la fotocopidora me odia.

Una vez en casa, decido relajarme dándome un baño antes de vestirme. Eso siempre me ayuda.

No sé dónde iremos a cenar, pero termino escogiendo un vestido corto con vuelo. Es muy elegante, tiene unas lentejuelas a la altura del pecho y se ajusta a mi cintura.

¡Cómo no llegue pronto me voy a quedar sin uñas!

Llaman a la puerta de la entrada. Voy corriendo a abrir y en el momento en que lo hago me doy cuenta de la estupidez que acabo de cometer.

—¿No preguntas quién es? —Me recrimina Mark con toda la razón del mundo.

—Lo hice sin pensar.

¡Dios, está como un tren! ¿Será demasiado evidente que se me cae la baba?

Se inclina para depositar un dulce beso en mi mejilla y me sujeta de la mano.

—Vamos, tenemos una reserva en un restaurante.

Agarro el bolso y sigo a Mark hasta donde ha dejado aparcado el coche. Me abre la puerta del copiloto y desliza la palma de la mano por mi antebrazo acercándose un poco más.

—¿Te he dicho lo hermosa que estás hoy? —me susurra al oído.

—No... No... lo has hecho. Gracias por el cumplido.

¡Palabras, venid a mí, os necesito!

—Lo estás —afirma. Y me besa.

¡Oh, madre mía! ¡Y cómo lo hace! Mis piernas flojean, mientras nuestros labios se unen.

—Será mejor que nos marchemos o no llegaremos.

Eh, que yo no me quejaba.

A regañadientes entro en el coche mientras nos dirigimos al local para cenar. Según me cuenta durante el trayecto, es un sitio nuevo que tiene muy buena fama. Tiene un cocinero con una estrella Michelin y me asombra saber la zona donde está ubicado, dada la reputación del barrio.

Una vez sentados en nuestra mesa, me sujeta la mano.

—Debo parecer un tonto. —Me extraña que diga eso. Yo solo veo un hombre decidido y apuesto—. Me gustas, Xia. No dejo de pensar en ti.

Debo estar soñando. A ver... Me pellizco con la otra mano el muslo. ¡Auch, no lo estoy!

—Sé que no has tenido un matrimonio fácil y que quizá para ti sea muy pronto para estar con alguien —dice con decisión—. Pero no soy capaz de alejarme de ti. Te ayudaré a cumplir tus metas, la carrera, el trabajo, todo lo que necesites. Te apoyaré. Me gustaría tanto que volviérais a casa. ¿Qué me dices?

—Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti, Mark. Sin embargo, no estoy del todo segura de que volver sea lo más acertado ahora que he comenzado a construir mi vida. Lo pensaré.

—Con eso me conformo, por ahora.

Me regala una de esas sonrisas de revista que tanto me gustan.

Durante la cena, me doy cuenta de que me ha dicho que le gusto y que no deja de pensar en mí. Sin embargo, no ha hablado de amor. Quizá sea demasiado pronto para ese tipo de sentimientos.

Salimos del restaurante cogidos de la mano. Mientras caminamos dirección al aparcamiento un chico de estatura media muy delgado y que lleva una gorra se cruza en nuestro camino. Mark me coloca detrás de él ¿Por qué?

—Dadme todo lo que llevéis encima.

Oh no, maldita ley de Murphy. ¡Ahora no, joder!

—Márchate, chaval —me sujeto a los hombros de Mark con fuerza.

—¿O qué, eh?

Después de esa pregunta todo se vuelve un caos. Mark recibe un puñetazo en la cara, pero no le hace nada, ya que el mocoso no tiene muchos músculos. Aunque claro, la testosterona tira y Mark se aleja para devolvérselo.

Con el primer golpe deja al chaval tendido en el suelo. Se gira con intención de irnos y es cuando veo al chico sacar una navaja del bolsillo de su chándal. A Mark, que está de espaldas, no le da tiempo a reaccionar pese al grito que doy para alertarle:

—¡Mark, cuidado!

Al volver a girarse, intenta esquivar el filo.

Lo único que veo es sangre. Sangre por todas partes; su chaqueta, la camisa, y mis manos...

El chaval se marcha corriendo. No sin antes coger del suelo mi bolso que dejé caer al ver a Mark herido.

Me arrodillo a su lado y grito por auxilio. El aparcamiento está algo lejos del restaurante y nadie me escucha. ¡Mierda, mierda! Necesito llamar a una ambulancia.

Tapono la herida como puedo, le ha dado en un lateral del abdomen. Meto las manos en los bolsillos de Mark. No dejo de temblar. Llamo a emergencias y me dicen que la ambulancia viene en camino.

—¡Mark! —grito alarmada al ver que cierra los ojos—. No te duermas. ¿Me escuchas? ¡No te duermas!

¡Joder! ¡¿Dónde está la ambulancia?!

Llamo a un taxi. Seguro que llega antes y necesitamos llegar al hospital.

Sirenas... Escucho sirenas a lo lejos.

—Mark, ya llegan. Aguanta, cariño, ya están aquí.

Mis lágrimas no me dejan ver con claridad y las luces de la ambulancia no ayudan. Un paramédico se acerca y lo examina sin apenas moverlo del sitio. Le rompe la ropa y comprueba la gravedad de la herida.

Al poco rato lo suben a una camilla. Voy detrás de ellos con la cabeza agachada mientras me seco las mejillas. En el suelo veo su cartera, debió caer en algún momento de la pelea. Me agacho para recogerla y algo cae de ella.

Es una foto de... Es una mujer que se parece mucho a mí. Debe tener unos veinte años. ¿Qué significa esto?

—Señora, puede estar tranquila. Lo hemos estabilizado. Pregunte por usted.

Me acerco a la camilla y el rostro de Mark cambia en cuanto se percata de que llevo su cartera en la mano.

—Xia, no es lo que crees.

—¿Quién es, Mark? —pregunto con voz débil.

Por Dios, que diga que es su hermana, tía o sobrina...

—Iba a contártelo. Ella es Kate.

—¿Me has utilizado de sustituta? —pregunto, sin dar crédito a lo que ocurre.

—No, yo no... Yo te...

—Señora, tenemos que irnos. Sigue perdiendo sangre y deben ponerle puntos lo antes posible. ¿Viene con nosotros?

—¿Está en peligro?

—La herida no parece muy profunda, pero no nos corresponde a nosotros asegurar eso —habla de manera apresurada, mientras le sujetan el cuerpo con unas correas.

—¡Responda! ¿Está o no en peligro?

—No lo está, pero debemos irnos para que lo observen más de cerca.

—Entonces, no voy —determino con dolor—. Denle esto, es suyo.

—La policía la llevará a dónde necesite ir.

Cierran las puertas de la ambulancia, y yo me derrumbo. Me dejo caer al suelo y no paro de llorar.

Kate... esa es la chica de la que le habló a Josh y Kevin. ¿Es ella a la que ve cuando me mira?

No es que seamos gemelas, pero se parece muchísimo a mí. Ahora comprendo el motivo por el cual un desconocido se paró a consolarme en mitad de la calle. Le recordaba a ella. Siempre ha sido ella.

Me duele el alma, me he enamorado perdidamente de Mark Duncan, y duele.

—Señora, disculpe. Pero necesitamos que haga una declaración.

Alzo la vista y asiento con la cabeza. Describo lo mejor posible todo lo sucedido, mientras no dejo de llorar.

¿Estará bien Mark?

Me llevan a mi casa. Al entrar me doy cuenta de que los niños no están. Encuentro una nota en la mesa del salón:

“Mamá, no te vayas a enfadar. Como cenas con Mark, hablamos con Celia y Carlos y hemos ido a dormir a su casa. Para que podáis hablar. Besos, Josh.”

¡Dios!, hasta mis hijos están emocionados con la idea.

Me lavo los restos de la sangre de Mark que tengo en las manos.

Lo primero que hago es llamar al hospital donde creo que lo han llevado para asegurarme de que está bien y su situación no ha empeorado. Tras tener un par de palabras altas con la teleoperadora, y solo porque le aseguré que estuve presente en el asalto, me deja caer que no es grave y que le darán el alta en un par de días a lo sumo. Me cuelga sin darme ningún detalle más de su estado.

Me tumbo en el sofá, llevándome las manos a la cabeza, y no dejo de llorar por lo que parecen ser horas. No es justo que me haya marchado de esa manera sin dejar que Mark me diese una explicación, y lo sé.

Me ha dolido tanto pensar que era una obra de caridad par él que la rabia me cegó. Continúo secándome con las palmas de las manos las lágrimas que no dejan de caer por mi rostro, hasta que logro quedarme dormida.

Unos golpes en la puerta de la casa me despiertan. Desorientada me acerco a la entrada y abro. Mi sorpresa es total al ver de quien se trata.



***Cabrón***



**XIA**  
**H**e abierto la puerta. ¿Por qué carajo no tiene una mirilla? Intento con todas mis fuerzas empujar para cerrarla de nuevo, pero no soy lo suficientemente fuerte ni rápida.

Mis pies toman el control y me dirijo a la cocina. El miedo me invade y solo pienso en una cosa. Un cuchillo, necesito uno para defenderme o puede que no salga de ésta.

No me da tiempo a llegar. Me agarra por la cintura con fuerza y me levanta sin problema alguno por el aire. Me defiendo como puedo: patadas, uñas, dientes, y puñetazos. Alguno incluso le alcanza. Sin embargo, me lanza contra el sofá. Al dirigirle una mirada de odio recibo una bofetada que retumba por todo el salón.

—¡Déjame vivir, maldito! —le digo con rabia.

—Tu vida es mía.

Su amenaza cala hondo en todo mi cuerpo, que tiembla al ser consciente de lo que esa frase implica.

Me vuelve a cruzar la cara dejándome desorientada y, acto seguido, me rasga el vestido de arriba abajo, dejándolo completamente abierto. Estoy expuesta e indefensa de nuevo a su crueldad.

Siento como sus manos recorren toda mi piel. Quiero alejarme de él, pero me tira del pelo y echa hacia atrás mi cabeza. Su aliento apesta a alcohol. Intenta besarme, y le muerdo con rabia el labio. Vuelve a pegarme de nuevo. No obstante, en esta ocasión es un puñetazo en el estómago el que me deja sin aliento.

Me rompe el sujetador, mientras lloro y grito que pare. No sirve de nada. Está loco. ¿Dónde están los vecinos? ¿Acaso no escuchan lo que sucede?

Con todas mis fuerzas sigo luchando para liberarme. Le arañó el cuello causándole algo de daño porque se incorpora un poco. Aprovecho para intentar escapar.

—¿A dónde crees que vas, zorra?

Soy lanzada contra el sofá una vez más. Mi cabeza rebota y tardo unos segundos en enfocar la vista. Aún sigo viva, no pienso rendirme. Me inclino para levantarme, pero no tarda en impedírmelo. Me agarra de las muñecas con las manos mientras usa sus rodillas para que abra las piernas.

—¡Suéltame, maldito sádico!

David saca su lengua asquerosa y la restriega por mi cuello subiéndola

hasta mi mejilla.

—¿Por qué te fuiste, Xia? Nos lo pasamos muy bien la última vez.

Me quiero morir. Como me vuelva a tocar, no podré soportarlo.

El peso que ejerce sobre mí es insoportable. No soy capaz de moverme y me falta aire.

Se asegura de juntarme las muñecas para agarrarlas con una sola mano y así poder usar la otra que le queda libre. De esa manera observo como saca una cuerda fina del bolsillo del pantalón. Ata mis manos, aprieta con tanta fuerza que pego un grito y él me muestra una sonrisa de satisfacción que me hiela por completo. Casi no noto los dedos, y David parece más relajado ahora que estoy a su merced.

Es ahora o nunca.

Levanto ambas manos y le doy con todas mis fuerzas en la nariz logrando que pierda el equilibrio y caiga al suelo. Me levanto del sofá para correr hacia la salida. Tengo que huir lo antes posible y salir de este infierno.

Demasiado sencillo. Me sujeta un tobillo y termino dándome un golpe en la cabeza contra la mesita del salón. Me toco la sien, miro mis manos y compruebo que tengo una herida.

Me arrastro pegando patadas y rogando para que me suelte. No desiste en su empeño a alcanzarme.

—¡Putas! ¿Ya no quieres a tu marido? Ahora prefieres estar con ese ricachón. ¿Es eso verdad?! Solo te interesa el dinero —me sermonea, tirando de mis piernas—. Te dejará por una rubia, una niña de papá más joven y guapa. Una mujer que no traiga equipaje —comenta haciendo alusión a los niños.

Repta por mi cuerpo, consigue que deje de avanzar. Me da la vuelta y quedamos cara a cara aún tumbados sobre la superficie fría de las baldosas.

—Mark es mucho más hombre de lo que tú podrás ser en tu vida —escupo en su cara.

¡Mierda! Agrando los ojos, de ésta no salgo viva.

Se limpia el escupitajo y me rodea la cabeza con ambas manos colocando una a cada lado. Se levanta con tanta calma que me da tiempo a prepararme para el impacto que está por llegar.

## **MARK**

En el hospital me cosen la herida y me la vendan. Me informan de que tengo que quedarme en observación tres días. Están locos si piensan que me quedaré un segundo más aquí. Tengo que ir a por ella. Debo explicarle sobre Kate.

Entre convencer al equipo médico, firmar el alta voluntaria y el tráfico que el taxi se encontró en el camino tardo más de lo que me gustaría en llegar al edificio de Xia. Me percató de que el portal se encuentra abierto de nuevo y no me gusta un pelo eso.

Decido subir por las escaleras posando la palma de la mano en el costado, ya que la sutura que llevo tira a cada paso que doy. Antes de llegar a su puerta, escucho ruidos fuertes y gritos.

¡Mierda! Busco rápido el móvil, dando gracias de que me lo devolvieran en el hospital, y llamo a la policía.

Aporreo la puerta con ambos puños, no puedo dejar que le pase nada. Estoy seguro de que es su marido, David, quien está dentro con ella.

## XIA

—¡Xia! ¡Xia!

¡Oh, Dios mío! Es Mark. Abro la boca para lanzar un grito de auxilio. David me la tapa, con una mano y con la otra tira del poco cabello que me debe quedar. Le muerdo con fuerza y la aparta.

—¡Socorro! ¡Ayúdame, Mark!

Creo que está intentando derribar la puerta para entrar, por los golpes continuos que se escuchan.

—¿Crees que ese príncipe tuyo va a salvarte? Te dije que o eras mía o de nadie. —Lanza su amenaza mirándome a los ojos, mostrándome que para él tan solo soy un objeto al que poseer.

Tirándome del pelo, me lleva hasta la cocina. Mientras, sigo luchando como puedo contra él. Aunque me doy cuenta de las pocas fuerzas que me quedan.

—¡Mark! —exclamo, alarmada, una vez más.

David empieza a abrir cajones y puertas hasta que encuentra un cuchillo que sujeta con firmeza. Dejo de escuchar el intento de entrar en mi ayuda.

«No por favor, no te rindas, no dejes que me mate», ruego en silencio.

—¡Suéltala, hijo de puta!

David me da la vuelta poniéndome de escudo contra un Mark sudoroso y desgreñado que lleva la camisa rota y un vendaje ensangrentado en la zona abdominal. Debió salir del hospital y venir corriendo directo a mi casa.

—No dejaré que la tenga nadie. Es mía.

El filo del cuchillo toca mi garganta y presiona contra mi piel.

—¡Ah! —grito al notar como lo desliza. La sangre caliente corre por mi pecho.

—¡No! —expresa con miedo en la voz Mark—. ¡No sigas! Me iré, no la volveré a ver. ¿Es eso lo que quieres, verdad? Tú no quieres matarla, no eres un asesino. Será toda tuya, pero no continúes.

¡Está loco! ¿Pero qué dice? Prefiero morir ahora a que me haga a saber qué el resto de mis días.

Miro a los ojos a Mark. En mi interior sé que no dejaría que me hiciera daño. Debe tener un plan, debe ser eso.

Inhalo todo el aire que puedo, insuflándome la fuerza y el valor que preciso.

—David —menciono su nombre con un pequeño temblor en la voz—,

volveré a casa. No me marcharé de tu lado nunca más... —Su agarre cede un poco.

Paso la lengua entre los labios y sigo con mi interpretación.

—Cariño, deja que se marche. —Giro para quedarme mirando a David de frente. Mientras, él sigue sujetándome la cabeza por el cabello sin soltarme, pero, por lo menos, ya no tengo el cuchillo casi en la garganta.

Trago saliva, tengo que hacerlo. Poso la mano en su pecho y se lo acaricio. Sus manos ya no me agarran con fuerza.

—Solos tú y yo... —murmuro, acercándome a sus labios y los rozo sin que llegue a ser un beso como tal.

«¡Dios, creo que voy a vomitar!»

—¡Xia, al suelo! —Escucho la orden que me lanza Mark y reacciono de inmediato. Me dejo caer a los pies de David, tapándome la cabeza con las manos.

No me atrevo a levantar la vista, ni a moverme.

—¡Suelta el arma! —dice un hombre al que no reconozco la voz.

—¡Ella me pertenece! ¡Es mía!

El sonido ensordecedor de dos disparos me deja los tímpanos destrozados. Abro los ojos, que no sé cuándo los llegue a cerrar.

No hablo, no me muevo, solo veo sangre...

## **MARK**

El miedo me oprime. La adrenalina me inunda e ignoro el dolor que provocan mis puntos al abrirse.

Choco una y otra vez contra la puerta con el hombro mientras escucho la voz de ese cabrón y los gritos de auxilio de Xia.

La puerta termina cediendo y entro buscando, desesperado, hasta que los veo en la cocina. Me paro en seco nada más darme cuenta de lo que sucede.

—¡Suéltala, hijo de puta!

David se da la vuelta poniendo a Xia delante de él. Será cobarde el hijo de puta. Xia está prácticamente desnuda, lleva los pechos al aire, su vestido es ahora un simple trapo que cuelga a cada lado.

—No dejaré que la tenga nadie. Es mía —me dice, y me doy cuenta de que no es una simple amenaza. Su mirada colérica y llena de rabia me asegura de que es capaz de todo.

Coloca el cuchillo en la garganta de Xia y presiona, provocando una herida. Ella grita de dolor.

¡Mierda, joder! ¿Dónde cojones está la policía? Tengo que ganar tiempo o es capaz de matarla.

—¡No! —exclamo con pavor—. ¡No sigas! Me iré, no la volveré a ver. ¿Es eso lo que quieres, verdad? Tú no quieres matarla, no eres un asesino. Será toda tuya, pero no continúes.

Xia no deja de llorar y me implora ayuda con la mirada. Espero que se dé cuenta de que solo intento ganar tiempo. Jamás la dejaría.

—David, volveré a casa contigo. No me marcharé de tu lado nunca más... —comienza a hablarle ella.

¡Así es, Xia, muy bien!

Consigue que David baje la guardia, pero en cuanto veo que lo besa, siento una opresión en el pecho que me impide seguir mirándolos.

Un par de policías aparecen por detrás y me indican sin hacer el mínimo ruido que me aparte. Me fijo que llevan sus armas desenfundadas y lo único que pasa por mi mente es la peor de las situaciones.

—¡Xia, al suelo! —la alerto, y no duda en obedecer.

—¡Suelte el arma! —grita un oficial, apuntándole.

—¡Ella me pertenece! ¡Es mía! —dice David, mientras levanta el cuchillo con la intención de apuñalar a su mujer.

El oficial no lo duda y dispara. Sin perder un solo instante, voy directo

hacia ella. Me da igual todo, solo quiero comprobar que está bien.

## **XIA**

Mis ojos se llenan de lágrimas y caen por mi rostro sin que pueda remediarlo. Ni siquiera puedo moverme. Mark se acerca a mí y me las limpia.

—¡Shhh!, todo pasó, yo te cuidaré.

Quiero gritarle que me deje que no pienso ir a su casa. Que me ha roto el corazón. Porque yo sí lo amo, y él, en cambio, no. Pero me decanto por abrazarle y acurrucarme en su pecho prefiriendo dejar que el silencio se instale entre nosotros.

«Dios, ¿qué voy a hacer?»





***Lo que ven mis ojos***

**MARK**

**X**ia no reacciona, no contesta a nadie. La arrimo contra mi cuerpo, e intento alzarla en brazos haciendo caso omiso a los agentes que me indican que tienen que interrogarla. ¿¿Es que están ciegos y no se dan cuenta de que no responde a nada?!

Sin embargo, y pese a la desesperación que siento, no lo consigo. Se me han abierto los puntos, y tengo la camisa llena de sangre, pero es lo que menos me importa en este momento.

Cubro su cuerpo con mi chaqueta, y me obligan a esperar a que llegue la ambulancia. Mi primer instinto es subirla al coche y llevarla ahora mismo al centro médico más cercano, sin más esperas ni demoras. No obstante, cuando les indico a los agentes lo que tengo pensado hacer, el sonido inconfundible de la sirena consigue que desista.

Mientras los paramédicos la suben a la camilla, entro con rapidez en el apartamento y abro el armario de su dormitorio para llevarle algo de ropa y que pueda cambiarse y tirar a la basura o quemar los trozos de tela que David dejó del vestido.

Cuando llego al hospital, una auxiliar me atiende e insiste que deben curarme de nuevo. No dejo de preguntar por ella en ningún momento, pero accedo para que deje de ser tan obstinada.

Después de estar casi una hora en la sala de espera, decido entrar prácticamente por la fuerza para que me den explicaciones. «No es un familiar», me dicen. La gota que colma el vaso es cuando me preguntan en la recepción si soy su esposo.

«¡Él ha sido quien le ha hecho eso!»

Veo al doctor justo en la entrada de su habitación. Intento que entre en razón y que me diga cómo se encuentra.

—¿Cuándo mejorará, doctor? —le pregunto.

—En estos casos nunca se sabe. Pueden ser horas o días...

—¿Nos está escuchando al menos? —llevo la mirada al interior de la habitación, y el corazón se me encoge.

—No lo sabemos con exactitud, existen estudios que afirman que...

Dejo de prestar atención al médico por un instante. Rodeo la camilla, y observo su rostro, una lágrima cae por su mejilla, y Xia ni pestaña. Se la retiro con cuidado usando el dorso de la mano, y le susurro al oído:

—¡Shhh!, todo pasó, yo te cuidaré.



## XIA

Me trasladan al hospital más cercano. Después de varias pruebas determinan que he tenido suerte de que llegarán a tiempo. Escucho atentamente como el doctor comenta que demasiados casos de mujeres les llegan a diario y que algunas no lo logran. Que soy una afortunada.

Creen que estoy en estado de *shock*, que por eso no reacciono. Quiero gritarles con todas mis fuerzas que estoy bien y que dejen de hablar de mí como si no estuviera presente, pero las palabras no salen de mi boca.

—¿Puedo llevármela a casa? —pregunta Mark.

—Sí, sus lesiones físicas no son tan graves. Las psicológicas en cambio... Necesitará de un especialista que la controle y ayude.

¡¿A su casa?! ¡No! ¡No quiero! Me utilizó, no me ama. Solo soy la sustituta de esa mujer, Kate.

«¿Hola? Estoy aquí». Nada de nada.

Aún sigo sin poder moverme o emitir sonido alguno. Soy consciente de todo lo que ocurre a mi alrededor, pero van pasando las horas y nada.

Me enteré de que David está grave, pero no ha muerto. No sé cómo encajar esa noticia. Una pequeña parte de mí, quizás una malvada, se disgusta de que no se haya marchado al mismísimo infierno.

La otra, en cambio, la que le llegó a conocer siendo aún un joven alocado e inconsciente adolescente, siente lástima de en lo que se terminó convirtiendo.

El matasanos que me atendió en el hospital —porque no hay otra forma de llamarlo— me dejó bajo el cuidado de Mark. El muy tonto dijo que debo de estar repitiendo una y otra vez en mi mente todo lo sucedido. Menuda gilipollez, eso solo sucede cada vez que llega la noche y me quedo sola.

Mark me cargó en brazos hasta el coche después de que le explicaran cómo tiene que atenderme, y cito textualmente: «cuidarla, asearla y alimentarla». Pensé que me moría de la vergüenza.

Al llegar a la casa me recibió un mar de lágrimas. Kevin, pobrecito mi niño, no paró de acariciar mi cara y llamarme «mami» con esa voz tan aguda que se le pone cuando llora. Josh también se rompió. Pero su actitud fue muy distinta. En cuanto me vio, los ojos se le volvieron vidriosos y se marchó a su cuarto gritando: «¡Nunca deberíamos habernos ido!»

Y aquí me encuentro delante de Celia, Julio, Sarita y Natalia, todos con cara de haber visto un perro atropellado.

—¡Dejad de mirarla así! —exclama Mark al instante—. Es fuerte, saldrá de esta. Lo sé.

Puede que intente engañar a sus empleados usando ese tono autoritario y severo. A mí no me engaña. Debe creer que no soy nada, que soy débil.

Julio se acerca a la silla donde me sentó Mark al llegar, la que está cerca de la mesa del comedor en el salón, se agacha para estar a mi altura y me dice en tono de confianza:

—Si sale de esta, le dejaré entrar en la cocina siempre que quiera.

¡Vaya! Esta me la guardo para cuando no sea una estatua viviente.

—Basta por hoy. Xia necesita descanso. La llevaré a su cuarto —les informa Mark—. Celia, prepara su baño por favor.

¿Qué? ¡Oh, no!, eso no. Tengo que reaccionar... Miro fijamente mi mano derecha, ya que se encuentra en mi rango de visión. ¡Muévete! Venga, solo un poco. Un dedo primero, no debe ser tan difícil. Sí, ese, el corazón para que se dé cuenta de que ni loca dejo que me vea desnuda... otra vez.

Mierda, qué bochorno. Acabo de darme cuenta de que cuando Mark entró en mi rescate me vio en ropa interior: bragas blancas, el vestido roto y con el sujetador destrozado.

—Está algo roja, ¿tendrá fiebre? —Será cazarro. ¡Lo que estoy es muerta de la vergüenza!

Celia se aproxima y posa su mano en mi frente.

—No parece que la tenga, creo que solo está acalorada.

¡Tierra trágame!

Mark me vuelve a levantar de la silla como si no pesará nada. Coloca una mano por debajo de mis rodillas, me mueve el brazo para que rodee su cuello y su otra mano me sujeta la cintura. Mi rostro está posado en su hombro, para ser más exacta en el hueco de su cuello.

Adoro su olor. Vale, soy rara, me estoy aprovechando de la situación.

Llegamos al dormitorio más rápido de lo que me gustaría, y me deja tumbada sobre la cama. Celia se va directa al baño y al rato oigo como suena agua de fondo.

—Celia, no muy caliente. No quiero que se quemé.

—Sí, señor Duncan.

«¡Sí, señor! ¡Sí, señor!». ¿A este no le han dicho que no en su vida o qué?

Mark me mira a los ojos, su mirada no tarda en reflejar culpabilidad. «Mierda. Ahora no, por favor». Se lleva la mano a la nuca. Ese gesto solo se

lo he visto hacer en momentos de estrés. Se sienta en la cama a mi lado.

—Espero realmente que no recuerdes mucho. Yo... yo lo lamento tanto todo.

«¿Qué lamentas? ¡¿Dime?!».

—Ya está el agua, señor.

¡No, Celia! ¡Ahora no!

—De acuerdo. Eh... desnúdala. Cuando termines ponle una toalla encima y llámame. Estaré en el pasillo.

¿Mark nervioso e incómodo? Ver para creer... Pero lo agradezco.

Celia es cuidadosa al desvestirme. En cuanto acaba, me tapa tal y como le ha dicho Mark y le avisa que estoy lista. Él entra de nuevo, me vuelve a cargar en brazos hasta el baño y me mete con la toalla y todo en el agua.

«Mmm, qué gustito». Mi cabeza está en una posición algo incómoda, pero qué le voy hacer. ¡No puedo moverme!

—Espera. —Aún no se ha marchado.

Se pone de rodillas frente a la bañera, me sujeta la cabeza y me la mueve con cuidado hasta situarla en el borde. Mejor, mucho mejor.

La toalla en ese momento decide deslizarse hacia abajo dejando mis pechos al descubierto. Mark se queda petrificado.

«¡Eh, que ese papel es mío! Muévetelo». Como si me hubiese leído la mente, extiende la mano y... «¡Oh, madre! ¡Ay, madre mía!». Me vuelve a tapar y me besa en la sien.

—Tienes que mejorarte, tenemos una conversación pendiente. —Sí, claro. Mentiras seguro.

—Celia, avísame cuando acabes.

—Por supuesto señor, debería aprovechar para cambiarse el vendaje —le señala con el dedo índice la camisa a la altura del abdomen, donde se aprecian unas gotas de sangre fresca.

«Creí que ya estaba curado del todo...», pienso para mí.

—¡Mierda! —murmura molesto—. Cuídala.

Ella asiente y espera a que salga para retirar la tela que cubre mi cuerpo. Me lava como a un bebé, casi con el mismo mimo y cariño con el que yo lo hacía con mis niños.

Cuando me aclara y pienso que ya ha terminado, me mira a los ojos.

—No sé si puedes oírme. El señor lo ha pasado muy mal, no solo por ti, Xia. Hace años hubo una mujer, Kate. Eran jóvenes y todo aquello no acabó

bien... —Su mirada se ausenta como si rememorara un tiempo lejano—. Pensé que lo perderíamos, pero esa historia debe contarla él. Tienes que mejorarte, no creo que sea capaz de soportarlo de nuevo si no lo haces.

¡Joder, joder y joder! Yo, y mi mierda de parálisis emocional, o como se llame. Ella sabe quién es Kate, y tengo tantas preguntas que hacer.

Me tapa de nuevo y llama a Mark. Este me lleva a la cama, sale del dormitorio, y Celia me viste con un camisón tras haberme secado cuidadosamente.

—Ya me ocupo yo de meterla en la cama —comenta Mark desde el umbral de la puerta—. Ve a descansar, Celia.

Me posa sobre la cama, arropándome con las sábanas, para luego dejar un efímero beso en mi sien.

Sin embargo, en vez de irse se tumba a mi lado. ¿Es que piensa dormir conmigo?

Apaga las luces y me abraza.

—Ha sido todo culpa mía... —solloza al cabo de un rato—. Debería haberte hablado de Kate, de ese modo no te hubieras marchado enfadada, ni te habrías enfrentado sola al cabronazo de David.

Me rompe el alma escucharle. Está llorando y no puedo... No soy capaz de... Las lágrimas caen por mis mejillas, una detrás de otra, soy incapaz de retenerlas.

Pese a la penumbra que nos envuelve en la habitación, soy capaz de vislumbrar el momento en el que alza la mano con intención de acariciar mi rostro.

—¡Oh, no, Xia! No llores, por favor. Ya pasó, nadie te hará daño nunca más. Te lo juro por mi vida —me dice con la voz rota.

¿Cómo confiar en sus palabras...? ¿Cómo creer en sus promesas? Pasan los minutos, las horas, no lo sé. Pero hemos dejado de llorar y el sueño me llama.

—Te amo, siempre te amaré —menciona entre somnoliento.

¿A quién irá dirigido ese amor?

## **MARK**

No me alejo de la casa por miedo a que Xia reaccione y no esté junto a ella cuando lo haga. Se me muere poco a poco el corazón al ver que no mejora y que pasan los días y sigue igual.

Intento ser lo más respetuoso que puedo a la hora de atenderla. Celia se encarga de su aseo personal, sé que está en buenas manos con ella.

El doctor asegura que revive constantemente el trauma en su cabeza y eso me destroza. Cada lágrima que derrama es un puñal en mi alma.

Los niños intentan que reaccione hablándoles sobre su día a día en el instituto, la sujetan de la mano y le dan besos en la mejilla. Cuando se cansan de no obtener reacción alguna, se ponen a bromear sobre lo callada que está o comentan que ahora podrán pasar más horas frente a la consola sin que les regañe. Realizan muecas graciosas, sobre todo Kevin, intentando que su madre sonría. Pero nada resulta.

Duermo a su lado en la cama cada noche, solo para asegurarme de que se encuentra bien. Me atormenta el pensamiento de que todo ha sido por mi culpa y que si le hubiera contado antes lo de Kate, ella no se habría marchado enfadada. Ojalá todo fuera una pesadilla y mañana me despertara con una sonrisa en el rostro.





# ***El despertar***

XIA

Llevaré casi dos semanas jugando al escondite inglés y fíjate por donde creo que voy ganando. Me he quedado sin palabrotas en el diccionario para describir lo harta que estoy.

La rutina diaria me agobia. Me dan de comer con cuchara sopera purés como si fuera un anciano de noventa años desdentado. El acto reflejo de tragar, aún me funciona bien. El de mis necesidades, bueno, mejor ni pensarlo.

Mark no se ha separado de mí en todo este tiempo. No sé quién se estará haciendo cargo de la empresa en su ausencia. Lo he visto contestar llamadas y acudir un par de horas al despacho que tiene en la planta baja junto a los dormitorios de los chicos para trabajar en el ordenador.

Nadie ha vuelto a mencionar a esa chica misteriosa, Kate. Y me muero de curiosidad por saber más. Lo que si he aprendido en esta semana es que:

1. Sarita y Natalia son unas cotillas de cuidado. Cada vez que pueden están dándole a la sinhueso.

2. Celia y Carlos... Creo que..., creo que tontean entre ellos.

3. Julio, nuestro estupendo chef, hace sopa de sobre. Me río internamente. Como no cumpla su promesa ya tengo con que chantajearlo.

4. A Kevin lo han llamado para que se incorpore al equipo de baloncesto, el entrenador lo vio jugar y no quiso esperar al próximo año. Estoy súper orgullosa de él.

Por último, y esto es lo peor, Josh, mi Josh, ya es todo un hombre. Solo diré que una madre nunca debería enterarse de estas cosas... Que cómo lo sé, porque a los cazurros de mis hijos les da por hablar mientras juegan a la Play.

No pienso preguntar si ha ocurrido de verdad o no. Solo sé que la muy zorr... La chica con la que sale, que por cierto se llama Ana, pasó junto a él una tarde divertida, en la que mi hijo no dijo que era su primera vez porque ella ya tenía experiencia. ¡Joder! ¿Pero qué clase de experiencia sexual puede tener una chica de catorce o quince años?! Si aún va a tener ella más conocimiento que yo con treinta y cuatro, que ni sé lo que es un mísero orgasmo.

Me quedé escuchando lo suficiente como para enterarme de que usaron protección. Después repetí y repetí una y otra vez en mi cabeza *I will survive* de Gloria Gaynor. A poder ser a todo volumen.

Justo como estoy haciendo en este momento en el que, recordando dicha charla, me sube la bilis a la garganta.

—Josh, Kevin, ¿estáis vigilando a vuestra madre?

—Está dónde la dejaste, Mark, no se ha movido.

—Josh, no bromees con la salud de tu madre.

—Lo siento, Mark. —Tengo que reconocer que fue gracioso.

—Apagad la consola. Debéis ponerlos al día con los deberes. No me pongáis esa cara. Estáis tardando —les indica.

En mi cabeza prosigo con la canción, prefiero no parar. Llevo tanto sin escuchar música, que la echo en falta. Siempre me ayudó a ser un poco más optimista en el día a día; bailar, cantar...

—Xia —menciona mi nombre en mitad de un suspiro—. Sigue, sigue haciendo eso por favor.

Mark se acuclilla delante de mí. Nuestras miradas se cruzan un instante para luego dirigir la suya dirección a mis manos.

Muevo los ojos. ¡Estoy moviendo el dedo índice al ritmo de la música!

—No, no pares. Continúa, por lo que más quieras.

Lo vuelvo a intentar cantando en mi mente más fuerte que nunca y el dedo cobra vida moviéndose al ritmo que marco. Se queda observándome durante un rato mientras imita el mismo patrón con el suyo.

—¡Ya sé lo que es!

Me levanta de la silla y me lleva al gimnasio casi corriendo, cargando con el peso muerto de mi cuerpo entre sus brazos. Me posa sobre las colchonetas. No tarda ni un minuto en traer una silla que coloca en el centro de la pista y me sienta en ella. En esta misma habitación bailé no hace tanto arrimada a él.

Lo veo dirigirse al reproductor de música y se gira caminando con paso firme sin perder la intensidad de su mirada.

—Fue la primera canción que te escuché cantar y ahora tiene un sentido especial para mí. Sinceramente, Xia, espero que esto sirva de algo.

*Dreams* de The Cranberries resuena por todo el gimnasio. Mark se pone de rodillas y entrelaza sus manos con las mías. Hace algo que me deja tonta. Se pone a cantarla, en tono muy bajo, eso sí, pero la canta. Y puede que quizás en el momento que más lo necesita mi corazón:

He sentido esto antes

Pero ahora lo estoy sintiendo aún más  
Porque proviene de ti  
Y entonces me doy cuenta  
De que la persona que está cayendo soy yo  
Una diferente forma de ser  
Y ahora te hablo abiertamente  
Tienes mi corazón así que no me hagas daño  
Tú eres lo que no podía encontrar  
Una mente totalmente asombrosa  
Tan comprensible y amable  
Tú lo eres todo para mí  
Oh mi vida  
Está cambiando diariamente  
De muchas maneras  
Y mis sueños  
Nunca son lo que parecen  
Porque tú eres un sueño para mí  
Un sueño para mí

—Te amo, Xia. Vuelve a mí.

Mis ojos están encharcados de lágrimas. Solo deseo besarle, abrazarle. No tengo que esperar mucho, ya que Mark me da ese abrazo que le pido en silencio.

—Te amo... —Mi voz suena pastosa. Llevo más de una semana sin hablar y me molesta.

Mis brazos se mueven por sí solos hasta que rodearon su cuerpo. Débiles, sin fuerza, pero con mucha esperanza.

Corresponde mi gesto con más fuerza y empieza a repartir besos por mi cuello, por la cara y al final en los labios. Besos con sabor a sal, por las lágrimas derramadas. Por primera vez en mucho tiempo, lágrimas de felicidad.

—Gracias, gracias, gracias. —Me sujeta de ambas manos sin dejar de repetirlo una y otra vez—. ¿Estás bien? —Asiento—. ¿Necesitas que llame al médico?

—Estoy bien, me siento muy entumecida y me cuesta moverme... —Y extraña al escuchar mi voz de nuevo en alto—. Pero estoy bien.

De nuevo sus labios se unen a los míos. Un beso que consigue encenderme poco a poco. Sin embargo, un recuerdo llega a mi mente para fastidiarlo todo. Rompo nuestra unión, lo aparto colocando una mano en su tórax. Me mira de manera confusa.

—Necesito que me cuentes de Kate —le pido.

—¿Tiene que ser ahora? ¿No sería mejor que te recuperaras un poco? ¡Tengo que llamar al médico!

—No, ahora. —Me cruzo de brazos, sintiendo como los músculos se quejan de dolor.

Pasan los segundos sin que me diga nada. Cuando creo que ya no me va a dar una contestación, alza la mirada.

—Haré algo mejor que hablarte de ella, te llevaré a verla —me dice con pesar—, pero antes... —Sus ojos adquieren de nuevo ese brillo—. Pero antes, iremos a darle la noticia a los niños, y te verá un médico.

Llevar tanto tiempo sin usar las piernas, ni la voz tiene sus consecuencias. Lo descubrí cuando intenté dar dos pasos por mi misma, y casi me caigo de morros contra el suelo. Por suerte, Mark estaba ahí para sujetarme y ayudarme a caminar.

Como me dijo, llamó al doctor que se presentó a la media hora y me realizó una serie de pruebas físicas. Pese a que insistí que estaba bien, aconsejó que esa noche estuviese en reposo, y que Mark me vigilara de cerca.

Los niños, reaccionaron con felicidad al verme de nuevo responder, y Josh me sorprendió con un gran abrazo.

Paso la palma de la mano por la superficie de la cama, esta noche Mark no ha venido a dormir conmigo, puede que sea porque piensa que no me acuerdo de todas las veces que lo ha hecho hasta la fecha, o que simplemente sea que prefiere que descanse.

Estoy nerviosa por saber qué sucede con Kate, qué es lo que tiene que cotarme sobre esa mujer que tanto ha marcado su pasado. Y no dejo de tener

la sensación de que un capítulo de mi vida se terminó, pero que el próximo tampoco será un camino de rosas.



# Kate

## *Dos días después.*

**E**stamos viajando por una carretera secundaria. No hemos hablado en los cuarenta minutos que llevamos de camino. Y ya no puedo más. «Te llevaré a verla». No puedo dejar de repetir esa frase una y otra vez en mi cabeza. ¿A dónde me llevará a verla?

—Mark. Cuéntamelo, por favor. —Veo como aprieta las manos alrededor del volante y los nudillos se le tornan blancos a causa de la fuerza—. Mark...

—Está bien, pero antes quiero que sepas que nada de lo que escuches cambiará lo que hay entre nosotros. —Asiento con la cabeza, nerviosa, ante lo que pueda descubrir—. Conocí a Kate en la universidad, era una chica increíble... —Me mira de reojo antes de continuar—. Me enamoré, y luego... Ya hemos llegado.

¿Qué? Miro por la ventanilla y veo una edificación rodeada de unos verdes y hermosos jardines. Aparca enfrente de una valla metálica y baja la ventanilla. Marca una serie de números en un panel para que nos abran la verja. Al llegar a la entrada, leo un gran cartel: “Rehabilitación Duncan”.

Nos bajamos y no tarda en aparecer una señora que saluda a Mark y le dice que no esperaban su visita. Nos dirigen por los pasillos del centro. El sitio parece muy lujoso para ser un centro médico.

—No fue algo planificado, venimos a ver a...

—No hace falta que me lo diga. De todas formas, íbamos a llamarle en breve. Tenemos novedades.

—Novedades. —Frunce el ceño—. ¿De qué tipo? Les ordené que ante cualquier cambio debía ser informado inmediatamente.

Oír a Mark levantar la voz es raro. Me asombra el tono que ha utilizado.

—Sí, bueno..., al principio queríamos estar seguros antes de llamarlo. Luego... Será mejor que le lleve y lo compruebe por sí mismo.

—¿Va todo bien? —indago con curiosidad, sin entender lo que sucede.

## **MARK**

El camino en coche es tedioso, Xia está callada. Después de casi dos semanas sin oír su voz este silencio voluntario me pone más nervioso aún. Estamos a punto de llegar y tengo que contarle quién es Kate. Mis pensamientos son interrumpidos por su curiosidad ante ese tema.

Le cuento lo básico, que nos conocimos en la universidad y poco más porque ya estamos en la puerta.

Al llegar saludo a la hermana del director que se encuentra muy nerviosa. No sé por qué motivo será. Me comunica que hay novedades, y alzo la voz casi sin percatarme de ello. Xia se sobresalta, así que respiro hondo e intento tranquilizarme.

Escucho atentamente las explicaciones que tratan de darme, mientras caminamos dirección al patio trasero de la institución. Cuando de repente Xia me pregunta si todo va bien. ¿Cómo soy tan obtuso?, aún no se lo he contado. Será mejor que se lo suelte de una vez y que sea lo que Dios quiera.

—Tengo que decirte una cosa. —Cierro los párpados por un instante y los vuelvo a abrir—. Kate era mi prometida, sufrió un accidente de automóvil y quedó en coma.

La expresión de Xia es de ¿tristeza? No, no quiero que piense que no la amo.

—¿Nos parecemos?

No me esperaba esa pregunta la verdad.

—Al principio, me recordaste a ella, pero solo un poco en el físico. Sois totalmente distintas.

Doy dos pasos y entrelazo nuestras manos, porque no quiero que vea ningún tipo de duda en mí.

—Xia, tú eres única.

Y la beso de forma lenta, apreciando cada segundo como algo realmente único.

—Perdón, señor Duncan. Síganme, por aquí.

Me había olvidado de que teníamos a alguien con nosotros. Seguimos el laberinto de pasillos hasta llegar al jardín trasero. Nuestras manos unidas me dan la esperanza de que todo puede salir bien. Miro el precioso jardín. No, no puede ser...

Mi mano se desliza lentamente de la de Xia. ¿Cómo puede ser? Doy un paso vacilante al frente. Mi vista me tiene que estar engañando. Doy otro



paso.

—¡Oh, Mark! ¡¿Eres tú?!

Kate...

Corre en mi dirección y me abraza con fuerza colgándose de mi cuello. No soy capaz ni de hablar. ¿Cómo es esto posible?

—¡Oh, mi amor!, les dije que no te llamaran hasta que me viera totalmente recuperada.

Justo en el momento en que le voy a decir que no sabía nada, Kate me besa. Es un beso brusco y algo tosco, pero me demuestra lo que ya sabía, que no siento nada por ella.

Recuperándome del *shock* inicial, aparto con mis manos a Kate. Ella me sonrío. Yo vacilo... y lo nota, porque su cara cambia.

Miro a mi espalda, y Xia no está. ¡¡Joder!!

## XIA

Un jarro de agua fría, eso es lo que me ha caído encima hace un instante. La amaba. Era su prometida y está recuperada tras haber estado en coma. ¿Cómo voy a competir con los recuerdos de una mujer a la que ha idealizado durante tantos años?

«¿Soy muy miserable por sentir celos de una mujer impedida?». Me debato en mi fuero interno, mientras camino de la mano con Mark.

Habíamos llegado a una zona preciosa llena de árboles y césped cuando, de repente, noto que la palma de la mano de Mark se desliza fuera de la mía. Levanto la vista y compruebo que agranda los ojos como platos. Da un paso vacilante hacia delante, otro, y otro más, hasta que deja de estar a mi lado.

Una mujer con el pelo castaño hasta casi la cintura va corriendo hacia «mi Mark» y se lanza a sus brazos. Como si de una película se tratase, me quedo estupefacta mientras le planta un beso en toda la boca. No lo puedo aguantar... Esto..., esto es demasiado.

Me doy la media vuelta y me alejo del gran reencuentro. No sé cómo sentirme. Me dirijo hacia el coche y me meto dentro a esperar.

Estoy en el medio de la nada, no hay taxis ni autobuses. ¿Se puede saber por qué coño me pasan a mí estas cosas? ¿Es que no me merezco ser feliz?

Es normal que Mark quiera estar con su prometida antes que conmigo, ¿quién soy yo para él?

Nunca he sido nada, ni he valido... Mi madre y David tenían razón, ¿Quién me va a querer?

## **MARK**

—Marki, ¿quién es esa chica que te acompañaba? —dice Kate, poniendo ojitos como si aún tuviese diecisiete años. Me sujeta un brazo que me cuelga inerte sin saber cómo reaccionar.

—Es..., es Xia. —«La mujer de la que estoy enamorado», quiero confesar. Pero miro a la enfermera, y niega con la cabeza. Frunzo el ceño. Tengo que contárselo—. Vive en mi casa con sus dos hijos, Josh y Kevin.

—¿Estás con ella?

De reojo compruebo que la sanitaria continúa negando, en esta ocasión con mayor énfasis. Esto ya me está cabreando.

—Nos estamos conociendo.

Quiero decirle que es el amor de mi vida.

—Señor Duncan, venga conmigo —me dice la mujer en tono serio.

La sigo, aún sin creer del todo lo que está pasando.

—¿Por qué nadie me dijo que salió del coma? —exijo una respuesta.

Las excusas que me dan no me apaciguan. Solo quiero salir de aquí e ir a buscar a Xia.

—Señor Duncan, ¿me ha escuchado? El estado de la paciente aún es muy frágil. Debe ir con cautela.

Con rabia le contesto que sí. Salgo y veo que mi vida, mi otra mitad, está esperándome dentro del coche. Me aproximo y al verme decide salir. Esto va a ser difícil de contar...

—Yo no sabía nada —me excuso, alzando las palmas de las manos—. Parece que se despertó hace unos pocos meses.

—¿Le has contado sobre mí?

—No es tan sencillo.

—Sí que lo es. ¿Le has contado o no? Es así de simple.

—Le dije que vivías en mi casa y que tienes dos hijos.

—¡Mark! —grita, levantando la voz como si le riñera a uno de sus hijos.

—Le he dicho que nos estamos conociendo.

Decepción, eso es lo que veo en su mirada.

—Xia, debes comprender que para ella hasta hace poco era su prometido y piensa que la estaba esperando. Le dijeron que construí este centro por ella y que vine todos los meses durante quince años.

¡Mierda! Parece que no va bien...

—Xia, por favor, dime algo...

—¿Qué quieres que diga?! ¿Qué va a pasar ahora, Mark?! ¡Dime!

—Te amo. —Entrelazo nuestros dedos y la miro a los ojos—. No lo dudes. Lo que sentí por Kate ya no existe. Los médicos me han recomendado ir poco a poco para que no le afecte.

—¿Estás seguro, Mark? Te estoy entregando no solo mi confianza, sino también mi corazón. No lo rompas...

Y ahí está mi esperanza de nuevo. Porque nunca le haría daño, ella tiene que saberlo.

—No lo haré, mi amor.

La beso y todas mis preocupaciones desaparecen, se desvanecen. Solo estamos ella y yo.

El mundo ya no importa si estoy con ella.

## XIA

¡Cómo besa el jodido! Si esto se le da tan bien y lo hace de esta manera, no quiero ni imaginar cómo será... Mi respiración se acelera y aprieto las manos en sus bíceps.

—Hay algo que debo decirte... —comenta aún con sus labios pegados a los míos.

—Eres un extraterrestre y todo esto ha sido una alucinación de mi subconsciente. —Se ríe ante mi ocurrencia.

—No era eso precisamente. Kate va a... —Escuchamos el carraspear de alguien a lo lejos. Mark se aparta de mí con rapidez y mira la entrada del complejo.

—¡Mark! Ayúdame con esta maleta, ¿quieres?

—Kate se muda a casa hasta que tenga un lugar al que ir.

¡¿Cómo?! Este día mejora por momentos. Mark se va a por la maleta de Kate, mientras ella camina con tranquilidad hacia mí.

—Debes ser Xia.

Asiento con la cabeza, extendiendo la mano con la pretensión de presentarme e intentar ser lo más amable posible. No obstante, se inclina como si quisiera darme dos besos.

—Aléjate de él, zorra —me susurra al oído—. Es todo mío y no lo pienso perder.



*Existe*

**XIA**  
La vuelta a casa con Mark y Kate ha sido un calvario. Ella ha revolucionado toda mi tranquilidad, si es que me quedaba. Pensé que después de todo lo ocurrido en los últimos meses podría hacer frente a cualquier adversidad. ¡Qué equivocada estaba!

Kate es la mismísima Lucifer.

Al principio, creí que marcharme al apartamento que tengo alquilado sería lo mejor. Sin embargo, los recuerdos de lo que me sucedió allí me lo impiden. Y también que dejaría a Satán más cerca de Mark. ¡Arrggg, eso ni de coña!

Josh se tomó la llegada de la bruja bastante mal, se encerró en su dormitorio y se negó a continuar entrenando con Mark. Me imagino que con el tiempo se le pasará.

Me incorporé al trabajo a los pocos días. No soportaba estar en la misma casa que ella. Tener una rutina me ayuda a no pensar demasiado en el pasado. Lo cierto es que no paro. He conseguido sacarme el carnet de conducir en un tiempo récord, dos semanas. Me presenté al examen teórico al tercer día, y tuve un fallo. Realicé el mínimo exigido de clases prácticas y me lancé con entusiasmo. ¡Y lo conseguí!

Claro que todo se debe a que Kate tiene ocupado a Mark constantemente. No hemos podido tener un tiempo a solas desde que llegó. Siempre está con él.

Ayer sin ir más lejos la muy lagarta, a la hora del desayuno, le dio un beso en la boca delante de todos. Mark la apartó y le dijo que recordara que ya no estaban juntos. Ella puso cara inocente diciendo que lo sentía, que a veces se le olvidaba que había pasado tanto tiempo. ¡Já! Como si me lo fuera a creer.

El cumpleaños de Josh es mañana y ha convencido a Mark para celebrarlo en la piscina con unos pocos amigos. No estoy con mucho ánimo para fiestas.

Salgo de mi estado melancólico al escuchar que alguien llama a la puerta de mi despacho. Debo centrarme, estoy en el trabajo.

—Xia, vengo a preguntarte si quieres venir a comer algo.

—Claro. Ya terminé la mayoría del papeleo. ¿Dónde vamos a ir? —  
contesto, mientras agarro el bolso.

—Donde tú quieras. ¿Te apetece un italiano?

—Miguel... —Levanto una ceja—. Solo quiero una ensalada.

Desde que me incorporé, Miguel se ha convertido en un apoyo para mí. Le

conté toda mi vida; el matrimonio con David, del control de mi madre, también sobre Mark y Kate. Me sorprendió que no me juzgara y lo único que me dijo fue que estará a mi lado para lo que necesite.

Salimos al pasillo hablando de trivialidades, cuando escucho la voz «cantarina y melosa» —nótese el sarcasmo implícito— de ella.

—Vaya, Xia, ¿no vas a presentarnos? —me pregunta, mientras le toca un brazo a Miguel.

—Miguel, ésta es Kate. Kate, este es Miguel, un amigo.

Le da un beso en la mejilla, más cerca de la boca de lo que sería lo políticamente correcto.

—Vaya, vaya, qué guardadito te lo tenías... —Me sonrío de medio lado—. Vengo a buscar a Mark. Me prometió llevarme a un restaurante lujoso. ¿Sabes si terminó?

Mi boca se prepara para decirle un par de cosas. Ya me tiene harta. Escucho como se abre la puerta del despacho de Mark, y nos ve a los tres.

—Hola —saluda, tocándose la nuca.

—¡Oh, Marki! —Mi cara tiene que ser un poema. ¿Marki? ¿Acaso tiene doce años?—. Les estaba contando que nos vamos a comer.

—Sí, bueno, nosotros también nos vamos. Tenemos una reserva y no queremos llegar tarde, ¿verdad, princesa? —dice Miguel, dejándome medio atontada.

Me rodea la cintura con uno de sus brazos y lo miro a la cara. ¿Qué bicho le ha picado? Enarco una ceja, y él me sonrío. Me da un leve apretón con la mano para que conteste.

—Eh... Ah..., sí, claro. No podemos llegar tarde —le sigo el juego—. Adiós. Nos vemos en casa.

Al salir de Aerospace Duncan me giro y encaro a Miguel.

—¿Qué ha sido todo eso de ahí arriba?

—Puede que no tengas mucha experiencia con estos temas, pero te puedo asegurar que ahora mismo Mark se está tirando de los pelos por saber si tenemos o no algo. —Empieza a reírse en alto—. Tendrías que haber visto su cara. Cariño, si quieres a ese hombre como me has dicho, vas a tener que sacar las uñas. Porque seguro que yo no tengo ninguna oportunidad, ¿no?

Ahora soy yo la que se ríe. Es un gran hombre, pero le dije que solo podía verlo como un amigo. Aunque de vez en cuando me suelta cosas de este tipo.

—¿Y qué sucede con esa chica que conociste en la conferencia? ¿Carla? —



Su semblante se vuelve serio.

—¿Crees que debería llamarla? Solo fue una noche, pero no dejo de pensar en ella.

—Hazlo, no lo dudes. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Después de comer y de terminar mi jornada de trabajo, me voy a casa. Celia me recibe en la entrada con una sonrisa en la cara.

—¿No hay nadie? —le pregunto, mientras me quito el abrigo.

—Sí. —Frunce el ceño—, el señor está en la piscina con Kate. Parece ser que no quería bañarse sola.

Mis manos se convierten en puños. Con que iba a estar preocupado...

Me marchó a mi dormitorio sin decir ni una sola palabra. Necesito sacar toda esta rabia que siento dentro. Me cambio de ropa. Me pongo una falda corta de color negro con algo de vuelo que se ajusta a mi cintura y un top ajustado de tiras del mismo color.

En menos de diez minutos estoy en el gimnasio. Pongo la música a todo volumen. Me da igual quien la oiga, necesito descargar adrenalina.

*Avicii –Wake me up* suena mientras levanto las manos al techo y doy saltos. Me contoneo al ritmo de la canción y me abrazo en los momentos lentos. La canción da un salto y me pongo a dar golpes al saco de boxeo.

Llevo una media hora bailando sin parar. El sudor recorre mi espalda. La música cambia de nuevo y empieza a sonar *All of me*. No puedo evitar cantar y mecerme al ritmo de la canción.

## **MARK**

Llegar a casa con Kate y Xia ha sido extraño. Intento pasar algún rato con mi chica, pero es imposible. Kate me reclama a cada instante, me persigue y se arrima más de lo que me gustaría.

Estoy en el gimnasio descargando adrenalina. Parece que es el único sitio donde puedo estar sin escuchar «Markiiii» sin que los tímpanos me revienten.

Por si fuera poco, esta mañana Miguel se llevó a Xia a comer. Estoy que muerdo de la rabia. Doy un golpe al saco con fuerza. Decido darme una ducha rápida antes de irme a la piscina.

Hago unos cuantos largos, pero al rato veo como Kate llega y se mete en el agua con un minúsculo bikini. Nada avanzando hasta mí, dando brazadas largas y lentas. Al llegar hasta donde me encuentro, me rodea con los brazos colgándose de mi cuello y rodeándome la cintura con sus piernas.

Le he dicho por activa y por pasiva que ya no estamos comprometidos. Pero no parece querer entenderlo.

—¡Marki, qué bien encontrarte aquí!

—Kate, por favor, ¿puedes soltarme? Estaba nadando.

Con cara de cachorro degollado se aleja un poco moviendo sus manos a un lado y al otro para mantenerse a flote.

—¿No estarás de malas por lo de hoy, no? Yo creo que Miguel y Xia hacen una gran pareja.

Esto ya es más de lo que puedo soportar. Lleva insistiendo con lo mismo desde que llegó, tratando de meterme en la cabeza constantemente la idea de que Miguel y Xia tienen algo. Que Xia está celosa de ella y otras muchas más cosas de las que no quiero hacer caso.

No le respondo. Salgo de la piscina dejando un reguero de agua en mi camino hasta llegar a la toalla que tengo en la tumbona. Me seco lo más rápido que puedo y me voy a mi dormitorio para darme otra ducha rápida y retirar los restos de cloro.

Al salir me encuentro por el pasillo a Celia que carga con un poco de ropa doblada y planchada.

—Disculpa, Celia, ¿sabes dónde puede estar Xia? —Una sonrisa enorme se forma en su cara.

—Por supuesto, señor Duncan, está en el gimnasio.

Le doy las gracias mientras me alejo.

Lo que me encuentro al abrir las puertas del gimnasio es asombroso. Xia

cantando y bailando *All of me* a pleno pulmón, mientras mueve sus caderas.  
La falda corta que lleva puesta muestra unas preciosas piernas largas.

## XIA

Alguien me sujeta de la cintura por la espalda. Sé quién es por su perfume y una ligera nota de olor a cloro. Pero es mi hombre, es inconfundible.

—¿Me quieres poner celoso con Miguel? —susurra al oído, mientras arrima su pelvis a mi trasero.

—¿Y tú a mí con Kate? Prácticamente no nos hemos visto en estas semanas. Vivimos y trabajamos juntos, pero casi ni hablamos —le reprocho.

—Perdóname por toda esta situación con Kate.

—Sí, ya me lo has dicho, tienes que ayudarla. Ella está sola y no tiene a dónde ir.

Me gira y me besa con pasión. Me quiero retirar, ya que estoy toda sudada, pero me junta más a su cuerpo. El beso crece en pasión y voracidad, tanto que se me escapan varios jadeos que son amortiguados por nuestros labios.

Mark lleva sus manos a mis muslos, las sube poco a poco hasta tocar mi ropa interior y me aprieta las nalgas. Pierdo todo rastro de pudor. Levanto mis piernas y rodeo su cintura. Camina cargando conmigo hasta que mi espalda choca con la pared.

Muevo mi cadera arriba y abajo. Le quito la camisa como puedo. No dejamos de besarnos ardiente y apasionadamente. «¡Oh, sí, esto es lo que me he perdido toda mi vida!».

Sus manos empiezan a jugar con el *culotte* queriendo bajarlo. «¿Eh, qué hace?»

Rompe el beso y me mira a los ojos. Su respiración está agitada igual que la mía y sus pupilas se encuentran dilatadas.

—¿Estás segura? ¿Realmente lo deseas? Dime si quieres que pare antes de que ya no me pueda controlar.

¿De verdad me acaba de preguntar si deseo seguir? ¡Estará de broma!

—Ni se te ocurra parar —le aclaro con un beso que me deja sin aliento.

Me separa de la pared y me aprieta más a su cuerpo sin dejar de corresponder a mi efusividad con la misma pasión que yo. Se arrodilla conmigo aún en brazos y me doy cuenta de que estamos en la zona de las colchonetas. Me reclina dejando mi espalda posada en una de ellas.

Su respiración está cada vez más agitada, la mía totalmente errática. Me invaden las dudas... ¿Y si no le gusta mi cuerpo? ¿Y si no le gusta cómo lo hago? ¿Y si David tenía razón y soy una frígida?

—Tranquila... —Me acaricia la mejilla—. No tenemos que seguir si no

estás convencida de ello.

Como me lo vuelva a preguntar, no respondo de mis actos.

—Solo son nervios. —Inhalo en profundidad y decido ser sincera—: Yo... yo solo he estado con...

—No le menciones —me interrumpe—. Aquí solo somos tú y yo, nadie más.

Me vuelve a besar con lentitud, esparciendo sus besos por mi clavícula y mi cuello. Echo para atrás la cabeza y arqueo la espalda al sentir que me empieza a retirar la parte de arriba. Llevo un sujetador negro deportivo. No es de los más *sexys* que tengo, pero al menos no tiene dibujitos.

Sus manos recorren mis brazos, acaricia mis pechos y jadeo cuando roza por encima de la tela mis pezones. Sin embargo, cuando llega a mi abdomen, recuerdo mis estrías y me encojo intentando que no las vea.

Fija su mirada en la mía. La aparto con rapidez, tengo miedo de ver repulsión en sus ojos.

—Mírame. —Cumpló con su pedido con reticencia—. Eres hermosa.

—*Pe-pero* mis marcas...

—Yo solo veo marcas de honor. —Me besa una que tengo en el lateral de la cadera—. Esta es de Josh... —Levanta la vista antes de posar de nuevo los labios en otra que está cerca del ombligo—. Y ésta es de Kevin...

Sigue besándome y sube hasta llegar a mis pechos. Una mano me acaricia por encima de la tela logrando que mi pezón se arrugue y se ponga duro.

Jadeo. Mis neuronas se han ido de vacaciones porque no soy capaz de hilar pensamiento alguno. ¡Oh, sí, sigue!

—Esto sobra. —Me retira el sujetador y me observa—. Preciosa...

Se apodera de mi boca, su lengua juega con la mía y sus manos no dejan de tocarme. Repta por mi piel, se adueña de mi pecho lamiendo y succionando primero uno luego otro.

Me siento extraña, muevo la cabeza a un lado y al otro sin saber qué hacer con las manos. Con cada uno de los tirones que da consigue que una corriente de placer se dirija a mi matriz y es... ¡Oh, Dios, es delicioso!

Enredo mis dedos en su cabello, cierro los ojos y me dejo llevar...

—¡Mierda! —exclama de repente.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —Mi voz sale grave y jadeante.

—No tengo... No traje... Necesitamos... —No sé si reír o llorar ante su nerviosismo.

—Tomo la píldora. ¡Continúa!

Una sonrisa cruza su cara. Como le dé ahora por charlar, le clavo las uñas.

Sus manos se deslizan hasta dar con mi falda. Levanto la cadera sujetándome sobre las puntas de los pies y me la retira mientras sigue dándome besos por donde pasan sus dedos previamente. El *culotte* dura puesto poco tiempo.

—No sabes cuantas veces te he imaginado así. Eres mejor, mucho mejor que la fantasía que creé, eres tú.

«¡Voy a morir de un paro cardíaco!»

Pasa su lengua por un pezón sin dejar de mirarme con esa mirada azul cielo que tiene. Esparce pequeños besos hasta llegar mi ombligo, se detiene unos segundos en él.

Jamás me he sentido tanpreciada. Continúa descendiendo y noto su aliento encima de mi clítoris. ¡Oh, no! ¿Qué va hacer?

—Mark... —Alzo la mirada—. ¿Qué vas a...?

—¿Confías en mí?

Tengo miedo de lo que puedo llegar a sentir, pero indudablemente confío en él.

—Lo hago.

—Permite entonces que te dé placer.

Sus manos se aferran a mis rodillas, las separa dejándome expuesta y vulnerable. Sus labios rozan, lamen y besan mis partes íntimas. Cierro los párpados. Esto es demasiado...

—Mírame, Xia. Mírame.

Abro mis ojos y contemplo como pasa su lengua por mi clítoris de nuevo, sin dejar de romper contacto visual conmigo.

—¡Ah! —gimo.

Un calor enorme recorre mi cuerpo de pies a cabeza y prende fuego a cada una de mis neuronas. Necesito... ¡Joder, necesito más!

Muevo la cadera al ritmo que Mark marca con su lengua. Succión, beso y... ¡Oh, sí! Penetra con uno de sus dedos en mi interior, dentro, fuera, dentro, fuera... inserta otro acompañando al primero.

—¡Mark! —Estallo. Convulsiono. Mis músculos se contraen, y mi visión se convierte en una neblina. Los oídos me pitan y la respiración poco a poco se va normalizando tras unos minutos en los que me aferro a los brazos de Mark con todas mis fuerzas. Él me mira a los ojos con... ¿amor?

—¿Qué ha sido...? —pregunto como una estúpida.

Me besa y puedo probar en sus labios mi sabor. Pensé que sería asqueroso, pero solo logra excitarme más.

—Y aún no hemos empezado...

Mark se levanta para quitarse el pantalón. Me muerdo el labio inferior. Tengo ganas de ver el cuerpo de Mark, no voy a negarlo.

—¡Marki! ¿Estás aquí? —Escuchamos de pronto.

—¡Joder! —exclama él.

¡No, no, no! ¡Yo me la cargo, juro que me la cargo!

Me pongo el top lo más rápido que puedo, paso de la ropa interior y me tapo con la falda mis partes.

—¡Oh! —Se tapa la boca con las manos—. ¿Cómo... cómo has podido hacerme esto? Yo te quiero. —Kate se marcha del gimnasio con lo que parecen ser lágrimas en los ojos. Y Mark me mira con lástima y preocupación porque no sabe qué hacer; sin embargo, yo lo sé incluso antes de que lo mencione en alto.

—Joder. Xia, tengo que ir a ver si está bien.

Me duele escucharle decir esto. Pero sé que se preocupa por su salud mental, la cual han dicho los médicos es frágil.

—Vete. No te preocupes.

—No me gusta dejar nada a medias, ve preparándote —advierte antes de dejar un beso fugaz sobre mis labios.

Se marcha detrás de ella para hablar, consolarla o a saber qué.

Estoy cabreada.

Recojo la ropa interior y voy al baño. Me ducho con rapidez y salgo al jardín.

Alzo la vista al cielo, ya es de noche. Decido dar un pequeño paseo, antes de entrar a la casa, cuando sin quererlo escucho a Kate hablar por teléfono... La curiosidad puede más que mi sentido común, y me agacho detrás de un matorral.

—No, no sospecha nada —masculla.

¿Con quién hablará en mitad de la noche y fuera de la casa? Supuestamente, no tiene familia.

—No me grites, llevamos mucho tiempo con todo esto y no voy a perderle por culpa de una mosquita muerta. —Aprieto las manos formando dos puños—. Sí, me meteré en su cama y volveré a conquistarle.

«¡Mosquita muerta!» ¡Está no me conoce!

Kate mira su alrededor, me agacho un poco más para que no dé con mi paradero. Al no notar nada extraño entra contoneando su culo y sonriendo la muy puta.

¿De qué va todo esto? ¿Con quién hablaba? Esto tiene muy mala pinta.





***Sola***

**M**e quedo quieta, sin hacer ruido alguno. La postura en la que estoy es algo incómoda. Kate ha entrado en la casa hará unos diez minutos.

Me levanto de mi escondite improvisado, doy una vuelta a la mansión y decido entrar por otra puerta. No quiero que Kate sospeche nada en caso de que me vea.

Subo las escaleras y al final de estas está ella mirándome con cara de perro rabioso. Lleva el pelo recogido y lo que parece ser su atuendo para dormir, una camiseta blanca de tiras y unos *shorts* de algodón.

—Te dije que te alejarás de él. —Me señala con el dedo—. Solo has sido una sustituta mediocre. Ahora estoy yo aquí, la verdadera y única mujer a la que ha amado durante toda su vida. Márchate con tus mocosos a otro lado.

Paso de ella olímpicamente. Hasta que menciona a mis hijos. Me doy la vuelta para poder mirarla a los ojos y le señaló con el dedo índice.

—Puedes insultarme, llamarme lo que te dé la gana, pero a mis hijos ni los menciones, porque te aseguro que no respondo de mis actos como te atrevas a acercarte a ellos.

—¡Vaya! —exclama, gesticulando más de lo necesario—. Si tiene carácter y todo. ¿Acaso es una amenaza? —me pregunta, dando un paso al frente.

—Yo no amenazo. Yo solo te advierto de que con mis hijos no se juega.

No soporto a esta tipeja. Lleva desde que llegó así, con doble cara. Delante de Mark es el encanto personificado y cuando estamos a solas no deja de increpar y decir cualquier cosa para molestarme.

Me doy media vuelta. Es suficiente de Kate por hoy. Con paso firme y enfadada, me marcho a mi dormitorio.

Tumbada boca arriba en la cama, repaso mi sube y baja de emociones. Mark... No puedo dejar de pensar en él, en sus besos, en su forma de tratarme a mí y a mis hijos.

Por otro lado, está la asquerosa de su ex. ¿Qué coño puedo hacer? No tengo ni idea de con quién hablaba o a qué se refería en esa conversación tan extraña que le escuché. Pero me huele mal.

Estoy demasiado cansada para seguir pensando en ello. Mañana, mañana será otro día.

El cumpleaños de Josh es todo un éxito. Me siento como si fuera yo la de la fiesta.

Mark contrató un Dj. Ha colocado una carpa cerca de la piscina donde hay bebidas y pinchos variados para ir picoteando. Los amigos de los niños van llegando poco a poco. Parece que se corrió la voz, porque solo reconozco a unos cinco de la clase de mi hijo y son muchísimos los que han decidido asistir.

—¡Josh! ¿Quién es toda esta gente?

—Eh... Son de los cursos superiores. Amigos en general. Mark me dijo que podía invitar a quien quisiera.

—No utilices la buena voluntad de Mark para tus fines. ¡Esto es pasarse!  
—digo por lo bajo, mirando a toda esa marabunta de chavales que van llegando sin cesar.

—Mamá —murmura por lo bajo, mientras me sujeta del codo—, por favor, no me avergüences. ¡Divierte! Llevas siglos sin bailar, ven. —Me agarra de la mano y me arrastra hasta la mitad de la pista de baile.

¡Oh, no! Ya sé lo que pretende.

—Baila conmigo, mamá. Tú nos enseñaste. Gracias a ti... Bueno, déjalo.

Reprimo la risa al ver cómo se le suben los colores a las mejillas, ¡mis clases de baile han sido de ayuda para que mi hijo ligue!

Me relajo un poco al bailar con Josh, quién al parecer consigue las miradas de alguna que otra chica. ¿Qué habrá pasado con esa tal Ana? Suelto un suspiro al darme cuenta de que no siempre me contará su vida. Se va haciendo mayor y debo aprender a dejarle volar.

Cuando la música cambia, observo a Mark que se acerca a nosotros. Este le pide a Josh permiso para bailar conmigo. Mi hijo gustoso aprovecha para decirle que me cuide, que estará pendiente de dónde pone las manos.

¡Es para matarlo!

Mark me sujeta de la cintura, su tacto me derrite. A su vez, le paso las manos rodeando su cuello y aprovecho para jugar con el pelo que le nace de la nuca con los dedos.

—Lamento tanto lo de anoche —Mi corazón da un vuelco—. No podía dejar a Kate irse sola en ese estado. Lo siento.

Buff... Suelto el aire que retenía en los pulmones.

—Sobre Kate... —Dudo en cómo decirle lo que sé—. Tengo que hablar contigo sobre algo.

—Sí, yo también, gracias por ser tan paciente con ella. Está pasándolo mal. A veces aún cree que estamos prometidos y que seguimos juntos. Tiene lapsus en los que mezcla el presente con el pasado.

¡Lapsus, y una mierda! No me creo nada y menos aún después de haber escuchado su conversación.

—Mark... Yo....

—Te amo, Xia. Gracias por todo.

Roza mis labios con los suyos delante de todos. Es rápido, pero tierno. Por el rabillo del ojo oteo mi alrededor y compruebo que a mis hijos, tras poner los ojos como platos, se les forma una sonrisa en la cara.

—¿Te acuerdas de los clientes chinos que llevo intentando captar en los últimos meses? —Asiento—. Pues bien, tendré que viajar a Shanghái y estaré fuera unas dos semanas.

—¿Cuándo te marchas? —La voz me mengua, no quiero que se marche. Mucho menos quedarme a solas con esa víbora que tiene por ex.

—Esta noche, me necesitan allí cuanto antes. —Me sujeta la cara entre sus manos—. No me quiero marchar, pero...

—Lo sé, lo entiendo —le interrumpo.

—Eres magnífica. —Vuelve a besarme con rapidez en los labios logrando que me salga una sonrisa tonta—. A la vuelta tenemos que hablar sobre nosotros.

—¿Nosotros?

—Sí, nosotros.

—¡Marki!

¡No puede ser!

—Yo también quiero un baile —ronronea, pegando la mejilla en el hombro de Mark—. A Xia no le molesta, ¿verdad qué no?

Yo me cargo a esta tía, juró que me la cargo. Abro la boca para decirle que está interrumpiéndonos cuando se aproxima hasta mí.

—Gracias.

Y me empuja con la cadera, logrando que me aleje. No tarda en sujetar a Mark por el cuello.

Y aquí estoy, plantada en mitad de la pista mirando como Kate se restriega contra el cuerpo de Mark. ¡Mi cabreo llega a niveles astronómicos! Las ganas que tengo de sacarle los ojos con las uñas, tirarle de los pelos y arrastrarla por todo el suelo son tremendas.

Calma, calma, calmaaaa.

Soy consciente de que estoy en la fiesta de cumpleaños de Josh, no voy a hacer una escena. ¡Por muchas ganas que tenga!

Mark se marchó esta noche, tal y como anunció. Es de madrugada y no soy capaz de dormir, así que me dirijo a la cocina a beber algo. Al llegar me preparo un café.

—Hola mosquita muerta. —Escucho a mi espalda—. ¿No puedes dormir?

Ni un café tranquila me puedo tomar. ¿Ahora que querrá? Sostengo la taza entre las manos y le doy un sorbo. Pretendo pasar por completo de ella, a ver si de esa manera se da por aludida y consigo que se marche.

Mi cabeza, mis neuronas, no son racionales a estas horas de la madrugada. Como no tiene pinta de que se vaya a ir, decido hacerlo yo.

—¡Eh! ¡Hazme caso!

Sigo como el que escucha llover, ignorándola. Salgo de la cocina sin prestarle la más mínima atención. Sin embargo, cuando noto sus uñas clavarse en mi brazo y todo el cabreo acumulado en estos últimos días sale a flote. Doy un fuerte impulso a mi brazo para librarme de su agarre.

—¡A mí nadie me ignora! —dice entre dientes—. Yo soy la que ignoro a la gente.

¡No! No pienso volver a ser esa mujer. Esa a la que se le insulta, se le vapulea y pisotea mientras permanece callada. Clavo mis ojos intentando transmitir todo lo que siento por ella en la mirada. Quizá solo esté torciendo los ojos de mala forma, pero la intención cuenta ¿no?

—No vuelvas a ponerme una sola zarpa encima, jamás. Puede que engañes a Mark por alguna extraña razón, pero a mí no me la das. Eres puro veneno.

—¡Oh, querida! —Coloca la palma de la mano de forma teatral en su pecho—. ¿Crees que me haces daño diciéndome esas palabras? A Mark no lo engaño, él me ama, siempre me ha amado. Me pidió matrimonio. Me ha estado viniendo a visitar cada primer domingo de mes durante quince largos años.

Sus palabras hacen que mi pecho se contraiga. Es cierto, Mark nunca rehízo su vida. El mismo reconoció que al principio le recordé a esta víbora. Pero no voy a permitir que se dé cuenta de que eso me afecta.

—Hasta que me conoció —le respondo con certeza, al recordar que dejó de realizar las visitas una vez llegue a la vida de Mark.

Su semblante triunfador se transforma en una mueca de rabia. ¡Sí, acerté!

—Solo eres la novedad, pronto se cansará. Si no, ¿por qué crees que me deja seguir en su casa?

Por lástima. Porque es tonto, joder, por eso lo hace. No ve que le estás manipulando. Aunque, quizá... quizás aún sienta algo por ella... ¡Mierda! Tengo que alejarme cuanto antes de esta arpía. Logra que dude constantemente de la palabra de él.

—Piensa lo que quieras —le indico, asqueada—. Me voy a dormir. Tú, inténtalo si la conciencia te lo permite.

Dejo la taza sobre la mesa. Total, lo más seguro es que por su culpa se haya enfriado. A medida que me alejo, con cada paso que doy, me siento empequeñecer.

—¡Lagarta asquerosa, perra estirada! —¡Mierda! Necesito vocabulario nuevo para describir a Kate.

—Tranquilízate, llevas diez minutos soltando improperios por la boca sobre ella —dice Miguel—. Tómame el café y relájate un poco. ¿Será mejor una tila?

—¡Arrggg! No tienes ni idea de lo que es levantarse y ver a esa..., esa arpía por las mañanas. Con sus aires de superioridad, y sus modelitos de alta costura. ¡Se comporta como si fuera la señora de la casa!

—¿Sabes algo de Mark? ¿Te ha llamado?

Valoro el intento de Miguel de cambiar la conversación. Sabe que hablar de Mark me relaja.

—Está ocupado. Nos enviamos mensajes de texto por la diferencia horaria y esas cosas.

Muevo la mano para quitar importancia al asunto, aunque en mi interior estoy hecha un mar de dudas. Echo un vistazo a la hora en el móvil. Cuarenta minutos para volver de nuevo a la oficina. ¡Qué pereza!

El día está precioso, luce un sol espléndido y dan ganas de continuar en la terraza de la cafetería todo el día.

—Pero dejemos de hablar de mí. ¿Qué tal con la chica de la conferencia, la llamaste? —realiza una mueca con la boca.

No es justo centrar toda la atención en mis problemas. También me intereso por los suyos.

—No resultó. No sé lo que me pasa. La chica realmente es impresionante, pero no sé explicarlo. Siempre me ocurre igual, conozco a alguien, intentó

con todas mis fuerzas que las cosas funcionen, pero, al final, me siento incómodo, forzado.

Me quedo callada. Realmente no soy la idónea para dar consejos de pareja. Ni siquiera sé que somos Mark y yo. “Amigos”, “amigos con derechos”, “novios”. ¡Arrggg! Necesito aclarar estas dudas con él en cuanto esté de nuevo en el país.

Unos chavales están jugando a la pelota cerca de nosotros. Lanzan el balón a la mesa y choca estrepitosamente, haciendo que todo el contenido de mi café se derrame en el vestido blanco que llevo puesto.

—¡Me cago en todo lo que se menea! —Me levanto de golpe. El calor del café no es para tanto, pero este desastre no lo puedo arreglar en el baño con un poco de jabón y agua.

—¿Estás bien? ¿Te has quemado?

—Estoy bien, no quemaba.

—Lo siento mucho, señora, perdón. Se me escapó.

El pequeño de tan solo unos cinco añitos está a punto de llorar, pobre... Me agacho para estar a su altura y recojo el balón para dárselo.

—No pasa nada, ha sido un accidente. Pero debes tener más cuidado cuando juegues con gente cerca.

—Lo tendré. —Sonríe mostrándome que le faltan dos de sus dientes.

Joder, ¿y ahora yo cómo me presento así en la oficina? Solo de pensar en cómo se pondrá María al ver mi aspecto me entra acidez de estómago.

—Tengo que acercarme a algún sitio para cambiarme de ropa. A no ser que quiera que María se despache a gusto conmigo.

—Te acompaño.

—¡Xia, cariño! Cuánto tiempo sin verte, ¿pero qué le ha pasado a tu hermoso vestido?

—Hola Dami, necesito tu ayuda inmediatamente tengo... —Miro de nuevo la hora en el móvil—. Unos veinte minutos para volver a la oficina.

—Estás en las mejores manos. —Dami escanea a Miguel con la mirada, unos rayos X harían un trabajo menos minucioso.

—Hola soy Dami. —Se presenta, dándole la mano a este.

—Perdona por no presentaros. Miguel este es Dami. Dami este es Miguel, un amigo del trabajo —recalco lo de amigo ya que Miguel se ha puesto rojo como un tomate al tocar la mano de Dami, y me hace que imagine...

¡Tengo la mente sucia! Lo reconozco.

—Ve al vestidor, pruébate ese vestido de ahí. Te pega con el bolso y los zapatos que llevas puestos. No te preocupes por el vestido manchado, te lo llevaré a la tintorería —comenta, sin casi mirarme.

—Eres un amor, gracias.

Mientras me cambio dentro del vestidor, Miguel me espera fuera.

—¿Sabes? He estado pensando en lo que me dijiste de Kate.

—Lo de que es una arpía asquerosa manipuladora, arrogante, perra, lagarta... —puntualizo sin apenas respirar.

—¡Ya mujer, descansa! —Se ríe—. Me refiero a lo de la conversación telefónica que escuchaste por casualidad.

Hago un ruido con la garganta dándole a entender que le comprendo. Todo mientras intento subirme la cremallera del vestido.

—Creo que sé cómo podemos averiguar algo.

Mi frente se arruga al no comprender a que se refiere. El reflejo del espejo lo verifica, tengo que comprarme en cuanto pueda alguna crema antiarrugas.

—¿Podemos? —cuestiono en alto, sin comprender del todo a lo que se refiere.

—Sí, podemos. ¿Para qué están los amigos entonces? Para poder espiar e indagar a la ex de tu...

Arrastro la cortina de terciopelo rojo y salgo del vestidor.

—Pillo el concepto.

—Bien, pues vamos a ponernos manos a la obra y a desenmascarar a esa lagarta.

¿Qué carajos se le habrá pasado a Miguel por la cabeza?





# *La verdad*

XIA

Su cálido aliento golpea mi carne femenina más secreta. De acuerdo, es mi vagina, pero que delicia. Arrastra su lengua hacia arriba por la longitud de mis labios, enviando chispazos a mi espina dorsal. Me retuerzo, intentando acercarme más. Su boca ataca primero un labio, luego el otro, chupando duro y consiguiendo dejarme sin aliento.

La sangre corre, bulle por mis venas a toda velocidad, toda dirigida al mismo destino, mi coño. Me come como un hombre famélico, privado de su mayor manjar. Mi cabeza gira, mis sentidos se tambalean, mis caderas se balancean. Es demasiado y nunca será suficiente, no quiero que termine.

¡Mark es un maldito experto!

Sus labios habilidosos me llevan más y más arriba. Realiza trazos en mi apertura con su lengua, consiguiendo que mis músculos se aprieten. Cada centímetro de mí se tensa.

Él me ha puesto tan increíblemente húmeda... Tengo la vagina hinchada y dolorida. Necesito correrme más de lo que necesito seguir respirando.

Cuando su veloz e inteligente lengua se centra de nuevo en mi clítoris y Mark intercala sus caricias con succiones y mordiscos, estoy a punto de alcanzarlo.

Un sonido lejano logra que frunza el ceño, es... es... el despertador ¡Maldita sea!

Extiendo el brazo y palpo buscando el móvil aún medio dormida, frustrada por interrumpir mi magnífico sueño erótico. Miro al maldito teléfono con cara de pocos amigos. «Te odio».

Tengo que prepararme para un día lleno de ajeteo.

Miguel se ha empeñado en que debo pillar el toro por los cuernos y averiguar todo lo que pueda de Kate para que cuando llegue Mark pueda contárselo. ¿El qué? Ni siquiera yo misma lo sé.

Con mi cabreo mañanero, después de asearme y vestirme, me dirijo a desayunar. Se me esfuma el hambre nada más ver la cara de Kate en el comedor.

—Buenos días —saludo a mis hijos, y les doy un beso a cada uno en sus mejillas.

—Buenos días, mamá —dicen al unísono.

Agarro una pieza de fruta para más tarde, mientras Josh y Kevin me cuentan sus planes para el día de hoy. Mi móvil vibra y lo ojeo. Es Miguel,

dice que me espera fuera con su coche.

—Chicos, yo me marcho, nos vemos esta noche. Portaos bien.

—Sí, mamá.

Estos chicos cada día están más irreconocibles.

Recojo el bolso y me dirijo a la puerta principal cuando la voz que tengo menos ganas de oír suena en el *hall*.

—No has tardado nada en sustituir a Mark. Han pasado solo cinco días desde que se marchó y ya tienes sustituto.

—Kate, haznos un favor a todos y vuelve a tu estado comatoso. —No lo puedo evitar cada vez es más difícil reprimir todo lo que pienso de ella.

Salgo de la casa sin más. Veo el Land Rover en el camino de piedra, me acerco y abro la puerta del pasajero. Tras sentarme, dejo caer con pesadez la cabeza contra el respaldo.

—¿Mal despertar?

—Ni preguntes.

Miguel dirige su coche hasta la salida, en dirección al hospital donde Kate estuvo interna durante los últimos quince años. Después de una media hora en total silencio, Miguel aparca en la entrada. Menos mal que sabe leer mi estado anímico y decide no darme charla durante el camino, cosa que agradezco.

—Entraré yo solo. A ti te conocen.

Me revuelvo en el asiento, mis nervios hacen aparición de golpe. No estoy del todo segura de lo que vamos a hacer.

—¿Estás seguro de querer hacer esto? A ti no te afecta en nada esta historia...

—Tonterías, eres mi amiga y no me gusta verte sufrir.

—Gracias, pero, aun así, no estoy del todo convencida.

—Déjame a mí.

Sale del coche y tengo que agacharme un poco al ver que lo recibe una mujer distinta a la que nos recibió el día que Mark y yo vinimos. Cierran la puerta. Solo me queda esperar.

Mi móvil suena con un nuevo mensaje:

**Mark: Te echo de menos. ¿Qué haces?**

Tecleo con lentitud mi respuesta, aún no estoy acostumbrada a usarlo demasiado. Antes tampoco es que lo necesitara, precisamente.

**Xia: Yo también te echo de menos, ¿qué tal tus reuniones?**

Ignoro la pregunta de Mark, no quiero mentirle. Y decirle que estoy con Miguel sin contarle todo sería complicado.

**Mark: Pesadamente aburridas. Necesito de ti. ¿Qué tal las noches, puedes dormir bien?**

Puede que se refiera a mis pesadillas, las cuales han sido sustituidas alegremente por... Me remuevo en el asiento al recordar el sueño de esta mañana.

Pienso con detenimiento en la contestación que le mando.

**Xia: Terriblemente húmedas y sin satisfacción final, me faltabas tú.**

Le doy a la techa de enviar, cierro mis ojos con fuerza. Quizá me haya pasado con el mensaje.

**Mark: ¡Joder, Xia! No me puedes decir estas cosas.**

**Xia: Por?**

**Mark: Porque estoy en mitad de una aburridísima reunión y no podré levantarme de la silla sin hacer el ridículo. Me has encendido, pequeña...**

Me siento juguetona y me lo imagino todo excitado por mis palabras. Así que me atrevo un poco más.

**Xia: Sueño todas las noches contigo, entre mis brazos, jadeando tu nombre...**

**Mark: Necesito volver pronto.**

**Xia: Necesito que lo hagas.**

**Mark: Hablaremos en otro momento, me están reclamando. No presto atención a lo que me dicen. Te amo.**

**Xia: Te amo.**

Salgo de la aplicación y respiro pesadamente. Extraño su compañía y anhelo su presencia.

Miguel hace acto de presencia, sale del edificio sin mirar atrás. Con pasos decididos se acerca al coche, no tarda en encender el motor en sumo silencio. Lo miro con expectación, espero a que abra la boca y me diga algo. ¡Cualquier cosa! Me muero por saber que ha descubierto haciéndose pasar por un primo lejano de Kate.

—¿No me vas a contar nada?! —exploto, sin poder contener las palabras.

—Estoy asimilando la información.

Su expresión mientras conduce es seria, noto como las arrugas de mi frente se acentúan. Espero que desaparezcan cuando me compre la jodida crema.

—¡Miguel, suéltalo ya! Me va a dar algo como sigas callado.

—Nunca vas a creer lo que he averiguado.

Mi corazón late con fuerza. ¿Tan serio es para que tenga esa expresión en su cara? ¿Qué es lo que ha averiguado?

Su boca se abre y se cierra como si de un pez fuera del agua se tratara.

—¡Miguel! —Da un pequeño salto en el asiento ante mi grito, aparca el coche en el arcén de la carretera y se gira para mirarme a los ojos.

¡Joder! Sí que debe ser serio. Me preparo. Trago saliva. Los nervios me comen por dentro.

—Xia, lo que te voy a contar cambiará todo.

## **MARK**

La celebración del aniversario de Josh salió a pedir de boca. Xia estaba preciosa. Me dio rabia tener que irme de viaje tan rápido, sin poder decirle los planes que quiero formar con ella en un futuro.

Tengo que buscarle un lugar a Kate para vivir lejos de mi casa. Es obvio que no se llevan bien. Y yo solo quiero la felicidad de Xia.

Las reuniones con los chinos van mejorando día a día. Llamaré a casa para informar de mi llegada anticipada. Marco el número en el teléfono y a los pocos tonos alguien contesta.

—¿Diga?

—Hola soy yo.

—¡Marky!

Separo el teléfono del oído antes de que me lo reviente. ¿Tenía que ser ella quien me atendiera?

—Kate. Solo llamaba para avisar de que llegaré un día antes de lo planeado.

—¡Oh, que alegría me das! Sabes, últimamente estoy muy sola en esta casa. Como Xia sale cada día con Miguel.

¡Qué! ¿Cómo que sale cada día con él? A mí no me ha contado nada en los mensajes que nos mandamos.

—Kate no le cuentes a Xia que llego antes, quiero darle una sorpresa.

Me llevo la mano al bolsillo, donde guardo los billetes de avión para ir de viaje a Londres con Xia, espero que le agrade la idea.

—¿Y sobre qué hora llegarás?

Se lo digo y después de despedirme cuelgo. Me meto en la cama para intentar dormir y que así llegue cuanto antes la mañana.

## XIA

Aún no doy crédito a lo que Miguel descubrió.

Está claro que necesitaré más datos para no dejar ningún cabo suelto. Decido investigar este asunto a fondo. Mark volverá en un par de días y las ganas que tengo de verlo son enormes. Sin embargo, creo insuficiente la información que tengo. Necesito pruebas y las necesito ya.

—¿Estás bien? —me pregunta Celia.

Giro la cabeza a un lado y al otro, comprobando que la arpía no esté merodeando. ¡Bien, ni rastro de ella!

—Celia, si te hago unas preguntas, mmmm, digamos que un poco delicadas, ¿podrías contestarme?

Sus facciones se arrugan creando surcos sobre sus ojos.

—Es sobre mmm —me imita, y no puedo evitar soltar un pequeña carcajada—, la señorita Kate.

—Alias, La Arpía. Sí.

Celia suelta una risita por lo bajo. Ni yo misma me creo el haberla oído hacer ese sonido.

—Pregunta.

—Cuéntame lo que sabes de ella.

Le hago un sitio a mi lado en el sofá. Celia vuelve a escanear el salón, al no ver a nadie se sienta.

—No sé mucho la verdad —me susurra, como si el hecho de tener esta conversación fuera algo prohibido.

—Lo que sepas.

—Está bien. ¿Por dónde empiezo? —Pone el dedo índice en el mentón y su mirada se ausenta por un instante—. El señor Duncan llegó a la casa de sus padres dando la noticia de que se casaba cuando tenía tan solo veintidós años, era el día de navidad. Lógicamente la madre del señor no estuvo de acuerdo, digamos que no se lo tomo muy bien. Quería conocer a la chica primero para así asegurarse de que no iba tras su fortuna.

—¿Mark proviene de familia adinerada? —murmuro por lo bajo.

—Sí, pero la empresa y todo lo que tiene ahora se lo ha ganado él. Usó la herencia que el padre le otorgó al cumplir los veinticinco para construir Aerospace Duncan. A lo que vamos, el hecho es que a su madre no le gustó nada la novia. Parece ser que pelearon y se marchó de casa para estar con

ella. Renunció a todo; la fortuna de su herencia y a su familia por ella. Claro está, eso fue antes del accidente que tuvieron en coche.

Su frente se vuelve arrugar, quizás intentando recordar algo.

—Eso sucedió al mes más o menos de la discusión entre madre e hijo. Fue algo muy trágico. Los frenos del coche fallaron. El señor conducía, y ella iba en el asiento del copiloto. Se salvaron de milagro.

—¿Sufrieron algún daño físico? —indago más. Por lo poco que he visto del cuerpo de Mark no localicé cicatrices aparentes en ningún lado.

—No más allá de la conmoción cerebral causada por el golpe contra el árbol. Ella quedó en coma. No despertó hasta hace poco, visto lo visto. El señor solo trabajó y trabajó desde entonces. Se hizo cargo de los gastos que generaban el hospital y sus cuidados.

—Sigue.

—Cuando volvió a casa de la madre tras el accidente, se centró en terminar la carrera, se distanció de todos y terminó aceptando el dinero que tenía en fideicomiso invirtiéndolo en ese lugar.

—Y en el momento que heredó, fundó su empresa. Sí, eso ya me lo has dicho. Pero qué hay de ella, ¿no sabes nada más?

—Lo siento, pero La Arpía no tiene familia conocida. —Lo último sí que lo menciona con desprecio—. Tampoco tenía amigos. Solo sé lo que le oí al señor.

Que no es mucho.

—Gracias, sé que no debías contar nada y te agradezco tu confianza. — Poso mis manos sobre las suyas y le muestro una sonrisa de agradecimiento. Ella me la devuelve con cariño.

—¡Celia! ¿Se puede saber por qué no está trabajando? —El salto que da Celia del sofá es digno de los juegos olímpicos.

—Ya voy... —Se aleja del salón dejándome a solas con Kate.

—Está en su descanso. Déjala en paz.

Kate hace un ruido con su lengua, una especie de chasquido. Es algo muy molesto.

—Xia... Xia... Patrona de las causas perdidas.

Me muerdo con tantas fuerzas la lengua que el sabor metálico de mi sangre inunda mis sentidos de rabia.

Me dirijo a la puerta para ir a mi dormitorio. Pero la muy perra me agarra del brazo, como lo hizo la otra noche. Sus uñas se clavan dejándome marcas



en la piel y pequeñas gotas de sangre comienzan a brotar.

No pienso, simplemente reacciono por instinto:

—¡Te dije bien clarito que no volvieras a ponerme la zarpa encima!

Retiro el brazo con furia y la agarro del cabello. Tiro con todas mis ganas, sus chillidos histéricos son capaces de romper cualquier tímpano o copa de cristal.

Ella contraataca agarrando los míos a su vez. ¡La muy cabrona me va a dejar calva como siga tirando! Lo que me faltaba; regordeta, llena de estrías por los embarazos, arrugada como una uva pasa y calva. ¡Oh, no!, eso sí que no.

Con todas mis ganas me acerco a su cara y le propino un cabezazo en toda la nariz. ¡Joder, esto duele y mucho! En la tele parece más fácil y menos peligroso.

Me suelta y se tapa el rostro con las manos. Los chorros de sangre que brotan de su nariz salpican la alfombra persa del salón.

—¡Estás loca! —grita.

Las ganas de reírme son enormes. Su voz suena nasal amortiguada por sus manos. Si no fuera por el dolor que siento en la frente, hoy sería un gran día.

—¿Se puede saber qué ocurre aquí?!

Oh, oh. Me volteo con lentitud y ahí está. De vuelta en su querido hogar lleno de lunáticas.

—Mark... —Mi voz titubea al comprobar la mirada de espanto que tiene.

—¡Marky! Está loca. Mira lo que me ha hecho. Yo... tengo miedo Marky... Por favor, aléjala de mí.

¡Será puta! Mark no deja de mirar a una y a la otra. ¡Mierda! Parece cabreado, pero no puede ser, no puede creerla...

—Solo me defendí —alego, señalándola.

—¡Miente! Me atacó sin razón alguna.

—Dejad las dos de discutir. ¡Celia! Trae el botiquín.

—Mark, tengo que contarte algo importante...

—Ahora no, Xia. Hay que cortarle a Kate la hemorragia.

Nunca pensé que la buena voluntad de Mark me cabrearía tanto.

—Te está mintiendo, joder. ¿No lo ves? Es una mentirosa, te ha engañado. Y no solo ahora, sino también... —Los ojos de Kate se agrandan como platos.

—Marky, por favor, aléjala de mí.

Solloza con lágrimas falsas. ¡La muy... Arrggg!

—Xia, por lo que más quieras, hablaremos más tarde. Ahora no.

No puedo decir nada más sin cometer un asesinato. Me marchó del salón dando grandes pasos.

Me encierro en mi habitación y me voy derecha a la ventana necesito aire fresco.



*Dudas*

**XIA**

Inhalo en profundidad. Respiro aire fresco. Espero que se me pase toda la rabia, ira y desesperación que siento en este instante.

Por primera vez, en mis treinta y cuatro años amo a un hombre, y él está consolando a otra mujer escaleras abajo, mientras yo me encuentro aquí sola.

¿Acaso no dijo que me amaba a mí y no a ella? No logro entender a Mark. ¿Tan difícil es darse cuenta de lo falsa que es? Puede que quizás aún sienta algo por ella...

Llaman a la puerta y cierro los ojos al escuchar la voz de Mark.

—Déjame, quiero estar sola —le indico.

Temo enfrentarme a él y confirmar las dudas que tengo en su mirada.

—Tenemos que hablar, abre la puerta.

No le contesto. Ya se marchará.

Un golpe fuerte contra la puerta me sobresalta. Cierro con rapidez la ventana y llevo la vista hacia el picaporte.

—Si no abres esta puerta, la echaré abajo —advierde en tono serio, volviendo a golpear la puerta con fuerza.

—Está bien, ya abro. Deja de hacer eso, te vas a hacer daño.

Recojo todo el aire que mis pulmones me permiten y abro la puerta para ver al hombre que ahora mismo me trae de cabeza. Lo saludo de manera distante.

—Hola —responde él.

—¿Tenías pensado derribar la puerta?

Se encoge de hombros como si no tuviera importancia.

—He llamado a un doctor para que vea a Kate. Es posible que tenga la nariz rota.

—Bien.

—¿Bien? ¿Te estás escuchando? No pareces tú.

—Sí, bien. No tienes ni idea de lo que ha sido convivir con ella estos días. Ni de quién es ella en realidad.

—¿A qué te refieres Xia? —Se frota el puente de la nariz con frustración—. Sé que a veces puede ser un poco fría, pero la conozco desde hace mucho tiempo.

Sí, lo sé bien, no dejo de recordarlo. Ella fue su primer amor. Lo dejó todo por ella.

—Dime y contéstame con sinceridad. ¿Aún la amas? —Se me forma un nudo en la garganta esperando su respuesta.

—¿A qué viene ahora esa pregunta? Ya te dije que no sentía nada por ella. Te amo a ti, Xia. A ti —repite en tono grave.

Nos quedamos el uno frente al otro mirándonos directamente a los ojos, sin apartar la mirada. No tengo nada de lo que arrepentirme y quiero que se dé cuenta de ello. No pienso ceder, esa mujer es un cáncer y tengo que hacérselo ver.

—¿No será cierto lo que me dijo de que estás celosa de ella?

Mis manos se abren y se cierran con mucha, muchísima, rabia. ¿Celosa yo? ¡Mis ovarios!

—¡No tienes ni idea de quién es! —repito.

Alzo la voz porque esta conversación ya me está cansando. «La pobre Kate, la mártir de Kate...» ¡Arrggg!

—Pues ilumíname, ¿quién es? Dímelo.

Su voz se eleva, poniéndose a la altura de la mía. ¡Ni pruebas, ni leches! No puedo aguantarme más.

—Es una mentirosa, te ha engañado todos estos años.

—Xia...

—Déjame hablar —le interrumpo—, te ha mentido todos estos años. No ha estado en coma. Salió de él a los dos meses del accidente y se recuperó totalmente a los seis meses de despertar.

Veo como se queda totalmente estático, sin mover un solo músculo. Y empiezo a divagar sobre las sospechas que albergo.

—Tiene o tenía un lío con el director del centro. Entre los dos te han estado engañando. Todo el dinero que invertiste en el hospital para su cuidado en estos años, todo ese dinero fue para ellos. Es una interesada.

—No puede ser... —susurra.

Permanece quieto y con la mirada perdida.

—¿No me crees? ¿Acaso piensas que me inventaría todo esto?

—¡Eso es mentira! —grita Kate, apareciendo con un pañuelo lleno de sangre bajo la nariz—. Miente Mark. Tú sabes que te amé y que te amo.

Alzo la vista al techo de la habitación. ¿Cómo es capaz de venderle eso?

—Además todo fue un accidente. Yo no pedí quedarme en coma. Podríamos estar ya casados y ser padres si no hubieses girado el volante y chocado contra el árbol —dice, mirando hacia Mark.

Que se saque esto de la manga y se lo eche en cara me demuestra lo rastrera que es. El llanto de Kate aumenta, es tan falso como el bolso de Gucci que vende un tipo a la entrada del metro.

Sin embargo, me quedo mirando la reacción de Mark. ¡Venga! ¡Reacciona, di algo! Nada. Solo se escucha el llanto lastimero de esa falsa y arpía Kate.

—¿No piensas decir nada? —le recrimino—. ¡Dime por lo menos si me crees!

—¿Por qué va a creer en tus mentiras? Solo quieres alejarme de su vida —alega, victoriosa, mostrando una sonrisa triunfante.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Mi visión se convierte en una mancha borrosa. Me paso el dorso de la mano para lograr mirar a la cara a Mark.

—Ya has hecho tu elección —sentencio.

Recojo el bolso del tocador con furia. Al pasar al lado de Kate le doy un empujón con el hombro para que se aparte de mi camino.

Bajo los escalones llorando, ahora no soy capaz de parar. Josh y Kevin están al pie de las escaleras viendo a la neurótica de su madre.

—Nos marchamos de esta casa. Recogeremos nuestras cosas en otro momento. Nos vamos ahora.

Mis hijos solo asienten con la cabeza. Salimos al exterior y veo a Carlos.

—Por favor, Carlos, sácanos de aquí.

—Por supuesto, señora Martín, suban al coche.

Lo hacemos con rapidez sin intercambiar ninguna palabra o frase. Ya les contaré lo que ha sucedido cuando mi corazón sea capaz de latir de nuevo.

Cierro la puerta del copiloto. Cuando escucho a Mark de lejos:

—¡Xia! ¡Xia!

—Arranca, Carlos —le ruego con dificultad.

Duele, duele mucho. No tener que marcharme, si no la mirada de duda que Mark me ofreció hace un minuto.

—¿A dónde, señora Martín?

## **MARK**

Escucho de fondo sus argumentos. Pero no reacciono, ¿me ha estado engañando Kate tanto tiempo? Mi boca se abre para decirle que esto es una locura, que nunca dudaría de ella. Sin embargo, Kate chilla.

Aprovecha para recordarme el accidente, cierro los párpados un segundo y la culpa me invade de nuevo. Cuando los abro, mi corazón se quiebra por completo al ver las lágrimas que derrama Xia.

—Ya has hecho tu elección —me dice, apretando la mandíbula con fuerza.

El latido de mi corazón incrementa drásticamente en cuanto Xia cruza la puerta, y escucho el sonido de sus pasos bajando por la escalera.

—¡Oh, Marky! —exclama Kate, rodeando mi cintura con sus brazos—. Gracias por creerme.

—Quiero que abandones esta casa con la mayor brevedad posible. —La alejo de mí colocando mis manos en sus hombros—. No quiero volver a verte nunca.

Con bastante torpeza bajo las escaleras de dos en dos. Kate grita algo a mi espalda, pero la ignoro por completo. No puedo dejar que Xia se marche pensando que no creo en su palabra.

«No te vayas, no te alejes», grito su nombre con todas mis fuerzas. No obstante, en vez de esperar el coche arranca.

Me derrumbo en el suelo y me llevo las manos a la cabeza.

Volteo la cabeza. La fachada imponente de lo que fue un hogar mientras ella estuvo aquí, ahora es de nuevo una cárcel sin vida ni alma.

Me levanto con lentitud.

No me rendiré, te buscaré y no pienso perderte.



*Lejos*



**E**l coche se dirige al piso que aún tengo alquilado. No tengo pensado quedarme allí, hay demasiados recuerdos malos, pero necesitamos ropa para estos días y volver a la casa de Mark está descartado.

Trago con fuerza cuando veo la fachada del edificio. Es una tontería creer que David estará dentro esperándome para vengarse de algún modo, pero eso le trae sin cuidado a mi subconsciente. Las manos me tiemblan, las piernas no me responden.

Josh, sujeta mi mano, ladeo la cabeza y su mirada me da ánimos. Abro la puerta, y salimos del coche, no sin antes dirigirme a Carlos:

—Gracias, Carlos, puedes marcharte.

Los niños van unos pasos por delante de mí. No han hablado en todo el camino. Quizá me odien por todo lo que les estoy haciendo pasar, cosa que me aterra, ya que ellos son lo único que tengo.

Una vez dentro me doy cuenta de que la casa parece la misma. Alguien, me imagino que Mark, arregló la puerta de la entrada. La cocina ya no tiene ningún signo de violencia a su alrededor; ni sangre, ni cuchillos a la vista.

Pese a todo esto no dejo de sentirme nerviosa e insegura entre estas paredes.

—Mama, ¿qué vamos hacer ahora? —me pregunta Kevin con un hilo de voz.

Intento relajarme. Inhalo una bocanada de aire y pongo mis pensamientos en orden. Tenía una noticia que darles antes de que todo esto pasara y con tanto lío...

—No quiero que os preocupéis por mí, estaré bien.

Me siento en una silla de la mesa del comedor porque soy incapaz de volver a acercarme a ese sofá. Realizando un gesto con la mano les indico a los chicos que me acompañen y tomen asiento en las otras sillas.

—¿Habéis peleado Mark y tú? —me pregunta de nuevo Kevin, mientras se mira las manos cabizbajo.

—Sí, mi vida —le contesto con sinceridad y junto mis manos con las suyas.

—¿Podréis arreglarlo? —Josh habla por primera vez, mantiene su mirada fija en la mía.

—Sinceramente, cariño, no lo sé.

Nos quedamos unos minutos en silencio, suficiente como para reunir

fuerzas. Decido que es el momento idóneo para darles la noticia.

—Está bien, tengo algo que contaros. —Ambos levantan la cabeza a la vez esperando a que continúe—. ¿Qué os había prometido si al finalizar el curso aprobabais todo?

No han tardado ni dos segundos en mostrar una sonrisa enorme en su rostro.

—Sí, os vais al campamento de verano. Kevin, tú podrás practicar y aprender baloncesto. Josh, también tienen clases de boxeo y, aunque no me hace ninguna gracia, sé que es algo que a ti te gusta.

Cuando los chicos me dijeron que querían apuntarse al campamento privado para todo el verano, solo les pedí una condición: buenas notas al final del curso.

Mark desde el principio creyó en ellos y, sin decirles nada, pagó su estancia a la espera de las notas. Cuando me lo contó, me molesté con él. Le dije que no tenía que hacerlo, que me lo descontara de mi sueldo y que le devolvería el importe. Se negó en rotundo, dijo que era un regalo para los chicos y que se lo merecían por todo el esfuerzo que habían demostrado a lo largo de estos meses. En eso tenía razón.

Tanto Josh como Kevin se levantan con rapidez y me rodean con sus brazos a la vez.

—Gracias, mamá, pensé que te habías olvidado —me confiesa el pequeño—. Pero, el campamento comienza mañana...

—Sí, así que, ¿a qué esperáis para preparar la maleta? Si os falta algo le diré a Celia que os lo envíe.

Acto seguido, se marchan corriendo a sus antiguos dormitorios y me dejan a solas en el comedor.

Bien, una cosa hecha. Ahora a por el resto. Abro el bolso y agarro el móvil, en la pantalla veo tres llamadas perdidas de Mark. No le hago caso y realizo una llamada:

—¿Xia?

—Hola, necesito de un favor enorme.

—Lo que quieras. ¿En qué te puedo ayudar?

El hostel donde pasaremos la noche parece acogedor. Mañana los niños irán a la parada del bus y se marcharán a Cantabria. Se llevan los móviles con

ellos y les he pedido que me llamen todos los días sin excusas. Yo no los acompañaré hasta allí por si aparece Mark. No puedo verlo aún.

Me tumbo boca arriba en la cama. El colchón de muelles se me clava en la espalda e intento acomodarme como puedo. Estiro el brazo y agarro el móvil que está posado en la mesilla para poner la alarma.

Mark de nuevo. ¡Veintitrés llamadas perdidas y cinco mensajes!

«No lo hagas, no lo hagas». ¡Mierda lo hice! Abro los mensajes para saber lo que dice.

**Mark: Xia, atiende el teléfono.**

**Mark: Habla conmigo...**

**Mark: ¿Dónde estás? Estoy en tu piso y no hay nadie.**

**Mark: Xia, por favor, cógeme el móvil. Ya sabes que Kate no tiene a nadie, y yo solo intentaba protegerla como si fuera mi hermana, o una amiga. Yo solo te quiero a ti, Xia. Por favor, no me ignores.**

**Mark: Perdóname, por favor. Necesito saber que estás bien. Habla conmigo. Te amo.**

No sé qué hacer. Mi corazón me grita que lo llame. Mi mente me pide todo lo contrario. Reviso de nuevo los mensajes y decido no llamarlo. No dice que me cree en ningún momento.

¿Seguirá ella en su casa? ¡Arrggg! Por supuesto, qué tonta soy. Claro que la Reina del drama sigue allí.

Me tumbo sobre la cama y mis hijos se colocan cada uno a un lado rodeándome. El sonido del móvil de Josh rompe el silencio. Es Mark. Sin embargo, mi hijo no le contesta la llamada.

—Él tiene la culpa por traer a esa mujer a casa —me confiesa, abrazándome.

Voy a responder que no tiene por qué estar molesto con él por nuestros asuntos cuando de repente el teléfono de Kevin suena también. Me sorprende apagándolo y dándome un beso en la mejilla antes de darme las buenas noches.

Entre el colchón de muelles y mis lágrimas, que no me han dado tregua en toda la noche, solo he podido descansar unas dos horas.

Después de asearnos y vestirnos, me despido de mis dos angelitos dándoles el abrazo más fuerte que mis brazos me permiten. Decido verlos en la

distancia mientras se marchan para quedarme más tranquila. Así que me meto en la cafetería que está en la acera opuesta a la parada.

Me pido un café con leche y al poco rato veo como llega el autobús. Los niños están charlando de forma animada con el resto de los compañeros mientras esperan el turno para subirse. Cuando, de repente, el coche de Mark aparece quemando rueda. Aparca delante del bus y el conductor se queja sacando la cabeza por la ventanilla. Mark le pide unos minutos.

Me voy resbalando poco a poco en la silla intentando esconderme. Una gran tontería, porque hay unos cuatro carriles de coches entre la cafetería y Mark. Es prácticamente imposible que me pueda ver.

Josh niega con la cabeza y Kevin agacha la cabeza entre los hombros. Hablan durante un rato, se dan un abrazo y los deja subir al autobús.

Mark se lleva la mano a la nuca y la frota con rabia, mientras el autobús se aleja. Entra en el coche e inmediatamente mi teléfono suena. Con manos temblorosas y volviendo a enderezar la espalda en el asiento abro el mensaje que me manda:

***Mark: Espero que por lo menos leas mis mensajes. No te alejes de mí.***

Mierda, esto es más difícil de lo que pensaba. Cierro los ojos con fuerza para no derramar ninguna lágrima más. Estoy decidida, sé lo que tengo que hacer. Y lo haré.

—¿Está bien, señorita?

¡¡Joder, vaya susto!! Doy un salto y miro a la camarera que me trae la cuenta. Estaba tan absorta en mi mundo que no me he dado cuenta de su presencia.

—Sí, perdón. Aquí tiene, quédese con el cambio.

Agarro la maleta que me acompaña y salgo de la cafetería. Veo el coche llegar y aparca justo a mi altura.

—¿Estás segura de que lo haces es lo mejor? —me dice, dudoso.

—No, pero he aprendido que el que no arriesga no gana.

—Entonces, sube.

Le obedezco, dejo la maleta en los asientos de atrás y me pongo el cinturón de seguridad antes de que arranque. De nuevo, suena el móvil:

***Mark: Joder, Xia ¿dónde estás?***

Decido guardar el teléfono, no puedo cambiar de opinión ahora. Giro la cabeza y miro a los ojos al hombre que me brinda ayuda.

—Gracias por todo, Luis.



## **MARK**

Esperé a que Carlos volviera y me dijese a dónde había llevado a Xia. Sin embargo, en cuanto he llegado a su casa no estaba aquí. Llamo a su teléfono una y otra vez. Le envió mensajes, pero no me contesta.

Desesperado, sin llegar a entender cómo hemos llegado a esta situación, decido continuar hasta dar con ella. Necesito que Xia hable conmigo. Aún me parece increíble que Kate me engañase durante tantos años.

Llamo a Miguel por teléfono, pero no me atiende. Así que decido ir a su casa. Media hora más tarde, llego a su edificio. No necesito llamar para que me abra el portal porque una vecina de lo más amable que salía en ese instante me ha dejado entrar.

Subo en el ascensor y sin ningún miramiento golpeo la puerta con los nudillos. Lo que menos me espero es encontrarlo en una situación algo incómoda con... otro hombre, sin camisa y sudado. Me atiende como puede. Y me asegura que no sabe nada de Xia.

Justo cuando me giro para irme, Miguel me sujeta del antebrazo:

—Mark, espero que esto que has visto no sea un problema para seguir trabajando en...

—No digas tonterías. Avísame si sabes algo de ella, ¿vale?

Las horas pasan y no sé dónde seguir buscando. He estado toda la noche sin pegar ojo.

Me acuerdo de golpe de que Josh y Kevin se van hoy al campamento. Me subo al deportivo y acelero lo más rápido que puedo. En cuanto llego a la parada los veo.

—Chicos, ¿sabéis dónde está vuestra madre? Tengo que hablar con ella.

—Lo siento, Mark. Mamá no nos dijo a dónde iba —me indica Kevin.

Su hermano, sin embargo, evita mirarme a los ojos. Se le ve molesto, y me siento en la obligación de pedirles disculpas por lo sucedido.

Los chavales no tienen la culpa de mi estupidez. Me despido de ellos con un abrazo y dejo que se marchen.

Una vez sentado en el coche doy un golpe al volante con frustración. Saco el móvil y envió otro mensaje a Xia.

Conducir sin apenas haber dormido y con este estado de ansiedad no es lo más sensato. Por suerte llego a la mansión sin percance alguno. Pero en cuanto meto un pie dentro de casa me encuentro con que Kate sigue aquí.

—Marky, sé que no decías en serio lo de que me fuese, ¿verdad? —me

dice poniendo morritos tristes.

—Habla muy en serio. Quiero que te marches. Te buscaré un lugar donde puedas vivir si es preciso.

—*Pe-pero...* piensa...

—¡Eres la razón por la que Xia se ha marchado! —le recrimino—. No tengo nada que pensar.

Subo las escaleras a mi dormitorio saco de nuevo el móvil. Nada. No me contesta.

***Mark: Joder, Xia ¿Dónde estás?***

El gimnasio no me ayuda y la bebida tampoco.

Llega la noche y el silencio en el que me tiene sumido me pone más y más nervioso. Me quedo dormido encima de la colcha de la cama. No por cansancio, sino por la borrachera que llevo encima.

Siento los labios de una mujer que besa mi boca, la aparto medio dormido. Pienso en Xia inmediatamente, pero el olor de esta persona no es el suyo. Abro los ojos y me encuentro a Kate desnuda a horcajadas encima de mi cintura. Me incorporo y me echo hacia atrás.

—¿Qué haces aquí?

Le paso una almohada para que se tape. Me incomoda tenerla así de cerca.

—¡Oh, Mark!, yo te amo. Nunca dejé de hacerlo. Podemos seguir con nuestras vidas y casarnos como queríamos antes del trágico accidente.

«El accidente».

—Kate. Sal de mi dormitorio ahora mismo.

Me levanto de la cama. Abro la puerta y lanzo un grito al pasillo llamando a Carlos para que se la lleve a un hotel inmediatamente.

—Marky, mi ropa. No puedes dejarme sin mis cosas.

—Carlos te llevará la ropa.

Cierro la puerta dando un portazo y dejándola en el pasillo.

Esto es surrealista. Me siento a los pies de la cama y vuelvo a mandar otro mensaje. Quizás ella no los lea, pero es lo único que me mantiene cuerdo ahora mismo.

***Mark: No creo que pueda amar a nadie que no seas tú el resto de mi vida. No me alejes, Xia, por favor.***

Me quedo mirando a la pantalla como un bobo. Nada. Sigue sin responder.

Me tumbo boca arriba sobre colchón y dejo pasar las horas.





## Xia 007

**L**XIA  
uis me ha apoyado en todo el proceso desde que salí de la casa de David. Es un hombre que me da consejo y apoyo moral en todo momento.

Sabe todo de mí, dado que es el abogado que lleva mi caso. Y dudo que Mark piense que me está ayudando a... mejor dicho, que oculta mi paradero.

Primero pensé en llamar a Miguel, pero seguro que Mark hablará con él. Teniendo en cuenta que trabaja en su empresa no quería que estuviera en medio y se viera involucrado.

—Está es la habitación de invitados, siento que mi casa sea más austera que la de Mark.

—No seas tonto, nunca me han importado nada esas cosas —le indico, realizando un gesto con la mano para darle mayor énfasis—. Gracias otra vez, Luis.

—Ya te dije cuando te conocí que te ayudaría siempre que lo necesitaras. Y lo comenté en serio.

—Pero no tenías por qué aceptar.

—Si lo que me has contado de Kate es cierto, creo que esto puede ser mucho más gordo de lo que te imaginas.

Escucho las palabras de Luis con atención. ¡Madre mía! Mi vida se está convirtiendo poco a poco en una película mala de serie B.

—Será mejor que te pongas cómoda. El baño está al final del pasillo, solo hay ese —me informa con modestia—. Te espero en el salón cuando termines.

Acto seguido se marcha del dormitorio dejándome a solas. Vacío la maleta, y pillo una muda cómoda para cambiarme: Un top y un *short* en tono azul oscuro.

Llevo la ropa agarrada entre las manos mientras avanzo por el pasillo y abro la puerta del final. El baño no es muy grande, pero tiene un plato de ducha con mampara que es todo lo que preciso. Abro el agua caliente y rápidamente se llena todo de vaho. Cierro la puerta con pestillo y me desvisto.

El agua relaja mis músculos. Meto la cabeza debajo del chorro, y cierro los ojos mientras con mis dedos me toco los labios. «Si no me hubiera besado,

solo sería un amor platónico, algo inalcanzable».

Pero Mark me besó y su recuerdo sigue impreso en mi piel y en mi alma.

Salgo de la ducha y me seco el pelo con una toalla, no veo un secador por ningún lado. «Piso de soltero...»

Salgo descalza, pequeñas gotas de agua me caen por los hombros desde el pelo. El suelo es de madera y como es verano no tengo frío, menos mal.

A medida que me acerco al salón escucho una melodía por lo bajo, creo reconocerla, es *Help* de los Beatles. ¿Soy la única aquí que ve la ironía de tal canción?

—¿Te molesta la música?

—No, para nada, me encantan los Beatles. Aunque soy fan incondicional de U2.

—Lo siento, no tengo nada de ellos. Siéntate, tengo algunas cosas que contarte.

¿Por qué cada vez que alguien dice eso, pienso que mi mundo se va a poner patas arriba? «Porque quizá sea así», me respondo a mí misma.

¡A partir de ahora voy a necesitar tila en vena!

Se arrastra para dejarme un hueco a su lado en el sofá. Estoy algo nerviosa, conozco a Luis de tratar con él las cosas de David, pero poco más. Sin darme cuenta la pata de la mesa decide saludar a mi dedo gordo del pie.

—¡Ay, joder! —exclamo, agarrándome el pie con las manos mientras doy saltitos a la pata coja.

—¿Estás bien? —pregunta con preocupación—. Ven, siéntate. Déjame ver que no te lo hayas roto.

Mi dedo late con fuerza, me siento en el sofá y Luis me sujeta el pie entre sus manos. ¡Menos mal que estoy recién duchada! Tiene un tacto suave, sin embargo, una risa que no puedo controlar sale sin mi permiso. Tengo unas cosquillas tremendas en los pies.

—Parece que no está roto —indica, posando mi tobillo encima de un cojín—. Vuelvo en un instante.

Se levanta y se marcha a lo que creo que es la cocina. No tarda ni dos minutos en regresar. En una mano lleva una bolsa con hielo, en la otra un tubo de crema y un paño.

—Deja que te ayude.

Se vuelve a sentar en el sofá retirando el cojín y pone mi pie encima de sus piernas. El silencio es algo que no llevo muy bien, pero no sé qué decir y

menos teniendo en cuenta la gentileza con la que me está tratando.

—Me ha extrañado mucho tu llamada.

A mí también y eso que fui yo quien la hizo. En ese momento me pareció la mejor opción.

—Lo cierto es que iba a llamarte si no llegas a hacerlo tú primero. Tengo noticias de David.

Expulso una bocanada de aire y me preparo mentalmente para que me diga qué sucede:

—No debes preocuparte más por él, está en la cárcel a la espera de juicio. Le caerán de veinte a treinta años por intento de homicidio. La otra buena noticia es que has obtenido el divorcio.

Noto como un peso enorme que llevaba sobre los hombros se disipa.

—¿Es definitivo?

—Sí, tengo los papeles en mi maletín. Solo tienes que firmarlos y será oficial.

Me incorporo rápidamente y le doy un abrazo.

—Gracias.

¡Mierda! ¿Pero qué hago? Estoy prácticamente subida a sus rodillas, con ambas manos sobre su cuello. Me doy cuenta que se ha quedado rígido hasta que noto como me corresponde al abrazo agarrándome por la cintura.

Me separo de él con las manos rodeando su cuello, tiene unos hermosos ojos azules claros. Nuestras caras están muy cerca. Empiezo a notarme incómoda por la situación. Me alejo con rapidez echándome para atrás. ¿Qué ha pasado aquí?

Escucho que Luis se aclara la garganta.

—Bueno, no tienes que dárme las es mi trabajo. Eso me recuerda que... — Se levanta del sofá para agarrar una maleta que está encima de un escritorio. La abre y retira de su interior una carpeta—. Lo que me contaste de Kate y Mark me hizo recordar algo. Mi padre era el abogado de la familia Duncan antes de que yo ocupara ese puesto. Después de tu llamada de ayer, me acerqué por el bufete y encontré esto.

Me pasa la carpeta. Y asiente con la cabeza en el momento que voy a abrirla. Leo atentamente hoja tras hoja. No puedo creer lo que veo.

¡Kate, te pille!

## **MARK**

¡Cinco!

Cinco malditos días sin saber nada de ella. Todo este tiempo ha sido peor que los quince años que estuve culpándome por lo que le sucedió a Kate.

He estado aprovechando para investigar por mi cuenta lo sucedido y he encontrado alguna incongruencia en los informes del hospital que hacen que sospeche del director.

También me informé sobre David. Esta mañana al enterarme de que le habían concedido el divorcio a Xia una bombilla se encendió. Cómo no lo pensé antes. ¡Luis! Puede que él sepa dónde está.

Voy directo a su casa, conduzco como un loco intentando llegar lo antes posible. Una vez aparco y llamo a su piso, nadie me atiende.

Puede que no se encuentre. Pasada una media hora, aprovecho que un vecino sale del edificio y decido entrar. Espero en el rellano de las escaleras toda la tarde, hasta casi llegar la noche.

Me levanto cuando escucho que las puertas del ascensor se abren. Ahí está ella. Pese a la sorpresa de encontrármela con él, unas ganas enormes de abrazarla y besarla pasan por mi mente, pero me contengo.

—Hola, Xia —la saludo, sin dejar de observarla—. Luis.

—Yo mejor me voy a comprar la cena. Xia ¿tienes las llaves, verdad?

Luis vuelve a entrar en el ascensor con rapidez. Espero que no intentase nada con ella o juro que no volverá a tener trabajo como abogado en su vida.

—Hola, Mark.

¡Qué ganas tenía de volver a escuchar su voz!

Camina con nerviosismo y se para delante de la puerta. Introduce la mano en el bolso buscando las llaves. Al poco rato consigue abrir y la sigo dentro. Cierro tras de mí esperando a que se gire o que diga algo.

Sin embargo, las ganas de poder estrecharla de nuevo entre mis brazos me pueden. No dejo pasar ni un segundo más, me acerco a ella y la abrazo por la espalda. Inhalo su olor. Lo echaba tanto de menos.

—No vuelvas a alejarte de mí —le digo al oído.

## XIA

Han pasado cinco días desde que me fui de la casa de Mark. Cinco días, con sus respectivas noches sin pegar ojo.

Mensajes continuos me llegan de él. Sus palabras me derriten y logran que no pierda la esperanza. Como el último que me envió:

***Mark: No creo que pueda amar a nadie que no seas tú el resto de mi vida. No me alejes, Xia, por favor.***

Aún no puedo, pero estoy cerca...

Regreso a la realidad. Localización actual: El culo del mundo.

Me siento como si estuviera en una novela de Sherlock Holmes. Espero ser la protagonista y no la chica tonta que muere tras soltar su segunda frase.

Luis aparca el coche. Me bajo sintiendo los latidos del corazón en los oídos. Un escalofrío recorre mi cuerpo justo en el instante en el que poso el pie sobre la carretera. Aquí es dónde hace quince años casi se matan Mark y Kate.

Inspecciono el lugar sintiéndome un poco estúpida. Vegetación abundante con árboles cerca del asfalto a nuestra derecha. A la izquierda nada, solo un quitamiedos para separarnos del acantilado y unos cincuenta metros más adelante una curva muy cerrada. La carretera es antigua, no más de un coche puede circular en ella.

Es cuando soy realmente consciente de que si Mark no hubiera tenido esos reflejos para girar el coche y chocar contra el árbol habrían salido disparados hacía el vacío.

—¿Necesitas más tiempo?

Me olvide totalmente de Luis.

—Perdón, ¿qué?

Me sonrío y se acerca hasta mí.

—¿Qué si necesitas mirar más?

—No, podemos irnos ya.

Subimos al coche de nuevo. Durante el trayecto no dejo de darle vueltas a todo. ¿Estará bien? ¿Kate habrá conseguido seducirle? ¿Me apartará de su vida cuando llegue por fin con todas las pruebas? Y ahora que lo pienso... eso que huelo, ¿es mi cabeza echando humo? Pues va a ser que no.

—¡Oh, no!

Luis aparca en un lateral de la carretera, dado que del motor sale un humillo sospechosamente alarmante.

—¿Va algo mal? —le pregunto.

¡Bravo, Xia! Acabas de ganar el premio a la detective del año.

—Voy a ver qué le pasa —comenta antes de salir del coche y acto seguido abre el capó.

—¿Qué le pasa? —grito, sacando la cabeza por la ventanilla.

Luis se asoma para poder responderme.

—No tengo ni idea. Imagino que se sobrecalentó. ¿Me pasas la botella de agua?

Miro a mi alrededor, ahí está. Salgo del coche y se la paso. Me quedo mirando el motor como si tuviera alguna idea de lo que mis ojos observan.

El rugido de un motor suena a lo lejos, va a bastante velocidad. Cada vez más y más cerca. Tengo un presentimiento, no suelo hacer caso a esas cosas, pero los pelos se me ponen de punta.

Miro la carretera y el sonido se hace más y más fuerte.

—Luis...

—Ya está, vamos a probar ahora.

Nos subimos de nuevo y me pongo el cinturón. Mientras, sigo mirando a todos lados.

—¿Estás bien? Pareces nerviosa.

—No sé por qué, pero tengo esta sensa...

Lo que se dice de que cuando estás a punto de morir ves todo a cámara lenta es una mentira. El cristal de atrás se hace añicos, Luis me agacha sujetándome de la nuca lo máximo que me permite el cinturón y me cubre con su cuerpo.

¡¡Disparos!! ¡Nos disparan! Esto ya no tiene sentido alguno.

Un todo terreno negro que va a toda velocidad pasa por nuestro lado. ¡Balas! Balas de las que matan, hieren y te quitan la vida, atraviesan los ventanales. No dejo de gritar como una loca.

—Xia, agáchate bien. Voy a arrancar... —Alza la voz Luis.

El todo terreno comienza a maniobrar para dar la vuelta. Mi rostro se descompone por el miedo. ¡Oh, Dios! Vuelven a por nosotros.

Luis mete la llave, la gira, la vuelve a girar... Pero el motor no arranca.

¡¡Enciende!! ¡¡Enciende!!

—¿Quieres encender de una jodida vez? —grito.

No a Luis, por supuesto, al coche que parece que se dio por aludido y ahora ronronea como un dulce gatito.

Luis mete la marcha y acelera. Miro el velocímetro: ciento treinta, ciento cincuenta, ciento sesenta, ciento ochenta...

—Nos vamos a matar.

—¡Xia!

—¿¡Qué!?

—Cállate de una vez. Prefiero morir otro día, si tengo la oportunidad de elegir.

Mis manos se aferran al salpicadero. Alzo la cabeza un poco y miro si nos siguen. ¡Oh, mierda! Sí que nos siguen.

—¡Corre!

—¡Ya lo hago joder, el coche no da más!

No sé qué puedo hacer. Temo perder el control en cualquier momento. ¡El móvil! Busco frenéticamente entre los cristales y me corto. Lógico, teniendo en cuenta que el coche no deja de dar los giros bruscos y nos está persiguiendo un loco que porta un arma de fuego.

Alcanzo mi bolso por fin y marco con rapidez.

—Policía. ¿Puedo ayudarle?

—¡¡Nos disparan!! Estamos en el coche y nos persiguen... —grito sin poder contenerme.

—Bien cálmese y dígame quién les dispara.

«¿Está de coña? Quiere que me calme. Me quieren meter una bala entre ceja y ceja, ¿y la telefonista me dice que me calme?» Pienso, incrédula.

—Y yo qué cojones sé —le contesto, cabreada—. ¿No pretenderá que me acerque a preguntar?

—Intente relajarse, ¿está en un sitio seguro para esconderse?

¿Esta tía está sorda o qué? Respiro profundamente, tanto que hasta escucho como lo hago. Y pongo la mejor voz de niña buena que puedo.

—Mire, señorita, un coche nos acaba de disparar estamos siendo perseguidos en este instante por ellos. Sería tan amable de avisar para que ¡Los jodidos policias muevan su culo y vengan a ayudarnos! —le indico mirando a la pantalla del teléfono fijamente ya sin poder aguantarme más.

—Dígame su situación, ahora mismo van en camino.

¡Aleluya! Después de darle las indicaciones, varios disparos intentan alcanzar las ruedas traseras. Y tras estar casi cinco minutos tratando de alejarnos lo máximo posible escucho sirenas. Me atrevo a volver a alzar la

cabeza para revisar si el todoterreno continúa persiguiéndonos. Pero ya no queda rastro de él.

—Luis, ya puedes aminorar, se ha ido.

Me agacho metiendo la cabeza entre las piernas y la sujeto con ambas manos. Mi estómago está revuelto. Y creo que voy... creo que voy...

—¡Frena!

Luis me obedece inmediatamente. Abro la puerta y vomito.

Después de haber prestado declaración y de que atendieran mis cortes en brazos y manos llegamos a la casa de Luis.

Cansada es un eufemismo para lo que siento en ese instante. Arrastro los pies con desgana. Sigo sin dar crédito a lo que nos ha sucedido hoy.

Necesito urgentemente un baño, pero recuerdo que tendré que conformarme con una ducha rápida.

—Ya no es seguro que te quedes en mi casa.

—Lo sé, llamaré a Miguel mañana.

—Tendrás que decirle a Mark pronto lo que está sucediendo.

Las puertas del ascensor se abren y... ¡A la mierda mi ducha!

—Hola, Xia. Luis.

—Yo mejor me voy a comprar la cena. Xia ¿tienes las llaves verdad?

No me da tiempo a contestarle, el ascensor se cierra a mi espalda y el cobarde de Luis me deja a solas con él.

Metó la mano en el bolso y busco las condenadas llaves. ¡Joder! Ni que fuera el bolso de Mary Poppins. Mark no me dice nada mientras tanto, solo se queda observando como peleo con el fondo de mi bolso. Por mi parte no soy capaz de mirarlo a la cara. ¡Al fin, las llaves! Abro y entro con rapidez.

Al poco rato siento el calor que desprende su cuerpo pegado a mi espalda y su aliento en mi nuca. Necesitó contarle... Sus manos me rodean desde la espalda y me abraza.

—No vuelvas a alejarte de mí —me dice al oído.

Me giro para tenerlo de frente, pero no llego a articular palabra. Sus labios se unen a los míos en un acto tan natural como lo es respirar.

¡Cómo echaba de menos esos labios! Correspondo su beso con ardor y me dejo llevar. Ya tendremos tiempo de hablar en otro momento.





***Decidida***

**M**e dejo llevar por la pasión, la cabeza me da vueltas, nuestras lenguas ávidas juegan y entrelazan entre sí. Me separo de él colocando la palma de la mano en su pecho, consiguiendo que nuestras miradas se unan.

—Mark... —susurro.

—No hables... —me suplica—, solo siente. Te necesito tanto, amor.

Y vuelve a besarme, pero en esta ocasión es de una manera distinta. Me rodea con sus brazos con fuerza como intentando que no me escape de nuevo de su lado. La incipiente barba que tiene me rasca.

—Dormitorio —comenta entre besos rápidos antes de alzarme en brazos.

Le indico moviendo el brazo en la dirección en la que creo está la habitación, ya que ahora mismo la cabeza me da vueltas, y no sé dónde me encuentro. Cuando llega a la puerta, que por suerte está abierta, entra y cierra con el pie. Me posa en el suelo con cuidado. Mi pecho sube y baja rápido igual que el suyo, me siento como si volviera a ser una adolescente.

Me observa con detenimiento mientras me ayuda a desvestirme y la ternura en su mirada destroza cualquier duda que hubiese podido tener. Su rostro se altera al descubrir mis recientes heridas. Me pregunta por los cortes que tengo y le indico que más tarde le contaré los detalles, ahora no es momento de recordar la angustia vivida.

Decidida llevo las manos a su camisa y empiezo a quitársela. El calor que siento en mis partes íntimas se asemeja al mismísimo infierno, me sorprende no estar ardiendo en llamas.

Acaricio su torso y comienzo a deleitarme con el tacto de la piel de Mark bajo la palma de mi mano. Su piel arde bajo las yemas de mis dedos. «Condenada tableta de chocolate repleta de músculos».

Termino quedándome tan solo con la ropa interior. Me retiro los zapatos sin dejar de mirarlo a los ojos. Sin embargo, Mark niega con la cabeza.

—Déjalos puestos por ahora —me propone con voz ronca a causa de la excitación.

Nos volvemos a unir en un abrazo sin principio o final. Sin saber dónde comienza uno o termina el otro, chupando, lamiendo, mordiendo...

Mi sangre caliente corre por mis venas a la velocidad de la luz. Su dedo engancha la tela satinada de mis bragas y su pene se frota contra mí. «Sí, sí,

sí». Sus manos abandonan esa zona, recorren mis brazos, mi costado. Me desabrocho el sujetador, y nos tumbamos en la cama.

Traza un camino lleno de intenciones. Recorre mis piernas hasta llegar a mis pies, durante su trayecto esparce besos que me encienden más y más. Se detiene para quitarme los zapatos y, cuando termina, me sonrío antes de dejar caer su pantalón al suelo. Lleva un bóxer negro ajustado. ¡Y madre de la mar hermosa! ¡Qué bien lo rellena!

Me retiro la braga sin pensármelo dos veces, quedándome totalmente desnuda. Mark susurra mi nombre y se tumba a mi lado en la cama. Cierro los ojos dejándome llevar por las sensaciones, piel con piel.

Trago saliva cuando se retira el bóxer e inspiro en profundidad, intentando relajarme y alejar los recuerdos amargos del pasado, de una vida llena de cadenas en las que no eran libres ni mis pensamientos.

Es Mark, es él. Lo demuestran la cercanía de su calor y el aroma de su cuerpo. Su voz grave y su mirada... Sé que no me hará daño.

Se toma su tiempo acariciando mis pechos, mordisqueando los pezones y provocando que roce el cielo. Se coloca entre mis piernas, y rodeo su cintura con ellas.

«¡Oh, dulce cielo!» Centímetro a centímetro nuestros cuerpos se unen.

Podría tomarme un tiempo acostumbrarme a él. ¡Qué ganas de intentarlo tengo! Muevo la pelvis indicándole que puede ir sin miedo y decido animarle para que se dé cuenta de ello.

—Sigue así —jadeo entre sus labios.

Se lo toma al pie de la letra y emprende un ritmo moviendo la cadera que me vuelve loca. Me llena por completo, presionando una zona en mi interior que consigue pierda el poco pudor que me quedaba.

—Maldición... Se siente tan bien —dice con el rostro metido en el hueco de mi cuello, mientras deposita delicados besos.

Nos trasladamos a otro mundo. Nada existe más allá de esta cama y de este instante. La forma en la que nuestra piel se roza con el vaivén del placer, la determinación de su mirada midiendo cada respuesta de mi cuerpo a cada uno de sus estímulos. La sensación que noté en el gimnasio entre sus brazos se repite apoderándose de mí, pero en esta ocasión con mayor intensidad. No se puede comparar con nada.

Siento como se acumulan las sensaciones al borde del orgasmo en mis extremidades, y Mark aumenta sus embestidas. Los espasmos musculares

comienzan y arqueo la espalda. Él se aferra con más fuerza a mi cuerpo sin dejar de entrar y salir una y otra vez. Los jadeos de excitación son la única música que nos acompaña.

Se impulsa a sí mismo una vez más llegando al orgasmo mientras posa una mano en mi mejilla y la otra en mi muslo. Se desploma a mi lado.

Me toma un tiempo recuperar la respiración y que el mundo deje de girar. Me arrimo a él y pongo la mejilla en su hombro. Alzo el rostro para volver admirar su mirada y me sorprendo al comprobar que él está observándome de la misma manera.

—Te amo, Xia.

Y yo también a él. Pero eso no impide que tengamos una conversación pendiente.

—Mark, tenemos que hablar.

Me aprieta más contra su cuerpo. Como siga así me va a dejar sin respiración.

—Mañana, por favor. Llevo varios días sin pegar ojo —me indica, y me percató de la preocupación con la que lo expresa—. Duerme conmigo un rato, descansa a mi lado.

Al cabo de unos minutos la respiración de Mark se vuelve más lenta. La mía no tarda en acompañarle y me duermo entre sus cálidos brazos.

Las ganas de beber me han despertado. Quiero retirar la pierna de la cama, pero un peso me lo impide.

«¡Oh, es verdad! Mark está aquí. ¡No fue un sueño!»

Le doy un beso en los labios con suavidad, intentando que no se dé cuenta.

—Yo también te amo —le susurro—, perdóname.

Salgo despacio de la cama y me visto. El reloj marca las siete. Pronto se despertará, y sé que no es lo más sensato lo que estoy haciendo.

Voy a asearme y después de beber un vaso de agua en la cocina, me marcho de la casa de Luis dejando a Mark en los brazos de Morfeo.

No estoy muy segura de por qué hago lo que hago. Solo sé que debo enfrentarme a Kate sola. Y esta vez iré preparada, puede que haya sido muy astuta durante todos estos años, pero no sabe de lo que soy capaz de hacer por aquellos a los que amo.

—No pienso perder mi corazón —digo en alto para insuflarme el valor que necesito para continuar con la locura de plan que se me ha ocurrido.

Mientras me dirijo a buscar a la bruja de Kate, no dejo de pensar en que yo podría estar criando malvas. Sobrevivimos ayer de milagro. No habría estado para mis hijos cuándo lo precisaran. No despertaría nunca entre los brazos de Mark... Todos estos pensamientos se acumulan en mi mente de tal manera que la noche que acabo de compartir con él cobra un sentido especial.

Tardo cerca de cuarenta minutos en llegar a la casa de Mark. Mis manos sudan y mi corazón truena, pero, aun así, me acerco al timbre. Llamo a la puerta principal y al poco me abre Celia. Nada más verme se lanza a mis brazos.

—No te vuelvas a ir así nunca más, niña —me indica con voz temblorosa.

Esta mujer me ha robado el corazón poco a poco. Primero con su seriedad y formalismos —era como el puro hielo— y es que en cierta forma se ha comportado más como una madre que la mía propia. Y luego, más tarde, con sus consejos y confidencias.

Me separó de su abrazo con la intención de informarle de mis propósitos.

—Vengo a buscar a la arpía.

## **MARK**

Me despierto e inmediatamente me doy cuenta de la ausencia de Xia. ¿Dónde se habrá metido?

Escucho ruido que proviene de la cocina y me relajo un poco. Debe de estar preparando algo para desayunar.

Me pongo el pantalón y salgo al pasillo abotonándome la camisa. Cuando alzo la vista y me encuentro con Luis calentándose un café. De inmediato le pregunto si sabe en dónde se encuentra Xia.

—Acabo de llegar, pensé que estaría contigo en el dormitorio —comenta, frunciendo el ceño—. Mark, puede que haya ido a buscar a Kate...

—Eso no tiene sentido, no tiene ni idea de dónde se encuentra.

—¿Acaso no vive en tu casa?

—No, la eché justo después de que Xia se marchase —le explico, llevándome las manos a la cabeza.

—Pues eso ella no lo sabe. Quizá se haya marchado allí. —Luis se sienta en una silla y su rostro muestra inquietud—. Mejor que Kate no esté, esa mujer es peligrosa.

—Habla con claridad, Luis, ¿a qué te refieres? —inquiero, dando un paso al frente.

—Ayer acudimos a varios sitios. Después de tener una reunión con el director del hospital donde estuvo Kate ingresada, fuimos al lugar de vuestro accidente. Debieron de seguirnos sin que nos diésemos cuenta...

—¿Quieres dejar de andarte por las ramas!

—Nos persiguieron en coche y nos dispararon —sentencia con voz firme, y mi corazón se contrae de miedo.

No vuelvo a cruzar otra palabra con él. De inmediato me calzo y salgo a la calle. Subo en mi coche y acelero la velocidad al máximo permitido.

Tengo un mal presentimiento.

## XIA

Celia se frota las manos con nerviosismo. ¿Qué sucede? Eso solo lo hace cuando está muy preocupada.

—Ya no está aquí. El día que te marchaste fue un caos total.

Mi cara tiene que ser un poema. ¿¡Cómo que no está!?! Yo vengo preparada para que arda Troya y la muy zorra no está.

—Pero yo creí...

—Ven, sentémonos en el salón, y te contaré lo que sé.

Me sujeta de la mano y me arrastra con ella hasta el interior. Sí, me arrastra porque soy incapaz de reaccionar a esta información. Daba por hecho que Kate estaría viviendo aquí todo este tiempo.

—La tarde que te marchaste, el señor Duncan discutió con Kate. —Asiento con interés, atenta a cada palabra que dice Celia—. Ella le reprochó que creyera en ti y, sobre todo, en las acusaciones que vertiste sobre ella.

—¿La echó de la casa?

—No inmediatamente. Primero, salió detrás de ti, y luego fue a buscarte. Llegó bastante tarde. En la madrugada escuché gritos de nuevo, volvían a discutir.

Me doy cuenta de que duda en si seguir con el relato y le acaricio el dorso de la mano para que prosiga.

—Kate se metió en su dormitorio y ahí fue cuando llamó a Carlos para que la llevara a un hotel. El señor ha estado como loco buscándote todos estos días.

No puedo creerlo. Kate intentó engatusarlo, y Mark la echó.

—¿Dónde está ahora?

—En el Hilton.

—Celia, me tengo que ir... — Me levanto del sofá.

—La vas a ir a buscar, ¿verdad? —Asiento con la cabeza.

Sin embargo, el alboroto que escucho en la entrada de la casa hace que me sobresalte. Reconozco la voz de la maldad, introduzco la mano en el bolso y me preparo.

—¡Solo vengo a por mi ropa! ¡Apártate de mi camino!

Oigo como sube las escaleras y decido ir a enfrentarla.

—¿Fuiste tú, no es cierto? —increpo desde el umbral de la puerta del que antes era su dormitorio.

—Vaya, la mosquita muerta aparece de nuevo.

—No me jodas, Kate. Sé que fuiste tú. Lo sé todo.

—No sabes una mierda —sisea, entrecerrando los ojos

Reúno todo el coraje que puedo y avanzo dando un paso al frente.

—Sé lo del seguro de vida de diez millones en el que Mark te tenía como beneficiaría. También intuyo que durante el accidente no llevabas el cinturón de seguridad porque tenías pensado saltar del coche justo antes de que se despeñara por el acantilado. Y también que tú manipulaste los frenos.

—No tienes pruebas... —manifiesta con los puños cerrados a ambos lados de su cuerpo.

—Sé que llevas robando a Mark desde hace quince años, mientras finges seguir internada y en coma. Tu querido doctor ha confesado para evitar que caiga todo el peso de la ley sobre él y la pena sea menor. Ya está todo en manos de la justicia —revelo con triunfo, y percibo el cambio súbito en su rostro al escucharme.

—¡Maldita zorra! ¿Por qué tuviste que aparecer en su vida? No tendría que haberse enterado nunca. ¡Lo tenía todo! —gesticula moviendo los brazos con energía, alterada—. Y él, él, decide sin consultármelo renunciar a su fortuna. ¡Irse a vivir conmigo, sin un puto céntimo! ¿De qué me servía si renunciaba a su dinero?

Trago saliva incómoda. No puedo creer lo egoísta, interesada y lunática que es esta mujer. Retrocedo poco a poco dando pequeños pasos para alejarme, dado que ella continúa con su discurso y su malhumor va en aumento.

—Un día vi entre sus papeles el seguro de vida. Era solo cuestión de tiempo que una desgracia ocurriera, y yo iba a ayudar a que así fuera. Pero Mark chocó el coche contra un árbol en vez de ir al barranco y lo jodió todo.

¡Me dan ganas de arrancarle los ojos! «Respira, Xia. Respira».

—Cuando desperté, fue fácil convencer al viejo verde del doctor. Los horarios de visita los marcaba él. Creí que Mark se cansaría de visitarme con los meses, pero pasaron años y continuó acudiendo a verme. ¿Sabes por qué? Porque jamás amaré a nadie tanto como a mí.

—¿Por eso intentaste matarme, porque te sentiste amenazada?

—¿Lo de ayer? ¡Ja! Tan solo hablé con un amigo para que te diera un susto y así que dejaras de investigar. Pero tú...

Da varios pasos en mi dirección, su mirada desprende odio. Me alejo todo lo que puedo hasta que mi espalda choca con la barandilla de la escalera.



Introduzco la mano en el bolso y saco el móvil.

—¿Piensas que llamando a alguien te librarás de mí? ¿Vas a pedir auxilio?

—No estoy haciendo una llamada. Estoy enviando un mensaje de audio a varios contactos.

Pulso el botón de enviar y espero que la confesión de Kate llegue al móvil de Luis, al de Miguel y al de Mark.

—¿¡Qué has hecho!?! —grita.

—Asegurarme de que no vuelvas a acercarte a aquellos a los que amo.

En ese instante pierde el norte completamente, me da un puñetazo en la cara y me sujeta con fuerza. Intento librarme de su agarre. Logro darle un golpe en su maltrecha nariz y termina por soltarme. Momento que aprovecho para salir corriendo.

Acelero el paso para bajar las escaleras cuando, de repente, escucho la voz de Mark.

—¡Xia, cuidado!

No me da tiempo a reaccionar. Siento las manos de Kate en mi espalda empujándome con fuerza escaleras abajo. Ruedo y choco contra cada peldaño, mientras mis costillas y mi cabeza se llevan la peor parte.

Para cuando todo deja de girar, la oscuridad me lleva.



# ***Nacimiento***

**MARK**

**S** algo del coche apresurado. Me extraña encontrar la puerta de la entrada de mi casa abierta de par en par.

Me llega un mensaje a mi teléfono. Es de Xia, así que lo reviso con rapidez sin dejar de caminar. Lo abro y escucho parte de la conversación que mantiene con Kate.

Pego un grito tratando de avisar a Xia cuando veo llegar a Kate con intención de empujarla por las escaleras. Pero no consigue esquivarla y cae rodando, golpeando fuertemente.

Corro en su dirección desesperado. Me dejo caer al suelo junto a ella. Me da miedo tocarla, tiene la una ceja rota y su rostro está manchado de sangre.

—¡Llamad a una ambulancia! —exclamo, aterrado con la idea de perderla.

Acaricio su mejilla mientras las lágrimas se acumulan en mis ojos. «Xia, no me dejes», ruego al cielo.

Alzo la vista un instante y observo el rostro de pánico que tiene Kate al escuchar las sirenas acercándose. Sin perder tiempo se mete en el dormitorio y cierra la puerta de un portazo.

—Señor, llamé a la policía hace un rato. La ambulancia también está de camino —me informa Celia, que se arrodilla bastante afectada y sujeta la mano inerte de mi amada.

Pierdo la noción del tiempo, me da la sensación de que los médicos han tardado una eternidad en llegar. Mientras atienden a Xia, les ruego que me digan su estado, pero solo repiten que me informarán en el hospital.

Quiero ir con ella, necesito comprobar que se encuentra bien. No obstante, los agentes me retienen con la intención de interrogarme y que les cuente qué ha sucedido. Cabreado por no poder subirme en la ambulancia y acompañarla, les paso el teléfono y les digo que ahí tienen el motivo por el cual han tratado de matarla. Me paso las manos por la cabeza con frustración debido a las múltiples preguntas que me hacen.

—Si quieren saber más detalles, pregúntenle a Kate. —Señalo el piso superior con el dedo índice, y los dos policías fruncen el ceño antes de desenfundar las armas y subir las escaleras.

Otro agente se coloca a mi lado y me indica que espere allí con él, mientras sus compañeros se ocupan de Kate. Observo como intentan razonar con ella para que abra la puerta, pero no lo consiguen. Al cabo de un rato terminan derribándola de una patada.

—¡No pienso ir a la cárcel! —grita Kate.

—¡No lo haga! —le dice uno de ellos.

Su compañero realiza una serie de gestos con las manos para que suba junto a ellos. ¿Qué estará sucediendo? De mala gana subo a ver qué ocurre.

Cuando me sitúo a su lado y dirijo la mirada al interior de la habitación no puedo evitar agrandar los ojos al ver a Kate subida a la ventana. ¡Está loca! La altura de la parte trasera del edificio es de casi tres pisos.

—¡Kate, baja de ahí! —le ordeno, nervioso.

Ella ladea la cabeza, y nuestras miradas se cruzan.

—Jamás podrás olvidarme —menciona entre dientes.

Acto seguido sus manos dejan de agarrar al marco y lo único que logro ver una sonrisa en su rostro antes de que su cuerpo caiga de espaldas al vacío.

## XIA

Dolor y más dolor. Mi vida ha sido un continuo sufrimiento. Incluso cuando conocí a Mark y creí que podía ser feliz, todo se torció. David fue un tormento durante años. Luego Kate apareció, y todo lo que había logrado se fue al traste.

Pero no puedo rendirme. No me rendiré.

Con los ojos cerrados intento mover la mano y tocarme la sien. Me duele la cabeza. Sin embargo, las fuerzas me fallan. Mi cuerpo no coopera, trato una y otra vez de moverme o de abrir los párpados y no hay forma de conseguirlo.

Alguien me sujeta la mano y luego me acaricia la mejilla con delicadeza.

—Despierta, amor... —Reconozco la voz de Mark.

Intento con todas mis fuerzas obedecerle, pero no hay manera. Me frustró y siento como el latido de mi corazón aumenta. Un pitido agudo comienza a sonar y dejo de notar la cálida piel de Mark sobre la mía.

«¡No me dejes!».

—¡Enfermera!

Escucho pisadas apresuradas. El pitido se intensifica.

—Debe esperar en el pasillo.

Una sensación de pesadez me invade. Ya no soy capaz.... ya no puedo...

Logro reconocer los gritos de mis hijos.

—No os preocupéis, se va a poner bien. —La voz de Mark suena apagada.

—Eso no lo sabes, tenías que habernos llamado antes. Somos sus hijos — le increpa Josh.

—No levantes la voz aquí.

—¿¡Qué no grite!?! Mi madre está así por tu culpa, por traer a casa a la puta de tu asquerosa exnovia —le acusa. Eso no es justo, Mark no tiene la culpa.

—No le hables así a Mark —hablo con dificultad.

Casi no reconozco mi voz. Tengo la boca seca. ¿Cuánto llevo inconsciente?

Abro los ojos con dificultad, la luz me molesta. Mis hijos a los pies de la cama, junto a Mark, son lo primero que veo. Se han quedado tan quietos que estoy llegando a pensar que son imaginaciones mías.

Pasados unos segundos mis hijos se aproximan corriendo y se lanzan sobre mi cuerpo para abrazarme.

—¡Ay! —grito al sentir un dolor inmenso en el costado derecho.

Ellos se yerguen de inmediato. En su mirada puedo ver lo preocupados que están.

—No vuelvas hacer una locura como la que hiciste en tú vida —me indica Mark, y me planta un beso en los labios.

Josh carraspea incómodo mientras Kevin hace un ruido de asco. Cosa que me hace gracia, pero me es imposible reír en ese instante. Mark decide alejarse para que mis hijos me den un tierno beso en la mejilla.

—Cuidado con sus costillas, llamaré al médico —les dice antes de salir al pasillo.

Miles de preguntas se me agolpan en la punta de la lengua. No sé por cual empezar...

Un médico llega al rato y pide a todos que salgan para realizarme una serie de pruebas. Comprueba la tensión, los reflejos y el ritmo cardíaco, entre otras cosas. Me hace una serie de preguntas: nombre, edad, hijos, fecha actual. Ahí es cuando el matasanos me informa:

—Tiene tres costillas rotas. Sufrió un golpe severo en la cabeza que provocó una conmoción cerebral con pérdida del conocimiento. He recomendado que se quede en observación durante las próximas veinticuatro horas antes del alta médica.

—¿Pero me encuentro bien?

—En casos de este tipo hay que ser cauto. Notará dolores de cabeza, vértigos o visión borrosa. Aconsejo que se lo tome con calma, y deje que su familia le ayude en el proceso. —El doctor abre la puerta, y Mark le echa una mirada interrogante—. Les dejaré a solas para que puedan hablar. Parece que todo es normal —le comenta—, no tiene ninguna secuela visible y la tomografía no muestra daños. Que no se altere.

—Gracias por todo, doctor —le agradece Mark, dándole la mano.

Expulso el aire de mis pulmones y me llevo la mano al costado.

Mark se sienta en el borde de la cama y me sonrío. Le pido que me cuente lo que pasó. Tengo los recuerdos mezclados y me cuesta hilar las últimas horas. Le pregunto por Kate e intuyo que algo ha sucedido por la expresión que pone de culpabilidad.

—Nunca me perdonaré haber confiado en ella. Lo siento tanto. —Entrelaza nuestras manos.

No me agrada verlo así. Kate es la culpable, él solo confió en quien no debía. No es justo que se torture.

—Ella, cuando llegó la policía, al verse acorralada...

—Por Dios, Mark, quieres soltarlo de una vez —le indico con inquietud.

—Se suicidó.

Mi boca se abre sola, no puedo evitarlo. Sigo sin saber muy bien cómo tomármelo. Le pregunto cómo, y me explica cada detalle:

—No estoy seguro del todo si quería morir o realmente pensó que lanzándose podría escapar y evitar la cárcel. Me han dicho que no sufrió, se rompió el cuello.

Debo ser una persona horrible porque en el fondo no siento su muerte como una pérdida.

—Mark. ¿Cómo dará la policía con la persona que intento matarnos a Luis y a mí?

—Ya le han arrestado. Con la confesión de Kate rastrearon sus cuentas bancarias. Confesó que solo quiso daros un susto. Por suerte fue suficiente para arrestarlo.

Mi cabeza va estallar en tres, dos, uno... El dolor de cabeza se intensifica, la luz me molesta, como no cese rápido soy capaz de morder a alguien.

Le pido disculpas a Mark y le digo que no puedo continuar charlando. Él asiente y me dice que debo descansar, pero que en unas dos horas me tendrán que despertar para asegurarse de que no me duermo profundamente.

—Llamaré a una enfermera para que te traiga algo para el dolor y avisaré a todos los que esperan para vengan mañana a visitarte.

—¿Todos? —pregunto con un ojo abierto y el otro cerrado.

—Vinieron nada más enterarse para verte, estábamos muy preocupados por ti. Está Miguel acompañado de un chico, creo que dijo que se llamaba Dami. —¿Con Dami? Miguel va a tener que ponerme al día en muchas cosas—. Luis y todos los de la casa han acudido: Celia, Carlos, Julio, Sarita y Natalia. —El rictus de su rostro se modifica—. Tus padres también están aquí.

Me estaba emocionando al saber que al fin puedo decir que tengo amistades y que se preocupan por mí, después de tanto tiempo sola, pero entonces Mark mencionó a mis padres. Y se explotó la burbuja de emoción.

—Voy a avisar de que necesitas descansar.

Asiento con la cabeza y me acomodo todo lo que me es posible dada mi condición, me duele hasta el aliento. Cierro los ojos, una enfermera entra sin hacer ruido y los vuelvo abrir. Me sonrío mientras me retira la vía de la mano

y me da un vaso con una pastilla indicándome que avise en caso de tener náuseas y si comienzo a vomitar.

El analgésico que me ha dado parece que surte efecto y al poco comienzo a sentir paz y tranquilidad... Mmm.

—¿¡Cómo que no puedo entrar!? ¡Es mi hija!

¡A la mierda la tranquilidad y la paz! Total, está subestimada, ¿no?

La puerta se abre de golpe. Veo a mi madre con las manos en la cintura en forma de jarra, con su cara sería de siempre y vestida de negro de pies a cabeza como si estuviese preparada para ir a un funeral.

—Hola, mamá —saludo, preparándome para la hecatombe.

—¡Hola mamá! ¿Eso es lo único que me tienes que decir, hola mamá? ¿Y se puede saber que te has hecho en el pelo?

Y aquí estalló en todo su esplendor el carácter de mi madre.

Autodefensa activada, como desde que tengo uso de razón. Ahora mismo en mi mente solo escucho un repertorio de música para acallar la voz estridente de mi madre. Desde Abba, a Las Ketchup...

«Mamma mia, here I go again...

Aserejé ja de je...»

—¡Quieres dejar de tararear y hacer caso de lo que te hablo!

Ya no puedo refugiarme más en mi mundo.

—¡No, no puedo escuchar nada de lo que me digas! Y menos si lo dices de esta manera. Porque no soy una niña a la que debas seguir castigando cada vez que se equivoca. Soy una mujer, me han maltratado, violado y hasta me han intentado matar. Estoy en la cama de un hospital, ¿y solo tienes reproches que hacerme? ¡Se acabó! Puede que sea tu hija, pero a partir de hoy viviré mi vida como me plazca.

Por primera vez en mis treinta y cuatro años de vida mi madre se queda sin palabras, así que respiro hondo para la puntilla final:

—Y ahora, si no tienes nada más que decirme, necesito descansar.

Mark entra en ese instante en la habitación.

—Señora, será mejor que se marche. —Realiza un gesto con la mano dándole a entender que salga.

—¿Y quién eres tú para saber lo que le conviene a mi hija?

—Soy el hombre que está enamorado de ella.

Mi corazón empieza a latir con fuerza, me olvido de mi madre y de la dichosa máquina que pita frenéticamente por culpa la tensión.



—Te amo —le digo con ojos llorosos.

—Te arrepentirás con el tiempo, deberías estar en casa conmigo que soy tu madre.

—Mama, adiós.

Ella sale de la habitación montando un drama. Mark se acerca hasta mí y me acaricia el cabello con mimo, acaricia mi mejilla y me besa.

—Descansa, estaré aquí a tu lado.

### ***Tres meses más tarde.***

Cuando llegué encontré que mis cosas no estaban en el dormitorio que ocupaba antes, las habían trasladado a la habitación de Mark. Dormir con él a su lado se ha convertido en una adicción. Despertar cada mañana entre sus brazos tras pasar la noche... Me acaloro solo de pensarlo.

Me quiero incorporar al trabajo cuanto antes. Necesito actividad o mi cabeza va a explotar en mil pedazos. Odio que me traten como una enferma. ¡No lo estoy!

Según el informe médico puedo hacer vida normal, pero mi pareja —aún se me hace extraño referirme a él así— es reticente a que lo haga tan pronto. Además, Josh está de acuerdo con él.

Cada vez que me ven realizar cualquier tipo de esfuerzo me regañan como si fuera una niña. ¡Incluso Kevin se ha asociado con ellos! Están demasiado sobreprotectores.

Miguel me viene a visitar con regularidad y me ha puesto al día de su situación con Dami. Me ha confesado que llevaba toda su vida engañándose, que le daba miedo salir del armario y que el mundo le juzgase por sentir atracción por los hombres. Cree que está enamorado y que ahora le importa una mierda lo que opine la gente de él.

Poco a poco la rutina se va instalando en nuestras vidas. No he vuelto a ver a mamá desde que la eché del hospital. Ni se ha dignado a llamarme. Me imagino que seguirá pensando que lleva la razón y que tardaremos en volver a tratarnos. Mark, que ha regresado a la oficina, insiste en que debo tratar de hablar con ella, ya que es la única familia que tengo a parte de los niños.

Cruzo el jardín dirección al gimnasio. Una vez allí pongo música a todo volumen y me desmeleno bailando un poco. Mi cuerpo se mueve con el ritmo de la canción.

Unas manos grandes que reconozco enseguida se posan en mis caderas. Me arriman a su pelvis y se mueve conmigo a mi espalda. Mi cabeza se posa en su pecho echándola hacia atrás. Mark baja su boca hasta mi oído y me susurra:

—Eres un ángel bailando, no puedo evitar querer volar a tu lado.

Me gira con agilidad y no espero un movimiento por su parte, le beso de inmediato rodeando su cuello con mis brazos.

Me tengo que separar antes de que me emocione más de la cuenta...

—Son adictivos...

—¿Qué? —pregunto sin entender.

—Me has hecho adicto a tus besos. —Me besa—. A tu tacto. —Me acaricia la mejilla—. A ti.

Dios, si esto es un sueño, ni se te ocurra despertarme.

—He estado pensando, sé que quieres volver al trabajo, pero quiero que sepas que no es necesario que lo hagas.

¡Oh, no! Por ahí sí que no vuelvo a pasar.

Noto como mi cara se contrae, me separo de los brazos de Mark para poner las cosas claras. Él a su vez no permite que me aleje, me sujeta el mentón y me mira a los ojos. Tiene una sonrisa de las que hacen que todas las mujeres se volteen al encontrárselo por la calle.

El traidor de mi corazón se pone a latir más fuerte.

—No te alejes de mí, escucha. Lo que quiero decir es que creo que va siendo hora de que hagas lo que realmente te gusta.

—Me gusta trabajar —le respondo con rotundidad.

—Bien, entonces, como soy tu jefe, te comunico que hasta que termines la carrera estarás a media jornada. Para que así puedas centrarte en los estudios.

—¿Qué?

—Haré lo que tú quieras, Xia. Te apoyaré en todo lo que necesites, estudios, carrera, ¿quieres que también te enseñe a pilotar?

Exploto a carcajada limpia.

—Solo si quieres que estrelle el avión.

—¿Aún guardas el chándal amarillo?

—¿Eh? Sí, ¿por...?

—No lo tires, es lo que llevabas puesto en el momento que me robaste el corazón.

—Pero si solo era una ama de casa huyendo... —Pongo los ojos en blanco

al recordar mi anterior vida.

—Xia, siempre has sido mucho más que una ama de casa. Eres la culpable de que mi corazón latiera de nuevo.

Con lágrimas en los ojos lo abrazo, sintiendo que al fin he dejado de sentirme esposada a una vida de dolor y llanto.

Y todo gracias al apoyo que me brindó un desconocido.



# ***Epílogo***

### *Tres años más tarde...*

**O**bservo el reflejo de mi rostro en el espejo, es de pura felicidad.  
¡Lo logre al fin!

Me he puesto un vestido de tul en un tono verde agua que resalta mi mirada. Dami no paró hasta convencerme para que lo usara hoy.

Llaman a la puerta del dormitorio y pregunto quién es, mientras aliso la falda con las manos.

—Soy yo, ¿estás lista? Te están esperando, ya llegaron todos.

—Ya bajo, Celia, tan solo dos minutos.

Me calzo unos taconazos que dan miedo de lo altos que son. El bajo del vestido los oculta, es una pena que nadie llegue a verlos. Pero nada de lamentos, hoy es mi día y pienso disfrutarlo.

Bajo los escalones con cuidado y al pie de la escalera me espera Mark, sonriente.

—Estás preciosa, licenciada.

Debo tener la cara como un tomate, porque me noto ardiendo. Aunque también puede ser a debido a la cercanía de Mark... Durante todos estos años no he dejado de sentir ni un ápice menos de atracción por él.

—Vamos al jardín, la fiesta nos espera.

Todos han insistido en que debía celebrar el título universitario, los que más mis hijos, Josh y Kevin que no dejar de decirme lo orgullosos que están de mí. Y he de confesar que yo me dejo mimar, ¿a quién no le gusta un poco de fiesta?

Saludo a todos los presentes uno por uno. Miguel y Dami siguen juntos, y me alegro por ellos, hacen una gran pareja.

Continúo observando lo que han preparado y me percató de que un servicio de catering ha sido contratado y todos visten sus mejores galas.

Celia, Carlos, Julio, Sarita, Natalia, Luis y su esposa María... Esa mujer odiosa que me miraba por encima del hombro cuando comencé a trabajar en Aerospace Duncan. Sin comentarios, aún no sé cómo esos dos se llegaron a juntar. Pero ¿quién soy yo para hablar de a quién debe amar uno o con quién debe juntarse?

Mis padres están bailando bajo la carpa. Cuando me vine a vivir con Mark, este intentó que me reconciliase con ellos. Mi madre tardó en entrar en razón y, aunque sigue siendo tan superficial como siempre, la sigo queriendo.

Los saludo alzando la mano al darme cuenta de que han fijado su mirada

en mí. Mamá me sonrío, se acerca y me da un beso en la mejilla.

—Lo has hecho muy bien, hija, ya sabía yo que estar con Mark te iría bien.

—Levanto una ceja. ¿Eh?

¡Xia! Calladita estás más guapa, tengamos la fiesta en paz y dale la razón. ¡Venga que yo puedo! Me cuesta un triunfo, pero asiento con la cabeza, ya que no sé qué decir. ¡Claro, ella ya lo sabía! ¡Vaya sarcasmo!

—¿Me permite un baile con su hija? —le comenta Mark a mi madre, y ella se aleja concediéndole su petición.

Él me lleva al centro de la pista y comienza a bailar conmigo bajo la atenta mirada de todos.

—¿Te he dicho hoy lo hermosa que estás? —me halaga, acariciándome la cintura con la palma de la mano.

—No, no me acuerdo —respondo con alegría.

—Estás preciosa.

Las luces bajan de intensidad, empieza a sonar *With or without you* de U2. Todo el mundo se pone a nuestro alrededor. Me siento un poquitín observada en este instante.

Mark se pone de rodillas y.... ¡Oh, Dios! ¡Ay, madre! Mi corazón se va a salir del pecho.

—Xia, nos conocimos por una casualidad y desde ese instante nuestros corazones se volvieron inseparables. Eres la causante de mi felicidad. Espero ser merecedor de tu amor y confianza el resto de mi vida.

¡A la mierda el rímel! No puedo contener las lágrimas.

Mete la mano en el bolsillo y a continuación me entrega... ¿Eh? ¿¡Pero qué coño es esto!?! ¿Una tarjeta?

Con manos temblorosas la abro y me dispongo a leerla:

La primera tarjeta que te di sirvió para hacernos amigos. Espero que esta, que ahora sostienes, te una a mí de por vida y me aceptes como esposo.

¿Quieres casarte con el tonto que está de rodillas?

—Sí, tonto. Claro que me casaré contigo.

Todos empiezan a aplaudir y a gritar: «¡Vivan los novios!». Mientras, nos fundimos en un beso que me hace perder la cabeza.

Sé que esto es solo el comienzo de una vida, que tendremos altos y bajos, alegrías y penas. Pero también sé que con dedicación y amor lo superaremos todo, juntos.

***FIN***

